

Sebastián León

EL LUGAR DEL PADRE EN PSICOANÁLISIS

Freud, Lacan, Winnicott



RiL editores

EL LUGAR DEL PADRE EN PSICOANÁLISIS

RIL editores
bibliodiversidad

SEBASTIÁN LEÓN

El lugar del padre
en Psicoanálisis

Freud, Lacan, Winnicott



RiL editores

150.195 León, Sebastián

L El lugar del padre en psicoanálisis: Freud,
Lacan, Winnicott / Sebastián León. -- Santiago :
RIL editores, 2013.

184 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-0007-8

1 PSICOANÁLISIS. 2 PATERNIDAD-ASPECTOS PSI-
COLÓGICOS. ○

EL LUGAR DEL PADRE EN PSICOANÁLISIS
FREUD, LACAN, WINNICOTT
Primera edición: Agosto de 2013

© Sebastián León, 2013
Registro de Propiedad Intelectual
N° 233.432

© RIL® editores, 2013
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
Tel. Fax. (56-2) 22238100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-0007-8

Derechos reservados.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.	11
I. EL LUGAR DEL PADRE EN FREUD, LACAN Y WINNICOTT: REVISIÓN TEÓRICA	
1. El lugar del padre en la obra de Freud	17
1.1. De la teoría de la seducción al complejo de Edipo	17
1.2. Prohibición del incesto, ideal del yo e identificación	27
1.3. Superyó, teoría integrada del complejo de Edipo y desvalimiento	37
1.4. Estudios posteriores: Freud y el lugar del padre	44
2. El lugar del padre en la obra de Lacan	50
2.1. Estadio del espejo, complejo de Edipo y castración.	50
2.2. Nombre-del-Padre, metáfora paterna y tres tiempos del Edipo	59
2.3. Nombres del padre, nudo borromeo y sinthome.	71
2.4. Estudios posteriores: Lacan y el lugar del padre	78
3. El lugar del padre en la obra de Winnicott	87
3.1. El padre como ambiente facilitador del desarrollo emocional	87
3.2. El rol del padre en el complejo de Edipo.	93
3.3. De la función de sobrevivencia al espacio potencial	99
3.4. Estudios posteriores: Winnicott y el lugar del padre	103

II. EL LUGAR DEL PADRE EN FREUD, LACAN Y WINNICOTT:

ANÁLISIS COMPARATIVO

1. La función paterna central	109
1.1. El problema de la «realidad» y la relación naturaleza-cultura	109
1.2. Figuras del padre: barrera del incesto, complejo paterno y elemento duro	112
1.3. El complejo paterno y su función central	117
2. El lugar del padre y el complejo de Edipo.	118
2.1. Complejo paterno y complejo de Edipo	119
2.2. Complejo de castración, ideal del yo y superyó	133
2.3. Represión, identificación y sublimación	144
3. El giro teórico: más allá de la función paterna	154
3.1. Complejo paterno y principio de realidad	154
3.2. Padre, desamparo y dependencia	157
3.3. Descentramiento y pluralización del complejo paterno	159
Conclusiones	169
Referencias.	173

*A mis hijos,
por enseñarme a ser padre.*

INTRODUCCIÓN

El lugar del padre en psicoanálisis, que investigaremos en adelante a la luz del concepto de *complejo paterno*, es un problema teórico fundamental y de vastas implicancias al interior del campo psicoanalítico. En efecto, esta temática atraviesa las áreas de la metapsicología, la psicopatología, la técnica y también los análisis en torno a la cultura y la religión, lo cual la convierte en un problema de investigación interesante y relevante.

Asimismo, no existen a la fecha estudios que analicen en profundidad las contribuciones teóricas, las convergencias y las divergencias entre Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott –tres de las figuras más relevantes en la historia del psicoanálisis– en torno a la problemática del complejo paterno. Esto implica que el presente libro tiene el valor teórico de llenar un vacío de conocimiento y de sugerir, a partir de sus hallazgos, nuevas ideas, propuestas o hipótesis a futuros estudios.

Junto con lo anterior, las actuales transformaciones socioculturales en torno al lugar, la función y el rol del padre en la familia y en la sociedad, que muestran una creciente declinación del modelo patriarcal tradicional y una apertura hacia nuevas y menos verticales construcciones de la paternidad tanto a nivel mundial como nacional (Olavarría, 2001; Tort, 2005 [2008]; Polo, 2005; Rebolledo González, 2008), permiten sostener que es de suficiente relevancia investigar el estado del arte acerca de las concepciones psicoanalíticas sobre el complejo paterno, así como analizar y discutir estos resultados, no solo como una forma de profundizar el estado de situación en la disciplina respecto a la temática abordada, sino también como una manera de enfrentar con profundidad y rigor teórico un fenómeno de relevancia social.

Ahora bien, dada la amplitud de la problemática, el presente estudio estará acotado a un *análisis teórico* del complejo paterno en

psicoanálisis, tomando en cuenta principalmente el eje de la metapsicología, pero sin excluir aquellos elementos psicopatológicos, clínicos o culturales que permitan profundizar la discusión teórica acerca de qué es un padre en las construcciones conceptuales de los autores involucrados.

A propósito de los autores escogidos para el presente estudio, cabe señalar que el problema del complejo paterno en psicoanálisis ha sido desarrollado por numerosos psicoanalistas. Una opción alternativa habría sido reseñar en extensión la mayor cantidad posible de estos postulados, trabajo que por su misma vastedad hubiera obligado a perder profundidad de análisis. Más rigurosa nos ha parecido la opción de seleccionar algunos autores fundamentales, imprescindibles y altamente representativos del campo psicoanalítico e investigar, analizar y discutir en profundidad sus contribuciones a la problemática del complejo paterno.

Para la elección de los autores en cuestión, hemos considerado principalmente los criterios de *relevancia*, *peso teórico*, *influencia* y *vigencia*: el primero, alude a la importancia del autor en el desarrollo de la disciplina psicoanalítica; el segundo, a la profundidad y rigor de sus aportes conceptuales; el tercero, a su incidencia en otros autores así como a su capacidad de representar sectores importantes del desarrollo psicoanalítico; y el cuarto, a su condición de interpelar (más allá de la mera referencia cronológica en que se inscriben sus escritos) las exigencias y desafíos del psicoanálisis contemporáneo.

A partir de lo anterior, y sin duda alguna excluyendo a varios otros psicoanalistas que probablemente también se acercan a cumplir con estos criterios, esta investigación se ha decidido a incluir los aportes de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott acerca del complejo paterno. En cuanto a Freud, resulta claro su lugar fundamental como primer autor psicoanalítico, su gran peso teórico, su influencia en múltiples desarrollos posteriores de la disciplina y su presencia continua en los debates del psicoanálisis contemporáneo. Respecto a Lacan, es indudable que ocupa una posición medular en el psicoanálisis francés, retomando y reformulando planteamientos freudianos y abriendo nuevas perspectivas de profundo trabajo teórico que han incidido fuertemente en la dirección del trabajo clínico de innumerables psicoa-

nalistas. En cuanto a Winnicott, resulta constatable que es una figura altamente representativa y muy vigente del psicoanálisis angloparlante, con propuestas teóricas y clínicas originales y creativas, que han sido fuente e inspiración de numerosos desarrollos psicoanalíticos actuales.

En este contexto, la pregunta fundamental que orientará nuestro análisis puede formularse de la siguiente manera: *¿Cuáles son las contribuciones metapsicológicas, las divergencias y las convergencias entre S. Freud, J. Lacan y D. Winnicott en torno a la problemática del complejo paterno?*

A partir de esta interrogante, se desprende que nuestro objetivo principal es describir, analizar y discutir las contribuciones metapsicológicas, convergencias y divergencias entre S. Freud, J. Lacan y D. Winnicott en torno a la problemática del complejo paterno. Como tareas específicas, cabe agregar las siguientes: en primer lugar, explorar y describir las contribuciones metapsicológicas de S. Freud, J. Lacan y D. Winnicott a la problemática del complejo paterno; en segundo lugar, explorar y describir los estudios recientes acerca de la metapsicología del complejo paterno en las obras de Freud, Lacan y Winnicott; y en tercer lugar, analizar y discutir las contribuciones metapsicológicas de S. Freud, J. Lacan y D. Winnicott a la problemática del complejo paterno, tanto a partir de fuentes primarias como de estudios recientes.

En coherencia con lo anterior, nuestra hipótesis general se puede formular del siguiente modo: *Es posible identificar en las obras de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott contribuciones metapsicológicas a la problemática del complejo paterno, continuidades y discontinuidades internas en las obras de cada autor en relación con este problema, así como divergencias y convergencias entre dichas contribuciones.*

Producto de nuestra exploración preliminar del problema de investigación, podemos agregar las siguientes hipótesis específicas:

a) *Los aportes de Freud, Lacan y Winnicott divergen en cuanto a los modelos o perspectivas metapsicológicas a partir de las cuales comprenden el complejo paterno: en Freud es formulado como un complejo intrapsíquico dinámico, en Lacan como una función simbólica estructural y en Winnicott como un rol facilitador evolutivo.*

b) *Las contribuciones metapsicológicas de Freud, Lacan y Winnicott convergen en considerar al complejo paterno como un núcleo fundante tanto del psiquismo individual como de la organización cultural.*

c) *En los tres autores, el complejo paterno es formulado principalmente en términos funcionales, esto es, enfatizando la función de prohibición del incesto, si bien tienden gradualmente a plantear un complejo paterno más descentralizado y plural en sus funciones. En otras palabras, a lo largo de las obras de los tres autores, existe respecto al complejo paterno un movimiento teórico tendiente a la descentralización de la función de prohibición y una apertura hacia nuevas maneras de problematizar el complejo paterno y sus funciones; en el caso de Lacan, este movimiento es explícito y marcado, mientras que en Freud y en Winnicott es más sutil e implícito.*

Es indudable que todo trabajo de investigación tiene como base –advertida o inadvertidamente– una posición epistemológica, esto es, una teoría acerca de la naturaleza del conocimiento humano. Para nuestros efectos, será importante explicitar que nuestro estudio se apoya en una posición *construccionista social* o *socioconstruccionista* (Berger y Luckmann, 2003 [1968]), lo cual implica considerar a manera de premisa que cualquier objeto de estudio –y de manera más específica para nosotros, el complejo paterno– es concebible como una *construcción*, producción resultante de determinadas condiciones socioculturales, históricas y políticas. La consecuencia más radical de estos postulados es cuestionar cualquier tipo de planteamiento que se presente como «natural», «esencial», «absoluto» o «ahistórico», posición que tampoco es análoga a un relativismo radical, puesto que al interior de una comunidad determinada serán los acuerdos intersubjetivos los que consolidarán una realidad social como efectiva y operante en la práctica.

Las implicancias de asumir una posición epistemológica construccionista social o socioconstruccionista al abordar la problemática del complejo paterno a partir de las contribuciones de S. Freud, J. Lacan y D. Winnicott, consisten en comprender que el complejo paterno, mucho más que una estructura universal, ahistórica e inamovible, es una construcción cultural, histórica y susceptible de permanentes transfor-

maciones (León, 2007). En particular, nos interesará explorar el modo en que los autores mencionados participan en la *construcción teórica* del complejo paterno, identificando sus propias premisas y supuestos, así como el dinamismo interno de sus edificios conceptuales que acompaña las reformulaciones de dicho constructo. Quedará para futuras investigaciones analizar la influencia de los contextos sociohistóricos en sus abordajes teóricos y clínicos.

I. EL LUGAR DEL PADRE EN FREUD, LACAN Y WINNICOTT: REVISIÓN TEÓRICA

I. EL LUGAR DEL PADRE EN LA OBRA DE FREUD

*El desvalimiento de los seres humanos permanece,
y con él su añoranza del padre.*
Sigmund Freud

1.1. De la teoría de la seducción al complejo de Edipo

Nuestro objetivo en este capítulo será explorar cómo el complejo paterno asumirá progresivamente un estatuto metapsicológico, en tanto complejo intrapsíquico dinámico, estatuto correlativo al giro freudiano de la teoría de la seducción a la teoría del complejo de Edipo, y nunca totalmente independiente de los dominios de la psicopatología y de la clínica. Será necesario, entonces, un recorrido acotado por algunos aspectos de la psicopatología freudiana, para rastrear allí las primeras referencias al lugar del padre, que harán de contexto, rodeo y prolegómeno para la construcción metapsicológica del complejo paterno.

Las primeras alusiones de Freud al lugar del padre están presentes en las investigaciones psicopatológicas que conforman la denominada *teoría de la seducción*, que postula para la etiopatogénesis de las psiconeurosis la acción efectiva del recuerdo de escenas de seducción reales. Valdrá la pena contextualizar nuestra descripción deteniéndonos en primer lugar en los *Estudios sobre la histeria* (Breuer & Freud, 1893-1895). A propósito de la pregunta por el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos y su relación con la psicoterapia de la histeria, Breuer y Freud asumirán como idea central que la sexuali-

dad juega un rol fundamental en la patogénesis de la histeria como fuente de traumas psíquicos y como motivo de la defensa. El acento estará puesto en el factor accidental o traumático, específicamente en el trauma sexual, comprendido como el influjo seductor de un adulto sobre el niño o la niña. Aparece aquí la teoría de la seducción como una hipótesis psicopatológica que plantea para la histeria un origen traumático, centrado en la seducción sexual, uno de cuyos agentes recurrentes (pero no exclusivo) sería el padre. Las primeras referencias de Freud al lugar del padre –no todavía al complejo paterno– aluden al padre como figura real, externa y material, situándolo como uno de los potenciales agentes de seducción traumática, planteamientos que seguirán su desarrollo en el escrito *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (Freud, 1896), en el contexto del estudio de la etiología específica de la histeria. Freud reiterará allí que el origen de los síntomas histéricos radica en traumas sexuales infantiles, inflingidos por adultos sobre niños¹.

Paralelamente, su correspondencia con Wilhelm Fliess (Freud, 1887-1904 [1985]) sirve a Freud –entre otras funciones– para profundizar sus hipótesis psicopatológicas, y conjuntamente, para perfilar su concepción de la figura paterna. En efecto, y a propósito del estudio de la histeria, Freud hará referencia al padre como una autoridad, cuyo modelo idealizado opera en las elecciones amorosas de la histeria, bajo la forma de altas exigencias planteadas en el amor, humillación ante el hombre amado o ideales incumplibles que obstaculizan la realización del matrimonio. Asimismo, la figura del padre aparece como referente en la paranoia, específicamente en el delirio de grandeza asociado al linaje. Simultáneamente, Freud intentará formular una teoría universal de la seducción, según la cual todos quienes padecen de histeria tendrían como padre a un perverso, generalización que lo lleva a sus primeras dudas con respecto a estos postulados.

En fragmentos próximos de dicha correspondencia (Freud, 1892-1899 [1950]), Freud intentará seguir corroborando su teoría de la seducción, para la cual ya formula como equivalente la expresión

¹ Resulta interesante notar que Freud reconocerá solo décadas más tarde (en 1924), que en algunos casos ocultó la información acerca de la figura paterna como agente de seducción, privilegiando las figuras de tíos, educadores y personal de servicio.

etiología paterna. En una carta fechada en 1897, hace referencia a una experiencia clínica con una joven señora cuyo padre, de apariencia noble y respetable, «la tomaba en la cama» entre sus 8 y 12 años, aludiendo a esta situación como una situación enteramente común.

Sin embargo, pasará poco tiempo para que las dudas de Freud acerca de la etiología paterna retornen. En septiembre del mismo año, escribe una frase que se convertirá en el fin de la teoría de la seducción y de la etiología paterna: «*ya no creo más en mi 'neurótica'*». La creencia de Freud en el discurso de sus pacientes histéricas pasará a ser objeto de sospecha, especialmente por la sorpresa de Freud de que en todos los casos el padre debiera ser inculpado como perverso, sin excluir a su propio padre, cuando sería improbable que la perversión contra niños estuviera difundida hasta dicho punto. Planteará, como contraargumento, que es la fantasía sexual la que se adueña de las representaciones paternas y que lo inconsciente no distingue realidad de ficción investida con afecto. Se trata, entonces, de un gran cambio de énfasis en el esclarecimiento de la etiología de la neurosis, desde un acento en lo accidental o adquirido a un foco puesto en la predisposición hereditaria. Asimismo, el lugar teórico del padre pasará progresivamente de una figura real, material y externa a una representación fantaseada, psíquica e interna.

Todavía en las cartas a Fliess, un mes más tarde, Freud señalará cómo su propio autoanálisis ha contribuido a confirmar su descrédito de la teoría de la seducción y su creciente apego a la naciente teoría del complejo de Edipo. Plantea, ya como hipótesis con estatuto de validez universal, que un suceso general de la niñez temprana (tomando como referencia al niño varón) es el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre. Aquí aparece la primera referencia al «poder cautivador de *Edipo rey*»: cada uno «fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de la represión [esfuerzo de desalojo y suplantación] que divorcia a su estado infantil de su estado actual» (*op. cit.*, p. 303). Los síntomas histéricos pasan a ser, bajo esta nueva luz, autopuniciones derivadas de la represión del complejo de Edipo.

En las formulaciones freudianas, el padre –concebido en la primera psicopatología como agente de seducción– pasa a ser posicionado

como objeto de mociones afectivas, lo cual prepara el terreno para comprender el complejo paterno como la relación ambivalente hacia el padre y como un eje fundamental del complejo de Edipo, ya en el horizonte de la metapsicología.

Con estos desarrollos precedentes, entramos en el terreno de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1899 [1900]). A propósito del material y las fuentes del sueño, Freud retomará la temática del complejo de Edipo y planteará que los sueños de muerte de personas queridas (en especial los padres) responden a un trasfondo edípico. Al desarrollar esta idea, expone por primera vez las bases del complejo de Edipo femenino, que Freud asocia con el deseo de la niña de ocupar el lugar de la madre y ser la mujer del padre, situación que no excluye en absoluto el amor tierno de la niña hacia la madre. Lo mismo en el caso del niño varón: el deseo de que el padre muera es correlativo del deseo por conservar un lugar privilegiado junto a la madre amada, deseo de muerte que es simultáneo a su amor por el padre.

El complejo paterno, como vemos en este último caso, es reafirmado como eslabón fundamental del complejo de Edipo y vinculado estrechamente con el conflicto de ambivalencia, es decir, con la presencia simultánea de afectos antitéticos en la relación con un mismo objeto (paterno, en el caso del complejo paterno).

Estas puntualizaciones nos dejan en buen terreno para realizar una precisión conceptual relevante para nuestro estudio. Podremos distinguir dos modos de referirnos al complejo paterno: una definición general, alude al lugar que el psicoanálisis le atribuye a la figura paterna, particularmente en sus dimensiones más propiamente metapsicológicas; una definición específica, alude sola y puntualmente a la relación ambivalente hacia el objeto paterno al interior del complejo de Edipo. Nuestro estudio privilegiará la definición más amplia y general del complejo paterno, comprendiendo que el lugar del padre en la metapsicología psicoanalítica (en particular desde las perspectivas freudiana, lacaniana y winnicottiana) excede con creces el problema más puntual de la ambivalencia afectiva, que siendo ciertamente relevante, no alcanza a recubrir la complejidad referida en la definición general del complejo paterno.

Volviendo a los planteamientos freudianos en *La interpretación de los sueños*, será importante señalar que Freud explicita que la figura

del padre juega un rol fundamental en la vida intrapsíquica infantil de todos quienes luego serán neuróticos (*op. cit.*), y que la sintomatología de la neurosis adulta toma su materia prima tanto del enamoramiento hacia uno de los padres como del odio hacia el otro. ¿Y qué sucede con los niños que no devienen neuróticos? Para Freud, ellos también presentan las mismas mociones psíquicas, pero menos intensas, lo cual nos muestra de paso cómo la psicopatología freudiana se juega en el factor cuantitativo.

Ahora bien, ¿qué lectura extrae Freud de la tragedia de Sófocles? Leemos: «Edipo, hijo de Layo (rey de Tebas) y de Yocasta, es abandonado siendo niño de pecho porque un oráculo había anunciado a su padre que ese hijo, todavía no nacido, sería su asesino. Es salvado y criado como hijo de reyes en una corte extranjera, hasta que, dudoso de su origen, recurre también al oráculo y recibe el consejo de evitar su patria porque le está destinado ser el asesino de su padre y el esposo de su madre. Entonces se aleja de la que cree su patria y por el camino se topa con el rey Layo, a quien da muerte en una disputa repentina. Después llega a Tebas, donde resuelve el enigma propuesto por la Esfinge que le ataja el camino. Agradecidos, los tebanos lo elijen rey y lo premian con la mano de Yocasta. Durante muchos años reina en paz y dignamente, y engendra en su madre, no sabiendo quién es ella, dos varones y dos mujeres, hasta que estalla una peste que motiva una nueva consulta al oráculo de parte de los tebanos. Aquí comienza la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta de que la peste cesará cuando el asesino de Layo sea expulsado del país. Pero, ¿quién es él? «Pero él, ¿dónde está él? ¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?». La acción del drama no es otra cosa que la revelación, que avanza paso a paso y se demora con arte –trabajo comparable al de un psicoanálisis–, de que el propio Edipo es el asesino de Layo, pero también el hijo del muerto y de Yocasta. Sacudido por el crimen que cometió sin saberlo, Edipo ciega sus ojos y huye de su patria. El oráculo se ha cumplido. *Edipo rey* es una de las llamadas tragedias de destino» (*op. cit.*, p. 270).

Nos interesa, en esta descripción de *Edipo rey*, especialmente la comparación que Freud establece con el trabajo psicoanalítico: un análisis sería la revelación –detenida, gradual, cuidadosa– de la acción

eficaz que realiza el complejo de Edipo en la psiconeurosis. Lejos han quedado la etiología paterna y la teoría de la seducción: el complejo de Edipo aparece no solo como el complejo nuclear de la neurosis, sino también como el complejo organizador de la constitución psíquica. Freud señala como hipótesis que quizás a todas las personas (tomando como referencia al varón) nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y la primera moción hostil hacia el padre, situación corroborada por nuestros sueños.

Así, la interpretación de los sueños opera como una confirmación de la teoría del complejo de Edipo: cada uno sería en sueños el rey Edipo, y la eficacia de la tragedia griega viene a expresar el carácter de cumplimiento de deseo infantil de su trama. Quien se vuelve neurótico es aquel que no logra desasir de su madre sus pulsiones sexuales y olvidar los celos que ha sentido por su padre. Sin embargo, en toda persona siguen presentes a nivel interno, aunque sofocadas y pese a que lo ignoremos, aquellas mismas pulsiones y esos deseos forjados por la naturaleza, que incluso en las personas no afectadas por la neurosis reaparecen como sueños típicos bajo la forma del comercio sexual con la madre o la muerte del padre.

El posicionamiento de la figura del padre como objeto de mociones edípicas será retomado por Freud en su análisis del caso Dora, intitulado *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (Freud, 1901 [1905]). Ya en la descripción del cuadro clínico, Freud referirá que Dora se mostraba apegada al padre –a quien describe como una persona de inteligencia sobresaliente, aunque recurrentemente enfermo– con excesiva ternura, mientras que respecto a la madre exhibía una conducta inamistosa, crítica y desobediente. Freud entiende que allí ha participado la usual atracción sexual que vuelve más apegados a personas del sexo opuesto. Una de las principales hipótesis de este caso será el desplazamiento de las mociones edípicas y amorosas de Dora desde su padre hacia el señor K (respecto a quien la joven acusa de una ofensa sexual). Es en este contexto que, para Freud, la cura consistirá en la resolución del complejo de Edipo, esto es, en el desasimiento libidinal respecto al objeto paterno, transferido también a la figura del analista.

Nuevos aportes a la comprensión de la problemática del complejo paterno y sus relaciones con el complejo de Edipo aparecerán en los

Tres ensayos de teoría sexual (Freud, 1905). Al momento de describir las metamorfosis de la pubertad, Freud volverá a aludir al problema de la seducción, pero ahora a propósito del valor erógeno de los cuidados maternos, necesarios y al mismo tiempo susceptibles de contribuir, en su exceso, a la posterior contracción de neurosis por parte del niño. Freud afirma que cuando los padres son ellos mismos neuróticos –en particular la madre–, son también desmedidos en sus expresiones de ternura. Es aquí donde cobra relevancia la barrera del incesto, que Freud todavía no termina de atribuir de manera específica al padre. Esta barrera tiene por función evitar que la elección de objeto sexual en la madurez recaiga sobre los padres y opera, por tanto, como puerta de salida hacia la exogamia. La barrera del incesto –cuyo respeto es una exigencia cultural de la sociedad– está asociada al diferimiento en dos tiempos de la maduración sexual, separada por el período de latencia, y se expresa con particular intensidad en la adolescencia, etapa en la cual los jóvenes tienen la tarea de desasirse de las investiduras familiares para ir en la búsqueda de unidades sociales más amplias.

En este contexto, Freud reafirmará respecto al complejo de Edipo su valor como estación culminante de la sexualidad infantil y como complejo nuclear o pieza clave de las neurosis, en ambos casos de gran influencia en la sexualidad adulta. Para Freud, todo ser humano tendrá como tarea dominar el complejo de Edipo, es decir, doblegar y desestimar las fantasías incestuosas que lo constituyen. Quien fracase en esta tarea, caerá presa de la neurosis. Tal es el valor otorgado por Freud al complejo de Edipo, que le otorga el poder de permitir distinguir entre partidarios y detractores del psicoanálisis.

Ahora bien, en la pubertad, junto con la tarea de volver a doblegar las mociones edípicas que reaparecen después de la latencia sexual, figura el objetivo de poder desasirse de la autoridad parental, objetivo doloroso pero altamente relevante tanto para el desarrollo individual como cultural. Así, otra expresión de la neurosis es la fijación del amor infantil hacia los padres y su autoridad, situación que se correlaciona con inhibiciones en la vida amorosa y sexual adulta. Para Freud, esto demuestra que el amor a los padres es asexual solo en apariencia.

Freud pareciera sugerir una relación directamente proporcional entre salud mental y resolución (sepultamiento, dirá más adelante) del

complejo de Edipo. En este sentido, si la elección incestuosa de objeto se asoma como fuente de psicopatología, entonces la función de la barrera del incesto cobra una relevancia crucial para el equilibrio psíquico. Y si nos adelantamos un paso más: en la medida que el complejo paterno estará asociado estrechamente a la función de prohibición del incesto, entonces la salud mental es un derivado de la función paterna.

La relación entre complejo paterno y complejo de Edipo es explicitada nuevamente por Freud en su *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (Freud, 1909). Freud sostiene que en la base de la fobia de Hans a los caballos se esconde el complejo paterno, especialmente el miedo del niño a su padre por querer él tanto a su madre. En su encuentro con el niño, Freud intenta rectificar la fantasía infantil, señalándole que pese a que Hans cree que su padre le tiene rabia, eso no es cierto, puesto que el padre le tiene cariño, y puede confesarle todo sin miedo. Incluso introduce una dimensión mítica del complejo de Edipo que más tarde será retomada y elaborada metapsicológicamente por Lacan en su seminario sobre la falta de objeto, a saber, que hace mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, Freud sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y que por eso se vería obligado a tener miedo del padre; y que Freud le había contado esto a su padre, intervención que hace preguntar a Hans a su padre si acaso Freud hablaba con «el buen Dios», pues «puede saberlo todo desde antes» (*op. cit.*, pp. 36-37).

Asimismo, será relevante para nuestro estudio observar que en el caso del pequeño Hans aparece por primera vez en la obra freudiana la problemática del complejo de castración, relacionado con la teoría sexual infantil que explica la diferencia anatómica de los sexos por la castración en la mujer, bajo la premisa de que toda persona sería poseedora de un pene. Más adelante veremos que no será sino hasta 1923 que el complejo de castración tomará un lugar fundamental en la metapsicología freudiana, valor que será desarrollado en extensión por el psicoanálisis lacaniano, a propósito de sus vinculaciones con el complejo paterno, desarrollos que también incluiremos en el apartado dedicado a las contribuciones metapsicológicas de Lacan en torno al complejo paterno.

El complejo paterno vuelve a mostrar su doble faz metapsicológica y clínica en el texto *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, más

conocido como el historial del «*Hombre de las ratas*» (Freud, 1909b). Freud reconduce las representaciones obsesivas de su joven paciente en torno a la idea de la muerte del padre (ya acaecida) al efecto del complejo paterno en el contexto más general del complejo de Edipo. Así, precisa que son los apetitos sensuales hacia la madre los que promovieron y desarrollaron la indestructible hostilidad infantil y el deseo de muerte del joven hacia su padre, perturbador de sus mociones sexuales, a quien a nivel consciente mantenía como objeto de amor, expresando asimismo el conflicto de ambivalencia tan caro a lo que hemos denominado la concepción específica del complejo paterno. Para Freud, el origen de la neurosis obsesiva estriba precisamente en la represión del odio infantil hacia el padre.

Adelantemos en este punto de nuestro marco teórico otra importante distinción para efectos de nuestra investigación: por un lado, ha aparecido *el padre como objeto* de pulsiones y afectos muchas veces contradictorios; por otra, *el padre como función* de prohibición del incesto, dimensión que introducimos como «barrera del incesto», pero que exploraremos con más detalle en nuestro próximo capítulo. Un tercer estatuto de la figura paterna es aquella del *padre como agente* de seducción, abandonada por Freud junto con la teoría que lo involucraba. *Padre objetal, padre funcional y padre agencial: tres figuras metapsicológicas del complejo paterno que, como tantas otras nociones psicoanalíticas, son en estricto rigor inseparables de la psicopatología, de la clínica y de la investigación freudiana acerca de los fenómenos culturales.*

Un interesante ángulo del complejo paterno nos muestra el escrito intitulado *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (Freud, 1910), donde Freud alude a la importancia de la presencia real del padre no solo como objeto de identificación para el niño, sino también como objeto sexual para la madre y, en definitiva, como una terceridad que opera como barrera del incesto, es decir, como función paterna o padre funcional. Para Freud, la presencia paterna encarna una mediación que impide que la madre (como de hecho ocurrió con Leonardo, al decir de Freud) tome al niño como sustituto de su marido, con un exceso de ternura que finalmente pueda arrebatar la virilidad del niño por una maduración demasiado precoz de su erotismo.

En *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (Freud, 1910 [1911]), volverá a escena el complejo paterno, esta vez situado en el fundamento de la psicopatología de la psicosis, con implicaciones metapsicológicas que nos serán pertinentes. Freud parte por sostener que el padre de Schreber era un médico situado por sus contemporáneos como una autoridad por sus aportes en gimnasia médica casera, por lo cual no era difícil para el hijo –que lo perdió prematuramente– idealizarlo o transfigurarle en Dios, como en efecto ocurrió en su producción delirante². Freud destaca cómo la ambivalencia hacia el padre se expresó dividida en dos tiempos: antes de su muerte, hostilidad y sublevación; después de su muerte, sumisión y obediencia a posteriori. Por tanto, señala Freud, «también en el caso Schreber nos encontramos en el terreno bien familiar del complejo paterno» (*op. cit.*, p. 48). Se trata, en efecto, del conflicto de ambivalencia con el padre, correspondiente con nuestra definición específica del complejo paterno: por un lado, el padre amado hasta la idealización grandiosa; por otra, el padre como perturbador de la satisfacción sexual infantil y autoerótica. Freud enfatiza que el desenlace delirante es a la vez el triunfo de la fantasía sexual infantil y una simultánea forma de autocastigo: por una parte, es el padre (enaltecido en la figura de Dios) quien dicta el mandato de la voluptuosidad, así como la fantasía de deseo de mudanza en mujer se sirve de la amenaza de castración para tomar forma; por otra, el «almicidio» expresa a la manera de formación sustitutiva la eficacia del sentimiento de culpa y la acción efectiva de la autopunición.

En síntesis, observamos cómo –correlativo al giro freudiano de la teoría de la seducción a la teoría del complejo de Edipo– la figura del padre modifica su estatuto teórico, desde operar como agente de seducción a posicionarse como objeto de mociones edípicas y como función de prohibición del incesto. Será esta última dimensión el foco central que exploraremos en el próximo capítulo.

² Para una lectura crítica de la interpretación freudiana del caso Schreber, ver Schatzman (1973 [1979]).

1. 2. *Prohibición del incesto, ideal del yo e identificación*

Nuestro objetivo aquí será explorar cómo la construcción teórica del complejo paterno por parte de Freud ganará complejidad en la medida en que avanza su obra. En particular, nos detendremos en la profundización que realiza Freud en torno a las conexiones entre complejo paterno y prohibición del incesto (lo que hemos denominado el aspecto funcional de la figura paterna), para avanzar desde allí a nuevas problemáticas que asocian al complejo paterno con la función del ideal del yo y con la trama metapsicológica de la identificación.

Pese a no ser un escrito dedicado directamente a la metapsicología, sino más bien parte de los así llamados «textos culturales», *Tótem y tabú* (Freud, 1912-1913 [1913]), que lleva por subtítulo *Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*, es un texto capital para comprender la función del complejo paterno tanto en la constitución del individuo como en la organización de la cultura. Este valor teórico justifica que nos detengamos en algunos de sus postulados y sus implicancias para nuestra investigación.

Freud se interesa especialmente por el horror al incesto y la consecuente y cuidadosa evitación de relaciones sexuales incestuosas al interior de tribus australianas consideradas, paradójicamente, en extremo primitivas. Pese a que por su pobreza y apariencia desnuda pudiera parecer que carecen de organización social, estas tribus exhiben un complejo sistema de regulación basado en el totemismo, sistema que sustituye las instituciones religiosas y sociales de las cuales carecen. Es el nombre de un tótem el que distingue, en efecto, a unidades más reducidas o clanes dentro de las tribus.

Freud se refiere al tótem como un espíritu protector a la vez que temido por los miembros del clan, figurado como antepasado de la estirpe y encarnado usualmente bajo la forma de un animal, aunque a veces también bajo la forma de una fuerza natural o un vegetal³. Respecto al tótem, agrega Freud, respetan ciertas reglas consideradas

³ En nuestra cultura, el equivalente es el apellido, que muchas veces lleva precisamente el nombre de algún animal, vegetal, objeto o fuerza natural, cuando no la referencia a ser hijo de algún antepasado. «Llevar el apellido de» es, en efecto, sinónimo de formar parte de una familia o linaje, es decir, del reconocimiento de la pertenencia a una relación de filiación.

sagradas, como la abstinencia de matarlo o ingerirlo, a riesgo de severas penas para quienes inflijan la observancia de dichas leyes (*op. cit.*)

Un tema de particular interés para nuestro estudio es observar con Freud cómo la pertenencia al tótem opera como parentesco simbólico que relega a un segundo plano el parentesco biológico o sanguíneo. En este sentido, Freud afirma que un hombre puede llamar «padre» no solo a quien lo engendró, sino a cualquier otro hombre que según los estatutos de la tribu habría podido casarse con su madre y de ese modo funcionar como su padre. De esta manera, incluso en los pueblos presuntamente más primitivos, el complejo paterno responde menos a una relación biológica que al ejercicio de una función regulada por los estatutos de la ley, aspecto que se constituirá en punto de partida para las posteriores puntualizaciones de Lacan en torno al complejo paterno como función simbólica (Lacan, 1938 [1997], 1953 [1966], 1957-1958 [1998]).

Ahora bien, el totemismo no solo está asociado al parentesco simbólico, sino igualmente a la exogamia, es decir, a la regla según la cual los miembros de un clan deben buscar personas exógenas o ajenas al mismo para entrar en vínculos sexuales, corolario directo del tabú del incesto.

Este conjunto de características del totemismo orientan a Freud a comparar la vida anímica de las tribus y la de los neuróticos, bajo la consideración general de que en ambas gobierna el horror al incesto, rasgo infantil por excelencia. Si en la salud el hombre se ha liberado de la atracción incestuosa que comandó sus primeras elecciones infantiles de objeto, el neurótico ha permanecido fijado en el infantilismo psíquico, en la medida en que no ha podido desasirse o bien ha regresado a dicha atracción. De allí, insistirá Freud, que el complejo de Edipo –y el complejo paterno como una de sus piezas medulares– sea considerado el complejo nuclear de la neurosis, complejos que pasan a formar parte de lo inconsciente por la acción efectiva de la represión.

Luego de investigar las principales implicancias del tótem, Freud explora el sentido del tabú y sus relaciones con el problema de la ambivalencia afectiva, que como sabemos, es parte sustancial de lo que hemos llamado la «definición específica» del complejo paterno. Precisamente, la propia palabra *tabú* (de origen polinesio) conlleva una

ambivalencia semántica: por una parte, alude a lo sagrado y enaltecido; por otro, a lo peligroso y prohibido, lo ominoso y temido. En la práctica, el tabú hace referencia a una reserva expresada en prohibiciones y limitaciones.

Freud alude al complejo paterno al momento de comparar el tabú con la prohibición obsesiva del neurótico: ambos son restricciones dirigidas a deseos intensos e impuestos desde afuera por alguna autoridad parental o sustitutiva del padre (jefes, muertos, enemigos, etc.); en ambos el tabú es observado con actitud ambivalente y expiado mediante una renuncia pulsional.

A propósito de las relaciones entre animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos, Freud realiza una comparación de nuestro interés: correlaciona las etapas de desarrollo de la cosmovisión humana con los estadios del desarrollo libidinal del individuo, señalando que el animismo corresponde al narcisismo, la fase religiosa a la ligazón endogámica con los padres –en particular con el padre, equivalente al Dios religioso– y la fase científica a la búsqueda exogámica de objeto, asociada a la madurez psíquica, la renuncia al principio de placer y la adaptación a la realidad. Si vinculamos esta hipótesis con el complejo paterno, comprendemos que Freud sitúa la relación ambivalente con el padre como eslabón intermedio entre el estado narcisista primario y la posterior elección de objeto. Dicho a la inversa, una fijación libidinal en el complejo paterno supone un refugio equivalente en el principio de placer, así como una forma de desadaptación respecto de los cánones impuestos por el principio de realidad⁴. Asimismo, veremos más adelante (Freud, 1927) cómo la problemática del complejo paterno estará estrechamente ligada a la tensión entre pensamiento religioso y pensamiento científico.

Al momento de investigar el retorno del totemismo en la infancia, Freud desarrollará su consabida hipótesis filogenética acerca del asesinato del *padre primordial*, a saber, la existencia de un primer padre fuerte, violento y celoso, poseedor de todas las hembras, que habría expulsado a los hijos varones una vez crecidos, quienes se habrían

⁴ Lacan cuestionará estos postulados freudianos por considerarlos un resabio adaptacionista proveniente del biologicismo (Lacan, 1936 [1966]). Winnicott, por su parte, reformulará la biología de la adaptación en clave cercana al vitalismo filosófico (Winnicott, 1954 [1988]).

aliado para dar muerte y devorar al padre, terminando así con la horda paterna. Por medio de esta incorporación oral se habría realizado la primera identificación (identificación primaria) de los hijos con el padre, respecto a quien guardaban una relación ambivalente, a la vez de envidia y de temor. Para Freud, este «banquete totémico» vendría a ser la primera fiesta de la humanidad, en conmemoración del asesinato del padre, este último figurado como origen milenarista de la organización en sociedad, de la ética y de la religión.

Bien podríamos denominar a este mito fundacional como un *complejo paterno primordial*, con estatuto metapsicológico, en la medida en que está comandado por el mismo conflicto de ambivalencia que Freud refiere respecto al complejo paterno presente en niños y en adultos neuróticos.

Interesa subrayar, con Freud, que el padre muerto se volvió aún más fuerte de lo que era cuando estaba vivo: *en el nombre del padre* y a posteriori, los hijos se prohibirán –incluso con más fuerza– lo que el padre les restringía en vida⁵. Así, surge la restricción de matar al tótem (sustituto del padre) y la renuncia a las relaciones sexuales endogámicas, ambas renunciaciones pulsionales que coinciden con las del complejo de Edipo. *Será en función y en nombre del padre muerto, en definitiva, que se volverá efectiva la prohibición del incesto*, también requerida a manera de pacto social o de alianza en pos de la futura convivencia fraterna.

En cuanto al tabú de dar muerte al sustituto paterno encarnado en el tótem, Freud refiere que podemos encontrar allí las raíces de la religión: la adoración del tótem ayudaba a aliviar la culpa asociada al parricidio originario, a buscar el perdón del padre y a satisfacer a nivel de la fantasía la necesidad infantil de protección a cambio de la devoción filial. La raíz de toda formación religiosa será, a final de cuentas, la «añoranza del padre»⁶.

⁵ Valdrá la pena recordar la expresión «nombre del padre» al revisar las contribuciones metapsicológicas de Lacan al complejo paterno (Lacan, 1953 [2005]).

⁶ La «añoranza del padre» será, precisamente, un punto de crítica de algunos psicoanalistas contemporáneos respecto de ciertos desarrollos teóricos y clínicos vinculados al lacanismo más conservador. Ver, por ejemplo, Zafropoulos (2001 [2002]) y Tort (2005 [2008]).

En síntesis, y recapitulando las puntualizaciones precedentes, podemos sostener que *Tótem y tabú* nos aporta los siguientes elementos para profundizar nuestra comprensión de los alcances e implicancias del complejo paterno en la teoría freudiana:

- 1) para Freud, el complejo paterno cumple una función medular tanto en la constitución del individuo como en la organización de la cultura;
- 2) el complejo paterno responde menos a una relación biológica que al ejercicio de una función regulada por la ley;
- 3) el complejo paterno hunde sus raíces en el totemismo, está asociado al horror ancestral al incesto y es correlativo al parentesco simbólico y a la exogamia;
- 4) el complejo paterno (en lo que hemos denominado su «definición específica») comparte con la función del tabú la existencia de un conflicto de ambivalencia afectiva;
- 5) el complejo paterno, en el sentido de la relación ambivalente con el padre, se sitúa en el desarrollo libidinal del individuo como eslabón intermedio entre el estado narcisista primario y la posterior elección exogámica de objeto; 6) una fijación libidinal en el complejo paterno supone un refugio equivalente en el principio de placer, así como una forma de desadaptación respecto de los cánones impuestos por el principio de realidad;
- 6) el complejo paterno individual encuentra en la prehistoria del individuo un prototipo, a saber, lo que hemos llamado *complejo paterno primordial*, encarnado en la hipótesis filogenética del asesinato del padre de la horda primitiva; y
- 7) es en función y en nombre del padre muerto que se vuelve efectiva la prohibición del incesto.

Nuevas perspectivas de la problemática del complejo paterno serán inauguradas a partir del escrito *Introducción del narcisismo* (Freud, 1914), en particular, su anudamiento con la elección objetal por apuntalamiento. Recordemos que Freud distingue dos modalidades de elección objetal: el tipo narcisista (en el cual el objeto de amor se elige según el modelo de lo que uno mismo es, fue o querría ser, o bien se ama a la persona que fue una parte del propio sí mismo) y el tipo del

apuntalamiento (en el cual el objeto de amor se elige según el modelo de las figuras parentales, en función del apoyo de las pulsiones sexuales en las pulsiones de autoconservación). En la segunda modalidad señalada, junto con el modelo de la madre nutricia, aparece el modelo del padre protector. En otras palabras, si bien el complejo paterno es el estadio previo a la elección objetal, igual constituye su referente y su prototipo, y dependerá nuevamente de factores cuantitativos el grado de fijación del individuo al complejo paterno y la medida de desasimio de la investidura del objeto paterno.

Será importante señalar que también en su texto dedicado al narcisismo, Freud describe por primera vez la función del *ideal del yo*, heredero y prolongación del narcisismo infantil perdido a causa de los reproches y críticas de los padres. Si en el narcisismo primario el yo es su propio ideal, el ideal del yo abrirá una brecha entre el estado actual del yo y el estado deseado o anhelado. Para Freud, es a partir del ideal del yo que opera la represión, censurando y desalojando de la conciencia aquellos contenidos que sean incompatibles con las representaciones culturales y éticas del individuo. La represión, entonces, parte del ideal del yo; más adelante, Freud (1923) precisará que el ideal del yo (que no terminará de distinguir del superyó) es heredero del complejo de Edipo, por lo cual podemos suponer que el ideal del yo se forja asimismo a partir de las identificaciones con los objetos parentales. A partir de esto, se entiende que Freud se refiera al ideal del yo como una instancia interna por la cual se mide el yo y que opera como condición de la represión, y que plantee que el amor narcisista al yo actual se verá desplazado ahora al yo ideal⁷.

Antes de enlazarse más explícitamente con el complejo paterno, la función del ideal del yo como instancia juzgadora del yo actual cobrará pronta relevancia teórica y clínica en el texto *Duelo y melancolía* (Freud, 1915 [1917]). Allí, y a propósito de la reacción a la pérdida de objeto, Freud planteará para la melancolía no un desasimio de la libido objetal y su desplazamiento a un nuevo objeto (al modo del duelo), sino un retiro de la libido libre al yo y una identificación del

⁷ Freud no hará distinciones mayores entre las expresiones *ideal del yo* y *yo ideal*, distinción que sí estará presente, y de manera relevante, en la obra teórica de Lacan (1953-1954 [1975]). Winnicott, como Freud, tampoco otorgará a dicha diferencia un valor conceptual.

yo con el objeto perdido. Así, el ideal del yo juzgará ahora al yo, que ocupa el lugar del objeto abandonado, y «la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación» (Freud, 1915 [1917], p. 247).

Hemos dicho que las contribuciones teóricas acerca del complejo paterno no siempre vienen directamente de exploraciones metapsicológicas, sino también de estudios psicopatológicos, culturales, técnicos, etcétera. A partir del escrito *De la historia de una neurosis infantil*, observamos otro ejemplo de cómo el rodeo por la investigación psicopatológica nos sirve para nuestros propósitos. Así, y en el contexto de la reconstrucción de la escena primordial a partir de la producción onírica del llamado «hombre de los lobos», Freud profundizará sus observaciones acerca del complejo paterno y sus incidencias en el desarrollo psicopatológico. En particular, Freud refiere que el despertar con posterioridad del recuerdo de la observación de la escena primordial tuvo en el hombre de los lobos un efecto patógeno, en la medida en que aportó como novedad la constatación de la realidad efectiva de la castración, antes fantaseada. El padre es figurado aquí como agente de la castración, si bien en última instancia Freud reconduce el miedo de «ser comido por el lobo» al deseo de ser poseído sexualmente por el padre, lo cual expresa el predominio de la identificación con la madre y de la vertiente negativa del complejo de Edipo.

Nuevamente vemos operar aquí el conflicto de ambivalencia: por una parte, el temor al padre bajo la forma de la amenaza de castración; por otra parte, el amor sexual dirigido hacia el objeto paterno. Ambas mociones contradictorias aparecen reunidas, vía formación de compromiso, en el síntoma fóbico.

Otro ángulo de la incidencia psicopatológica del complejo paterno nos revela el ensayo *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (Freud, 1915), con elementos que nos recuerdan el estudio freudiano sobre un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. Freud sostiene que la presencia efectiva de la figura paterna modera el riesgo de que un complejo materno hiperintenso y no dominado gobierne la relación materno-filial, tanto para el caso del niño varón como para la niña. Para Freud, la realización de la presencia paterna

encarna la función de mediar la relación entre la madre y sus hijos. En el caso revisado en este escrito, el hecho de que la niña fuera huérfana de padre contribuyó a la perpetuación de la ligazón afectiva con la madre, manteniéndose alejada de los hombres hasta los 30 años. En definitiva, una función muy importante del complejo paterno es regular y mediar el influjo del complejo materno en los hijos, para que este último no se vuelva exageradamente intenso ni se transforme en una pesada cadena para cuando los hijos se vuelvan adultos.

En sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1915-1917 [1916-1917]), junto con retomar la referencia al padre como agente activo en el complejo de castración infantil, Freud aludirá a algunas importantes implicancias del complejo paterno para la técnica psicoanalítica: el proceso analítico comenzará solo en cuanto se haya establecido sobre el analista una transferencia paterna, y finalizará únicamente en la medida en que se haya obtenido el desasimio de dicha transferencia paterna. Esto no significa en absoluto que los conflictos asociados al complejo paterno sean siempre los únicos contenidos a trabajar en el tratamiento; más bien, alude a que la transferencia paterna es el campo de batalla en el cual el analista se apodera de la libido y en el cual se desarrolla la cura. De estos lineamientos, se infiere que en el desarrollo psíquico la elaboración del complejo paterno es una fase regular y una tarea necesaria, y que su resolución insuficiente tiene incidencia en las formaciones psicopatológicas.

La problemática del complejo paterno reaparecerá en *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921), particularmente a partir de las relaciones entre la horda primordial y las masas artificiales, tales como la iglesia y el ejército. Para Freud, será precisamente el complejo paterno el que comandará la psicología de las masas, bajo la forma de la ilusión de la existencia de un «padre» que ama por igual a todos sus «hijos» (encarnado sea en el dios enaltecido, sea en el general obedecido). El líder o conductor de la masa será el sustituto del padre primordial a la vez adorado y temido, que pasa a ocupar el lugar de ideal del yo y gobierna al yo de los miembros de la masa en su reemplazo. Interesa notar que Freud equipara el lugar del ideal del yo con el lugar del padre, lo cual nos devuelve a las conexiones ya sugeridas entre complejo paterno y yo ideal. Así, tanto en la sumisión

al líder, propia de los fenómenos de masas, como en el enamoramiento y en el hipnotismo, no se trata de una operación intelectual, sino de un desplazamiento libidinal y amoroso: una persona ajena es posicionada por el individuo en el lugar de su ideal del yo, que coincide con el lugar de la autoridad paterna.

Freud no deja de observar, asimismo, las conexiones entre complejo paterno, ideal del yo e identificación. Desde el prisma metapsicológico, el fin de la identificación es la constitución del propio yo tomando como modelo al otro. Ahora bien, si tomamos como referencia al niño varón, podemos afirmar que la identificación con el padre es correlativa del acto psíquico de tomar al padre como ideal del yo, movimiento que Freud no solo caracteriza como una conducta masculina por excelencia, sino que también señala como el modo privilegiado de resolución del complejo de Edipo. En este contexto, el deseo de ocupar el lugar del padre por la vía identificatoria es en sí mismo expresión del conflicto de ambivalencia que caracteriza al complejo paterno, en la medida en que reúne ternura y hostilidad. Al mismo tiempo, es importante distinguir la identificación con el padre, donde el objeto paterno aparece como lo que uno querría ser, de la elección de objeto paterno, donde el padre aparece como lo que uno querría tener. En el primer caso, prima la libido heterosexual; en el segundo, la homosexual, ambas presentes en la forma completa del complejo de Edipo, que reúne sus aspectos positivo y negativo.

Freud también señala que la identificación no requiere ser total, sino que es perfectamente posible que la identificación sea parcial y limitada a apenas un *rasgo único* de la persona que es tomada como objeto identificatorio. Subrayamos este punto porque será retomado por Lacan a propósito de las conexiones entre la función paterna y su concepto de *rasgo unario* (Lacan, 1961-962 [2007]).

Finalmente, será relevante enfatizar la conexión del complejo paterno con la enigmática categoría de *identificación primaria* descrita por Freud (Freud, 1921; 1923; Laplanche & Pontalis, 1967 [1993]); a saber, el supuesto de una identificación anterior a toda relación de objeto, concebida como directa e inmediata no con la madre, sino *con el padre de la prehistoria personal*, tomado por el niño como modelo o ideal. En la línea de lo esbozado en *Tótem y tabú*, esta identificación se

asocia al prototipo de la incorporación oral del mítico padre primitivo, y se distingue de las identificaciones posteriores o secundarias, precisamente en la medida en que es anterior a todo lazo objetal. En términos del desarrollo libidinal, se sitúa en la fase oral primitiva del sujeto, fase que se caracteriza por la no diferenciación entre identificación y amor de objeto. Adelantemos que esta formulación de Freud, esto es, que la primera forma de identificación es la identificación al padre primordial, será también reconsiderada por Lacan en su seminario sobre *La identificación* (Lacan, 1961-962 [2007]).

En resumen, podemos reafirmar que Freud anuda la problemática del complejo paterno con la prohibición del incesto, la identificación y el ideal del yo. Respecto de la prohibición del incesto, lo primero que corroboramos fue la función medular que para Freud desempeña el complejo paterno tanto en la constitución del individuo como en la organización de la cultura, complejo vinculado al ejercicio de una función regulada por la ley y asociada al parentesco simbólico, y no a una relación biológica. El complejo paterno, sostuvimos, cumple en la teoría de Freud la función capital de operar como puerta de salida hacia la exogamia: es en función y en nombre del padre muerto que se vuelve efectiva la prohibición del incesto. En este sentido, revisamos cómo el complejo paterno se sitúa como eslabón intermedio entre el estado narcisista primario y la posterior elección exogámica de objeto, contexto en el cual una fijación libidinal en dicho complejo supone un refugio en el principio de placer y una huida de la realidad. Sostuvimos, asimismo, que si bien el complejo paterno es el estadio previo a la elección objetal, también constituye su referente y su prototipo. Seguimos los planteamientos de Freud en torno a considerar al padre como agente de la castración, al mismo tiempo que observamos que la presencia efectiva de la figura paterna modera el riesgo de que un complejo materno hiperintenso y no dominado gobierne la relación materno-filial, tanto para el caso del niño varón como para la niña (lo que en otras palabras implicaba considerar que para Freud la realización de la presencia paterna encarna la función de mediar la relación entre la madre y sus hijos). La elaboración del complejo paterno se mostró como una fase regular y una tarea necesaria del desarrollo psíquico, y su resolución insuficiente como factor incidente en las formaciones psicopatológicas.

Junto con esto, revisamos cómo para Freud el complejo paterno está entramado con la función del ideal del yo y la trama identificatoria, lo cual se vio expresado en el estudio de la psicología de las masas, gobernada en efecto por el complejo paterno. La identificación con el padre apareció como el modo privilegiado de resolución del complejo de Edipo, aun cuando el deseo de ocupar el lugar del padre por la vía identificatoria fuera en sí mismo expresión del conflicto de ambivalencia que caracteriza al complejo paterno. Observamos, igualmente, la conexión del complejo paterno con la identificación primaria con el padre de la prehistoria personal, y respecto al ideal del yo, notamos cómo Freud equipara el lugar del ideal del yo con el lugar del padre.

Este último problema teórico, a saber, la relación del complejo paterno con el ideal del yo, será explorado con mayor profundidad en nuestro próximo subcapítulo, a propósito de la introducción del concepto de *superyó*.

1.3. *Superyó, teoría integrada del complejo de Edipo y desvalimiento*

Nuestro objetivo en este subcapítulo será explorar las últimas formulaciones freudianas acerca del complejo paterno. Este recorrido nos llevará principalmente a revisar sus relaciones con el concepto de *superyó*, con el problema del desamparo originario y con la versión final de la teoría del complejo de Edipo.

Nos detendremos inicialmente en el importante escrito *El yo y el ello* (Freud, 1923), en el cual Freud –en el contexto de introducir su segunda tópica del aparato psíquico– se referirá por primera vez en forma explícita al *superyó*, si bien podemos considerar que se trata de una complejización y formalización de la noción de *ideal del yo* que, como hemos visto, elaboraba desde bastante tiempo atrás (de hecho, el propio Freud los trata aquí como sinónimos)⁸. En cuanto al *superyó*, lo define en principio como aquella alteración del yo que se enfrenta

⁸ Si forzáramos una distinción, podríamos afirmar que *el ideal del yo* opera –justamente en tanto «ideal»– como la vara o medida según la cual el *superyó* ejerce la acción de observar, supervisar y censurar al yo.

al otro contenido del yo como su ideal. El concepto de superyó respondería al supuesto de una sedimentación en el yo como resultado de la fase sexual comandada por el complejo de Edipo, sedimentación que tendría por contenido una forma unificada de las identificaciones resultantes con los objetos parentales.

Para Freud, el superyó opera como fuente de una advertencia y una prohibición solo en apariencia contradictorias, ambas enlazadas directamente con el complejo paterno: por un lado, la advertencia que reza «Así (como el padre) *debes* ser»; por otro, la prohibición que expresa «Así (como el padre) *no debes* ser». La primera, alude al conjunto de identificaciones secundarias con atributos del padre o con el padre mismo tomado como modelo, ideal o prototipo; la segunda, hace referencia a la consabida prohibición del incesto y explica la participación del complejo paterno en la represión del complejo de Edipo.

Freud refiere que el padre opera como obstáculo represivo para la realización de deseos edípicos, es decir, como agente de la función de prohibición del incesto, función que será internalizada por el individuo y desempeñada al interior del aparato psíquico por el superyó. En otras palabras, el superyó surge entonces como resultado de la internalización de la prohibición paterna: es la instancia que encarna la función, ya internalizada, de prohibición de deseos edípicos. Ahora bien, recordemos que este es solo su aspecto prohibitivo, dado que al mismo tiempo contiene otro aspecto asociado al ideal.

El superyó, por tanto, resulta de la combinación de la función de prohibición y del ideal del yo, que Freud ya había asociado mayoritariamente con el padre. Según esto, el superyó opera como embajador del padre en el aparato psíquico, tomando prestada de él su propia fuerza. En efecto, Freud refiere que el carácter del padre será conservado por el superyó: a mayor intensidad del complejo de Edipo y mayor rapidez en la instalación de la represión (por influencias externas tales como la autoridad paterna, la religión, la educación, la lectura, etc.), mayor será la rigurosidad del superyó, la influencia de la conciencia moral y la gravitación sobre el yo del sentimiento inconsciente de culpa⁹.

⁹ Pocos años más adelante, en *Dostoievski y el parricidio* (Freud, 1927 [1928]), Freud señalará que la grave neurosis del escritor se explica no solo por factores constitucionales (en ese caso, una intensa disposición bisexual), sino también por la necesidad de levantar una fuerte defensa frente a la influencia de un padre particu-

Freud describe al superyó, entonces, como la entidad superior del psiquismo, representante del vínculo con los padres, especialmente con el padre: tal como el niño ha tenido un vínculo ambivalente con el padre, de admiración y temor, dicho conflicto de ambivalencia es internalizado en el superyó, que en definitiva es el heredero del complejo de Edipo: a través del superyó, el yo simultáneamente se apropia y somete a las pulsiones contenidas en el ello, instancia que –como sabemos– es referida por Freud en su segunda tópica como reservorio pulsional.

Si seguimos nuestro recorrido, nos encontraremos a continuación con tres textos breves, pero relevantes, en los cuales el complejo paterno es reconsiderado a propósito de una complejización de la teoría freudiana de la sexualidad, que va de la mano con la introducción de la fase fálica en *La organización genital infantil* (Freud, 1923b), los nuevos planteamientos respecto a la resolución de la conflictiva edípica en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (Freud, 1924) y la formulación más precisa de las implicancias psíquicas de la conformación sexual biológica en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (Freud, 1925)¹⁰. Respecto a la fase fálica, será relevante subrayar la primacía del falo explicitada por Freud, con la consecuente oposición fálico-castrado, asociada a la falta de reconocimiento del órgano sexual femenino en la infancia, cuestión que será de gran relevancia para la formulación lacaniana del complejo paterno (Lacan, 1958 [1966]).

Así, el complejo de castración hará que el desarrollo libidinal sea asimétrico entre ambos sexos: la niña ingresa al Edipo desde la posición de la envidia del pene, es decir, a partir de su deseo de restituir por la vía del pene del padre (y posteriormente por su sustituto, el hijo del padre) el perjuicio que experimenta con la ausencia de pene, vivida como castración efectiva y como privación de la cual sería responsable la madre; en cambio, el niño sale del Edipo movilizado por la angustia de castración, asociada al temor de la realización de la amenaza paterna

larmente duro. Agreguemos que en este mismo texto, Freud retomará el problema del complejo paterno a propósito del problema del parricidio, refiriéndose a este último como el crimen primordial tanto del individuo como de la humanidad, y por lo mismo, como fuente fundamental del sentimiento de culpa.

¹⁰ Aunque algo más tardíos, también incorporaremos aquí, por su estricta pertinencia temática, los postulados de la conferencia sobre la feminidad (Freud, 1932 [1933]).

de castración, angustia que desencadena la formación del superyó y que desliza al niño al período de latencia.

El problema es planteado, entonces, en términos de tener o no tener el falo, y el padre aparece como poseedor del falo, como agente de la castración y, en definitiva, como autoridad que encarna –en la teoría sexual infantil– el conjunto de las amenazas eventualmente formuladas incluso por terceros. En este contexto, la declinación del complejo de Edipo en el niño es correlativa a la identificación con el padre, la internalización del superyó y el ingreso al período de latencia, mientras que en la niña exigirá adicionalmente el cambio de objeto amoroso (de la madre al padre) y el cambio de zona erógena desde el clítoris (sustituto fálico) a la vagina –considerada por Freud como la verdadera zona erógena de la mujer–, junto con una identificación con la madre. Con el sepultamiento del complejo de Edipo, entonces, son resignadas finalmente las investiduras sobre las figuras parentales, las cuales son reemplazadas por identificaciones.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1925 [1926]), pese a modificar su teoría de la angustia, Freud conservará su postulado en torno al lugar del padre como agente de la castración. En efecto, al momento de visitar los casos del pequeño Hans y el «Hombre de los lobos», señala que los contenidos de las zoofobias –ser mordido por un caballo y ser devorado por un lobo, no son sino sustitutos desfigurados del deseo inconsciente de «ser castrado por el padre». En este contexto, es la angustia de ser castrado por el padre lo que moviliza la operación de la represión y no –como Freud pensaba en su primera teoría de la angustia– la represión el móvil de la angustia.

Pese a ser uno de los llamados «textos culturales», el ensayo *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1927) aportará dimensiones nuevas y profundas a la problemática del complejo paterno. Freud parte señalando que el complejo paterno permite explicar la profunda necesidad de protección del ser humano en relación con su estado de desvalimiento. El padre –plantea– cumple para el niño, en función de su fuerza, una tarea protectora que retendrá durante toda la infancia, si bien sabemos igualmente que la relación con el padre está atravesada por un conflicto de ambivalencia, por la coexistencia de admiración y temor. Ahora bien, Freud señala que el adolescente, que por lo general ha

podido consumir la tarea de desasirse de las investiduras parentales, «nota que le está deparado seguir siendo siempre un niño, que nunca podrá prescindir de la protección frente a hiperpoderes ajenos» (*op. cit.*, p. 24). En otras palabras, Freud plantea que el desvalimiento es una condición universal de la existencia humana, y que si bien el niño cree estar a salvo por la presencia de sus padres –en especial por la protección paterna–, ya el adolescente que ha logrado soltar el lazo libidinal de los padres es capaz de percibir que, en la vida adulta y en la realidad efectiva, *no hay padre protector*. A partir de allí, se siente incapaz de prescindir de la protección frente a hiperpoderes externos y recurre a la religión, donde encuentra sustitutos paternos en forma de dioses, a los cuales adorará y ante los cuales también sentirá temor, pero en quienes verá presuntamente satisfecha su necesidad de protección. Aquí se expresa el motivo de la añoranza del padre, asociado a la necesidad de ser protegido. Pero insistamos en el trasfondo: *lo que Freud pone de relieve y sitúa como roca de la existencia humana es la radical impotencia y desvalimiento del ser humano: en el gobierno del principio de realidad, no hay padre protector*¹¹. Desde allí, y defensivamente, el niño desvalido busca amparo en el padre, así como el adulto desvalido (niño desvalido en el fondo) busca refugio en los dioses. En ambos opera el complejo paterno y la añoranza por el amor protector del padre.

Para Freud, el complejo paterno permite explicar tanto la fuerza interna de las doctrinas religiosas como su eficacia independiente de la aceptación racional. Las representaciones religiosas son, de acuerdo a Freud, *ilusiones*, no errores, sino creencias motivadas por el afán de cumplimiento de los deseos más intensos de la humanidad. Freud agrega: «Ya sabemos que la impresión terrorífica que provoca al niño su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección –protección por amor–, proveída por el padre; y el conocimiento de que ese

¹¹ En este punto, y a partir del estudio freudiano del fenómeno religioso, la metapsicología se intersecta con la filosofía. Como veremos más adelante, Lacan formulará este problema de un modo equivalente, aunque en otros términos: *en lo simbólico hay el padre de la ley, pero en lo real no hay padre* (Lacan, 1963 [2005]; 1974-1975 [2003]; 1976-1977 [2005]). Esto relativizará, como observaremos en adelante, la posible crítica en torno a que el problema de la ilusión no sería concerniente a la metapsicología.

desamparo duraría toda la vida causó la creencia de que existía un padre, pero uno mucho más poderoso» (*op. cit.*, p. 30).

Nos interesa especialmente el énfasis recurrente en Freud en homologar el principio de realidad a la aceptación del desamparo de la existencia, que es equivalente a afirmar que el complejo paterno está gobernado por el principio de placer. En definitiva, *observamos un deslizamiento argumental en cuanto al lugar asignado al complejo paterno: de un énfasis en la función de prohibición a un acento en los límites del complejo paterno, límites marcados por la realidad del desamparo de la existencia*. No obstante este importante giro, observaremos que en sus desarrollos teóricos consecuentes, Freud no dejará de lado los estatutos revisados anteriormente en cuanto al padre funcional, objetal y agencial, sino que dichas dimensiones del complejo paterno cohabitarán en adelante con el señalamiento de sus fronteras.

El complejo paterno es para Freud el origen tanto de la neurosis obsesiva infantil como de esa «neurosis obsesiva universal» que es la religión. Superada la fijación del complejo paterno, el ser humano se enfrenta a la difícil tarea de reconocer su desvalimiento, «su timidez dentro de la fábrica del universo; dejará de ser el centro de la creación, el objeto de los tiernos cuidados de una Providencia bondadosa. Se hallará en la misma situación que el niño que ha abandonado la casa paterna, en la que reinaba tanta calidez y bienestar. Pero, ¿no es verdad que el infantilismo está destinado a ser superado? El hombre no puede permanecer enteramente niño; a la postre tiene que lanzarse fuera, a la «vida hostil». Puede llamarse a esto «*educación para la realidad*»; [...] el único propósito de mi escrito es llamar la atención sobre la necesidad de este progreso» (*op. cit.*, p. 48). Podemos comprender, entonces, que cuando Freud aludía a que el trabajo analítico no concluye sin el desasimiento de la transferencia paterna, en su sentido más radical se refería a esto: a ir más allá del complejo paterno, hacia el reconocimiento de la realidad del desvalimiento humano¹².

¹² La relación entre transferencia y complejo paterno será retomada por Freud en su *Esquema del psicoanálisis* (Freud, 1938 [1940]), donde reitera que el trabajo analítico puede desarrollarse en la medida en que el paciente transfiera al analista el complejo paterno, lo cual conlleva otorgarle transitoriamente el poder del superyó. Es responsabilidad del analista no abusar de dicha influencia, bajo el entendido de que durante el proceso el poder de dicho «superyó auxiliar» se revelará como ilusorio y que al final del proceso tal transferencia deberá ser liquidada.

Hemos destilado lo que ahora podemos denominar como *dimensión existencial del complejo paterno*, más radical incluso que su dimensión funcional asociada a la prohibición del incesto, a saber, la defensa ante la angustia de desvalimiento, dimensión según la cual el trabajo analítico tiene como fin el sepultamiento del complejo paterno y el reconocimiento de la realidad del desvalimiento humano. Ahora estamos mejor preparados para realizar una importante distinción metapsicológica: así como el complejo paterno funcional operaba –por la vía de la prohibición del incesto– como puerta de entrada al principio de realidad, el complejo paterno existencial es parte del principio de placer, en tanto huida de la realidad del desvalimiento. Sucede que la «realidad» a la que apela Freud también ha mutado: el acento ya no está puesto en la exogamia cultural, sino en el desvalimiento existencial. Y, ciertamente, el desvalimiento freudiano no es sinónimo de pesadumbre ni lleva la marca de la melancolía: por el contrario, supone –como suele suceder en Freud– una posición de liberación respecto de las ataduras de la ilusión.

Hemos desmarcado una cuarta dimensión teórica del complejo paterno en Freud: además de la *agencial* (como agente de la seducción), la *objetal* (como objeto de ambivalencia afectiva) y la *funcional* (como operador de la prohibición del incesto), aparece la *existencial* (como defensa ante el desvalimiento), dimensión que al mismo tiempo contribuye a descentrar y pluralizar las funciones paternas más allá del contexto edípico, que –como hemos visto– es recurrentemente subrayado en los desarrollos teóricos freudianos.

Algunas de las puntualizaciones precedentes serán prolongadas en *El malestar en la cultura* (Freud, 1929 [1930]), donde Freud retomará la relación entre añoranza del padre y desvalimiento infantil, reiterando que de dicha relación derivan las necesidades religiosas. A propósito del desvalimiento, aclara que no se trata de un estado meramente infantil, sino que se conserva en la vida adulta, bajo la forma de angustia frente al destino y su poder. Freud señala que asociados al principio de placer están la necesidad infantil más apremiante, a saber, la de recibir

Estas importantes implicancias técnicas de la relación entre complejo paterno y transferencia serán reformuladas por Lacan en términos de la función del *sujeto supuesto saber*, precisamente en su seminario dedicado a la transferencia (Lacan, 1960-1961 [1991]).

protección por parte del padre, así como el ideal –como todo ideal, irrealizable– de la felicidad.

Del lado del principio de realidad estará, entonces, tanto el desasimiento de la ilusión de protección paterna como la búsqueda de una vida –al decir de Winnicott (1960 [1965]) – *suficientemente* feliz. Respecto de esto último, la posibilidad de ser suficientemente feliz asumiendo el desvalimiento más allá de la ilusión de protección paterna, Freud no se muestra en absoluto pesimista: señala que, si bien nunca podremos alcanzar todo lo que anhelamos –lo cual entra en resonancia con la noción de la *falta* en Lacan (1956-1957)–, respecto al ideal de la felicidad «no es lícito –más bien: no es posible– resignar los empeños por acercarse de algún modo a su cumplimiento» (*op. cit.*, p. 83).

La investigación freudiana de las variadas relaciones entre complejo paterno, religión y cultura tendrá su último desarrollo en el ensayo *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1934-1938 [1939]). Allí, retoma el valor del complejo paterno en la formación de la cultura y de la religión, y establece una serie paterna entre el padre de la horda primordial, Moisés (mesías del judaísmo, «religión del padre») y Cristo (mesías del cristianismo, «religión del hijo»). En este contexto, Freud se referirá al complejo paterno en términos del arquetipo de una autoridad por cuyo amor es consumado el logro de la renuncia pulsional, autoridad encarnada en el aparato psíquico por el superyó. Esto nos revela que, al final de la obra de Freud, el problema del complejo paterno se debate –sin quedar resuelto– en la tensión entre la autoridad y la ilusión, esto es, entre lo que hemos llamado las dimensiones funcional y existencial del complejo paterno.

1.4. Estudios posteriores: Freud y el lugar del padre

Iniciaremos nuestra revisión de los estudios posteriores y recientes sobre las contribuciones metapsicológicas de Freud al complejo paterno, con los planteamientos de Alicia Etchegoyen (2002), quien en un condensado ensayo acerca de las ideas psicoanalíticas sobre el padre, nos recuerda que los primeros psicoanalistas consideraron al padre como la figura central en la vida mental. Destaca el énfasis de Freud en el rol

fundamental del complejo de castración como organizador principal del crecimiento emocional, así como su relativa despreocupación en torno al rol materno, que llevó a que fuera criticado por patriarcal y falocéntrico. Etchegoyen precisa que Freud considera el complejo de Edipo como un conflicto intrapsíquico universal, como una fantasía organizadora nuclear del desarrollo sexual y de gran importancia para el crecimiento emocional. Agrega que el tema de la prohibición y la amenaza provenientes del padre es fundamental en el pensamiento de Freud, tema expresado paradigmáticamente en el núcleo del superyó, consistente en prohibiciones que derivan en odio y rivalidad hacia el padre. Asimismo, subraya que el padre es para Freud el representante de la realidad externa, quien se opone a la gratificación de deseos libidinales hacia la madre. Un punto al cual Freud otorgó menor importancia, según Etchegoyen, es la relación positiva con el padre, desplegada a nivel del ideal del yo.

La crítica de Etchegoyen a Freud por la insuficiente consideración de la relación positiva con el padre había sido planteada ya hace algunas décadas por Loewald en su texto *El yo y la realidad* (Loewald, 1951). Según este último, la función del padre en la obra de Freud es inseparable del principio de realidad, de manera tal que incluso la resolución del complejo de Edipo y la amenaza de castración representan las demandas de la realidad sobre el yo. Loewald será el primero en cuestionar en Freud lo que considera un énfasis desmedido en la relación defensiva hacia el padre, desconsiderando la relación positiva hacia él, que consistiría en que la identificación positiva temprana con el padre actúa como una poderosa fuerza contra el peligro del engolfamiento simbiótico con la madre. Según Loewald, la relación defensiva que destaca Freud, asociada al padre como figura poderosa a vencer o frente a quien someterse, solo aparecerá más tarde, movilizada por la angustia de castración. De acuerdo a estos planteamientos, el complejo paterno excede al complejo de castración, que es solo su vertiente defensiva y posterior, siendo la identificación positiva temprana el estadio más adelantado del complejo paterno.

Una revisión crítica concordante con las anteriores es la desarrollada por Kohut, quien en su escrito *Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental* (Kohut, 1982 [2002]), distingue entre

un «complejo de Edipo normal» y un «complejo de Edipo patológico». Según Kohut, únicamente en este último predominan la lucha intergeneracional y los deseos de muerte relevados por Freud, mientras que la esencia del hombre estaría recogida en el primero, comprendido como un movimiento hacia adelante en el desarrollo, alegremente experimentado en la niñez. Kohut critica a Freud la escasa consideración del ambiente real en su construcción del complejo de Edipo, del complejo paterno y del desarrollo emocional en general, subrayando que si hay por parte de los padres una respuesta de orgullo y empatía, el self del hijo se expandirá; y que si ellos reconocen de forma jubilosa a la próxima generación, entonces se reafirmará el derecho de la generación más joven a desplegarse y diferenciarse.

De acuerdo con Kohut, lo propiamente humano –en condiciones saludables– no es el deseo parricida del niño, sino más bien la primacía del apoyo a la siguiente generación. Es solo cuando el self de los padres no es normal ni sano, ni cohesivo, ni vigoroso, ni armónico, que estos reaccionarán con competitividad o seducción más que con satisfacción y afecto, movilizándolo igualmente hostilidad en los niños. Así, en este último caso, el self asertivo y afectuoso recién constituido en el niño, puede desintegrarse y dar lugar –según Kohut– a la aparición de la hostilidad y lujuria del complejo de Edipo, y ello es en respuesta a un self parental defectuoso que no ha podido resonar con una identificación empática. Estas diferencias con Freud las expresa Kohut en su lectura del mito de Edipo rey, donde destaca que Edipo fue un niño rechazado y condenado a muerte por sus padres, característica dinámico-genética más importante de la historia edípica de acuerdo con el fundador de la psicología del self.

Nuevas y originales revisiones del estatuto teórico del complejo paterno en Freud son las que encontramos en la obra de André Green, connotado psicoanalista francés contemporáneo que hace dialogar –no sin espíritu crítico– los aportes de Freud, Lacan y Winnicott, entre otros, razón por la cual nos detendremos particularmente en sus contribuciones. Green (1980 [1983]) planteará que la teoría psicoanalítica freudiana ha otorgado importancia rectora al concepto del *padre muerto*, cuya función fundamental en la génesis del superyó es destacada en *Tótem y tabú*. De acuerdo a Green, esta es una postura

coherente con la consideración del complejo de Edipo menos con un estadio del desarrollo de la libido que con una estructura de la cual deriva todo un entramado conceptual, como la función de la prohibición del incesto, la formación del superyó, y la referencia a la castración y a la sublimación como destino de las pulsiones. Al mismo tiempo, Green cuestiona en Freud la postergación de la importancia teórica y clínica del concepto de *madre muerta*, a cuya formulación estructural el propio Green se habrá de dedicar.

Respecto al complejo de castración y sus relaciones con el complejo paterno, Green (1990 [1992]) destaca que la solución del complejo de castración es la renuncia edípica, a la vez que observa en Freud una serie de contradicciones teóricas: en primer lugar, la referencia a la castración a la vez como fantasía o teoría sexual infantil y como «realidad» asociada a la diferencia anatómica de los sexos, siendo que –para Green– se trata de una fantasía y no de una realidad; en segundo lugar, su hipotético y discutible anclaje en la filogénesis, cuando hasta el propio Freud sabía que era inviable desde el punto de vista científico la hipótesis del padre primordial, la transmisión vía herencia arcaica y la noción de memoria filogenética; en tercer lugar, los argumentos falocéntricos en torno a la sexualidad femenina, ya vastamente cuestionados en la literatura psicoanalítica por Klein, Horney y otras analistas, especialmente mujeres.

Green remarcará que, en el contexto de la prohibición del incesto, la amenaza de castración opera como freno, el sacrificio o la renuncia pulsional necesaria para el desarrollo de la cultura, hecho que es una constatación antropológica, no así el asesinato del padre¹³. El deseo de asesinar al padre solo se revelaría a través de signos indirectos, donde determinados movimientos agresivos podrían interpretarse, por desplazamiento o simbolización, como parricidios disfrazados. Así, para Green la prohibición del incesto prevendría explícitamente el incesto y solo implícitamente el parricidio. Ahora bien, el sentido de la amenaza de castración no se detendría en la prohibición del incesto

¹³ En su escrito *Padre asesinado, padre muerto: revisitando el complejo de Edipo*, Perelberg (2009) sostendrá, en coherencia con Green, que la literatura psicoanalítica ha tendido a reducir el complejo de Edipo al problema de la exclusión, siendo necesario recobrar la noción del sacrificio de la sexualidad como el elemento central y trágico de la estructura edípica.

y del parricidio, sino que aludiría según Green –y aquí se separa de Freud– al miedo más fundamental a la muerte, como renuncia al goce ya no del cuerpo de la madre, sino más radicalmente al placer de estar vivo. Finalmente, para Green castración sería equivalente a muerte.

A partir de las nociones freudianas sobre el complejo paterno, Green plantea en *Freud, Edipo y nosotros* (Green, 1992 [1981]; Urribarri, 2009) sus nociones de *triangularidad abierta* y del *otro del objeto*: el Edipo no sería únicamente un complejo y una estructura, sino también un modelo representado por un triángulo abierto con un tercero sustituible, a saber, *el otro del objeto* (el primer «tercero», que puede o no ser el padre). Para Green –y en esto retoma asimismo a Lacan y se opone a Winnicott–, la situación sería triangular desde el inicio: el padre está inscrito como una figura de la ausencia e igualmente como representación interna de la madre.

Así, Green extraerá de la noción freudiana del complejo paterno una teoría de la terceridad, que parte del padre pero que al mismo tiempo lo excede. En efecto, en *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo* (Green, 2002) se referirá a la terceridad como un metaconcepto (más que una noción) que pretende integrar ideas convergentes pero heterogéneas, las denominadas *configuraciones de la terceridad*, aquellas en las que puede observarse la naturaleza triádica de las relaciones. En este marco, agregará Green, cabe situar al triángulo edípico de Freud, a la tríada Real, Simbólica e Imaginaria (RSI) de Lacan y a los fenómenos transicionales de Winnicott, además de los procesos terciarios, descritos por Green como la capacidad creativa de articular los procesos primarios y secundarios (Green, 2002; Urribarri, 2009). La terceridad operará como una teoría general de la representación, que hará dialogar en el funcionamiento mental lo intrapsíquico (centrado en la pulsión) con lo intersubjetivo (centrado en el objeto).

Recientemente, en *La construcción del padre perdido*, Green (2009) volverá a referirse a la relevancia teórica del complejo paterno en Freud, señalando que este último –quien toda su vida habría estado interesado en la idea de la muerte del padre– se dio cuenta de que había hecho un descubrimiento significativo, de hecho la piedra angular de su teoría, con lo que luego llamó Vaterkomplex. De acuerdo a Green,

Freud estaba muy convencido de su importancia, confirmada por la experiencia clínica.

Green agregará –retomando aquí la articulación entre complejo paterno y terceridad– que cuando el padre empieza a existir no solo en la mente de la madre, sino también como una entidad separada, un *nuevo espacio* de terceridad es creado en el cual el niño puede imaginarse a sí mismo como separado. Esta situación será vivida a la vez como pérdida, amenaza y esperanza. Para Green, uno de los roles del tercero, además de su función de separación e interposición gradual en la experiencia cuerpo-a-cuerpo entre madre y bebé (limitando así la omnipotencia materna), es ofrecerse no solo como otro objeto de amor, sino también como otro sujeto amoroso, que por la misma condición de ser un tercero, no puede ser un mero duplicado de la madre. Igualmente, esta transformación de la díada a la tríada implicaría una apertura a una infinita reproducción de la terceridad.

Respecto a las modificaciones actuales en la estructura familiar y su incidencia en el complejo paterno, Green relevará que los padres ya no están ajenos al contacto físico con sus hijos, hecho correlativo a un mayor distanciamiento de las madres con sus hijos, dada su mayor inserción laboral. Como consecuencia, plantea, las imágenes parentales inconscientes son menos claras, más ambiguas y más difíciles de descifrar. Para Green, estas diferencias deben ser reconocidas y clarificadas: el padre no es un amigo. Incluso al jugar, el padre es el representante de las reglas y de que estas se respeten. Ahora bien, de acuerdo con Green, estas modificaciones socioculturales no tienen consecuencias en la mente infantil, porque el psicoanálisis no tiene que ver con asuntos conductuales ni observables, sino con las modalidades axiomáticas del deseo y de la identificación inconsciente. Así, la relación con la madre seguiría siendo directa e inmediata y la relación con el padre indirecta y mediada, más allá de las transformaciones históricas. El padre seguirá siendo un tercero.

El estatuto teórico del complejo paterno en Freud y sus relaciones con los cambios socioculturales será también un problema formulado por Michel Tort en su libro *Fin del dogma paterno* (Tort, 2005 [2008]), donde –desde un ángulo distinto al de Green– hará referencia a lo que denomina «la leyenda del padre freudiano». Según Tort, la teoría del

complejo de Edipo –tanto en la teoría ontogenética como en la filogenética– borra violentamente del mapa a la figura materna, desvalorizando de paso a las mujeres, que ni siquiera son nombradas como tales en *Tótem y tabú*. Tort también critica a Freud por promocionar el amor del padre y el amor entre hombres, fuente de los lazos sociales, a través de una paradójica primacía de la identificación con el padre. En la base de esto, según Tort, estaría el acento de Freud en la preeminencia irrestricta del padre, cuyo poder sería tranquilizador, construcción de género que obedecería en última instancia a una apología –por la vía metapsicológica– del padre patriarcal.

Convengamos, a propósito de estas revisiones y con Jessica Benjamin (1995 [1997]), que la teoría de Freud no nos parece algo que haya que adoptar o desechar, sino que el desafío consiste precisamente en revisarla, releerla y de ese modo preservar aquello que siga interpelando nuestro objeto y contribuir a modificar aquello que no.

2. EL LUGAR DEL PADRE EN LA OBRA DE LACAN

*Del nombre del padre se puede prescindir,
a condición de servirse de él.*

Jacques Lacan

2.1. *Estadio del espejo, complejo de Edipo y castración*

Nuestro objetivo en este capítulo será explorar las primeras formulaciones metapsicológicas del complejo paterno en la obra de Lacan, formulaciones entramadas con sus postulados en torno al estadio del espejo, el complejo de Edipo y el problema de la castración.

Las premisas para la comprensión del enfoque particular que desarrolla Lacan en su reformulación del complejo paterno aparecen muy temprano en su obra, primero en clave psicopatológica, ya en su tesis titulada *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (Lacan, 1932 [1975]). Allí, a propósito de la psicopatología

de la demencia y de la psicosis, Lacan señala que si bien la demencia implica un déficit capacitario asociado a una lesión orgánica, la psicosis escapa al determinismo biológico, en la medida en que no es detectable una lesión orgánica en su etiología. Para Lacan, la psicosis es un trastorno «reaccional» de la personalidad, entendida esta última como la función de síntesis del psiquismo, asunto que entra en el campo de la lógica propia del sentido humano y de las relaciones de comprensión, y no en el orden de la constitución biológica¹⁴. Así, la distinción psicopatológica entre demencia y psicosis será el primer eslabón de la serie de diferenciaciones posteriores entre *naturaleza* y *cultura*, disyunción fundamental –como veremos– para situar el estatuto teórico del complejo paterno.

Todavía en el preludio de su obra, en su *Presentación general de nuestros trabajos científicos* (Lacan, 1933 [1975]), plantea por primera vez su interés por la noción de *estructura*, sosteniendo que la psiquiatría no puede prescindir de la investigación profunda de las «estructuras mentales» que se manifiestan a nivel de síndromes clínicos, planteamiento que surge de su inmersión en la clínica de la psicosis, que llevará a Lacan a detenerse en los trastornos del lenguaje asociados a las producciones delirantes y a interesarse consecuentemente en los métodos de la lingüística. Rescatemos, por ahora, tres elementos que anunciarán el enfoque posterior de Lacan en general, y en particular sus planteamientos en torno al complejo paterno: la oposición biología vs. sentido (naturaleza vs. cultura) y su interés por el segundo, la pregunta por la estructura latente de los fenómenos clínicos y el interés por el lenguaje y la lingüística.

Ahora bien, los elementos precedentes provenían –al igual que los primeros planteamientos de Freud en torno al lugar del padre– del campo psicopatológico. Una primera aproximación teórica de Lacan la encontraremos en su importante escrito titulado *Más allá del «principio de realidad»* (Lacan, 1936 [1966]), texto que dialoga explícitamente con la metapsicología freudiana. Allí, plantea su interés por la teoría freudiana,

¹⁴ Casi quince años más tarde, en el escrito *Acerca de la causalidad psíquica* (Lacan, 1946 [1966]), Lacan seguirá sosteniendo que subrayar la causalidad psíquica en psicopatología implica especialmente una crítica de las teorías organicistas de la psicosis, y que la causalidad esencial de la locura se expresa en los efectos psíquicos de lo imaginario.

a la vez que reformula el concepto de «principio de realidad», cuestionando el supuesto freudiano de una realidad directamente perceptual, supuesto asociado a la idea de una relación armoniosa y transparente entre el ser humano y el mundo. Para Lacan, la noción misma de «naturalidad», en el caso del ser humano, es la relación del hombre con el mundo, es decir, la cultura. Lo propiamente humano, según esto, es habitar una «realidad» mediada por la trama simbólica del lenguaje y no una realidad directamente perceptiva. El paso del principio del placer al principio de realidad no supone, entonces, la adaptación a una realidad externa y objetiva, sino precisamente el acto humanizante del ingreso a la cultura y al mundo simbólico propiamente humano, más allá de la relación natural e instintiva, que Freud asociará a la relación con la madre. Con estas formulaciones, Lacan ya está sosteniendo implícitamente que el complejo paterno está del lado de un principio de realidad comprendido como la puerta de acceso al orden simbólico de la cultura y del lenguaje, más allá de la relación diádica e instintiva con la madre.

El reconocido texto *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* fue publicado por escrito recién en 1949, aunque expuesto oralmente 13 años antes, en 1936. Allí, Lacan toma como referencia las investigaciones de Baldwin y Wallon. Este último, además de ser cercano a Lacan, había desarrollado en 1931 el «test del espejo», experimento que permitía diferenciar al niño del chimpancé: a sus seis meses, y frente a su reflejo en un espejo, el chimpancé comprende prontamente el carácter ilusorio de la imagen y pierde interés en ella, mientras que el niño expresa fascinación y júbilo, tomando el reflejo especular como su propia imagen (Evans, 1997). El concepto de estadio del espejo en Lacan surge a partir de una interpretación de dicho fenómeno: para Lacan, entre los 6 y los 18 meses, antes que haya desarrollado suficiente maduración del movimiento y la coordinación corporal (pero con la maduración necesaria del sistema visual), el niño ve su imagen como una totalidad integrada y organizada en el espejo y se reconoce en ella. Su reacción será ambivalente: por una parte, el júbilo asociado a la sensación imaginaria de triunfo y dominio al anticipar una coordinación corporal que en su verdadero desarrollo muscular todavía no alcanza (falta de coordinación experimentada como un cuerpo fragmentado, anterior a la síntesis); por

otra parte, una tensión agresiva hacia la imagen, en tanto refleja una totalidad que amenaza al niño con la fragmentación. La resolución de esta ambivalencia es la identificación con la imagen especular, que Lacan asume como el prototipo de identificación imaginaria con el semejante que es formadora de la función del yo.

El estadio del espejo, por tanto, no es solo una fase evolutiva, sino también –y fundamentalmente– el paradigma del acceso del individuo al orden imaginario, el núcleo fundante del narcisismo y de la agresividad, la representación del valor estructural y estructurante de la naturaleza conflictiva de la relación dual, la concepción teórica del yo no como un sistema de percepción-conciencia, sino como una función de desconocimiento, y el prototipo de la alienación subjetiva, en la medida en que el sujeto se identifica con una imagen que le es ajena (Lacan, 1936 [1949], Evans (1997)). Será precisamente esta ilusión y alienación imaginaria la que será confrontada con la introducción del complejo paterno, este último –como adelantábamos– comprendido como una función normalizadora asociada al orden simbólico y al ingreso subjetivante en el horizonte de la cultura.

Las puntualizaciones recién reseñadas serán ampliadas y desarrolladas de manera explícita en un texto que será relevante para nuestra investigación, a saber, *Los complejos familiares en la formación del individuo: Ensayo de análisis de una función en psicología*, también conocido simplemente como *La familia* (Lacan, 1938 [1997]). Tal como su título lo indica, este trabajo apunta a estudiar la influencia de lo que Lacan llamará los «complejos familiares» –especialmente el papel de la función del complejo paterno– en la constitución psíquica del individuo.

La premisa que orienta este trabajo será la de considerar a la institución familiar humana como una estructura cultural, a diferencia de las formas familiares del resto de las especies animales, comprendidas como grupos naturales reunidos por relaciones biológicas. Una vez más, entonces, el eje de la argumentación lacaniana será la discontinuidad entre naturaleza y cultura, discontinuidad –como veremos– marcada precisamente por la función del complejo paterno.

Correlativa a estas distinciones aparece la oposición binaria entre *instinto* y *complejo*: el primero, concepto biológico y etológico que hace

referencia a la fuerza impulsora de la conducta animal, caracterizado por un patrón rígido e invariable, y en relación presuntamente directa con el objeto; el segundo, concepto psicoanalítico que hace referencia a la fuerza impulsora del ser humano, formado por la internalización de las primeras estructuras sociales del sujeto, caracterizado por una especial flexibilidad y variabilidad, patrón rígido e invariable, y cuya relación con el objeto es indirecta, en tanto mediada por la cultura y el lenguaje. El complejo, asimismo, aparece como una constelación de *imago*s interrelacionadas, entendiendo por *imago* –concepto originalmente acuñado por Jung– una imagen mental que hace de representante psíquico de una escena, relación o persona investida afectivamente por el sujeto.

Lacan se referirá igualmente al complejo como aquel factor concreto de la psicología familiar que permite unir en una forma fija un conjunto de reacciones que pueden interesar a todas las funciones orgánicas, desde la emoción hasta la conducta adaptada al objeto. Lo que define al complejo, entonces, es que reproduce una cierta realidad del ambiente. Como podemos observar, la noción lacaniana del concepto de complejo enfatiza la introducción por parte de la cultura de una nueva dimensión en la realidad social y en la vida psíquica, dimensión que aporta lo específico de la familia humana. En otras palabras, en la medida en que el complejo está dominado por factores culturales, podemos reconocer que lo propiamente humano es la subversión de la rigidez instintiva, a partir de la cual surgen las variaciones infinitas de la cultura.

Ahora bien, Lacan señala que también en la familia humana es posible observar algunos rasgos de comportamiento instintivo, asociados a las primeras fases de las funciones maternas. No obstante, su rasgo distintivo es el predominio de las instancias sociales por sobre las naturales, como queda ejemplificado en las vastas relaciones entre el lugar del padre y la espiritualidad. En nuestras palabras: el complejo paterno es aquello que deslinda a la institución familiar humana de la familia biológica, el «eslabón perdido» entre naturaleza y cultura.

Lacan distinguirá en este texto tres complejos, cada uno asociado a una figura del núcleo familiar: en primer lugar, el *complejo del destete*, vinculado con la *imago* materna; en segundo lugar, el *complejo de*

intrusión, asociado a la imago fraterna; y en tercer lugar, el *complejo de Edipo*, vinculado con la imago paterna. En cuanto al complejo de destete, Lacan plantea que, sea o no traumático y por más tarde que se produzca, siempre es percibido por el niño como llevado a cabo demasiado pronto, dejando en el psiquismo la huella permanente de la relación biológica que interrumpe. La declinación del complejo del destete se corresponde con el ingreso a fase del espejo. Ahora bien, la nostalgia del seno nutricional se relacionará con el complejo del destete solo a través de su reestructuración –con posterioridad– por parte del complejo de Edipo, lo cual señala que este último ocupa un lugar privilegiado entre los complejos descritos.

Por su parte, el complejo de intrusión representa la experiencia que realiza el niño cuando comprueba que tiene hermanos y tiene que enfrentar el hecho de que ya no es el objeto exclusivo de la atención parental, situación experimentada como usurpación. En este sentido, cabe recordar que para Lacan los celos, en su origen, remiten a una identificación vinculada al estadio del espejo, en la cual el yo se constituyó al mismo tiempo que el otro.

Finalmente, Lacan se referirá al complejo de Edipo como el complejo paterno, que define más particularmente las relaciones psíquicas en la familia humana. Retomando a Freud a la vez que introduciendo nuevas distinciones, señala que el complejo de Edipo permanecerá inscrito en el psiquismo en dos instancias permanentes: el superyó (instancia represora) y el ideal del yo (instancia encargada de la sublimación). Para Lacan, la crisis edípica culminará con la operación conjunta de la represión superyoica y de la sublimación por parte del ideal del yo.

Interesa notar que, de acuerdo a Lacan, las funciones psicológicas del complejo paterno incluyen tanto la maduración de la sexualidad por la vía de la represión de las mociones incestuosas como el acceso a la realidad cultural por la vía de la sublimación. En efecto, el padre será el agente de la sublimación y del progreso hacia el principio de realidad (acceso a la cultura), operando como ideal tanto para el niño como para la niña, función que podría verse menoscabada si la imago paterna se ve deteriorada (por muerte, enfermedad o defecto del padre), situación que favorecería la reclusión narcisista del sujeto en la relación dual e imaginaria con la madre. Lacan encuentra justamente

en esta fijación imaginaria, y no en la amenaza de la fuerza paterna, la etiología más general de la neurosis.

Este último punto se anuda al diagnóstico lacaniano más global respecto a la *declinación de la imago paterna* en la sociedad moderna y en la familia conyugal. Esto, bajo la premisa de que la psicopatología depende estrechamente de las condiciones sociales y familiares. Así, y si el rol de la imago del padre puede ser observado de modo notable en la formación de la mayor parte de los grandes hombres, entonces es comprensible que un gran número de efectos psicológicos estén referidos a una declinación social de la imago paterna, declinación más íntimamente ligada a la dialéctica de la familia conyugal. Para Lacan, esta declinación constituye una crisis psicológica; plantea como hipótesis que acaso la aparición misma del psicoanálisis deba relacionarse con esta crisis. Así, la gran neurosis contemporánea radicaría en la declinación paterna en la sociedad contemporánea, en su imago carente, ausente, humillada, dividida o postiza. En el contexto del Edipo, es esta carencia la que inhibe el progreso hacia la realidad cultural. Ahora bien, el complejo paterno no solo cumple un rol eficaz en la neurosis, sino también en la psicosis. Mientras que en la neurosis cumple una función causal, en la psicosis el complejo paterno –y en menor medida los otros complejos familiares– desempeña una función formal en el contenido de las producciones delirantes y alucinatorias¹⁵.

A propósito de la influencia de los complejos familiares –y del complejo paterno en particular– en la psicopatología, Lacan se referirá a los efectos psíquicos de la disarmonía de la pareja parental. Así, comentará que en muchos casos de neurosis se observa una madre que ha desplazado su libido del marido a los hijos, o una madre cuya rigurosa sequedad traduce una fijación análoga de su economía libidinal. En estos casos, plantea Lacan, no resulta difícil adivinar una anomalía correlativa en el padre. De cualquier manera, el destino psicológico del niño dependerá en primer lugar de la relación que muestran entre sí las imágenes parentales, razón por la cual las desavenencias (explícitas o veladas) entre los padres aparecen siempre como perjudiciales

¹⁵ Adelantemos en este punto que más tarde Lacan desarrollará con mucho mayor detalle la incidencia del complejo paterno en la psicosis (Lacan, 1955-1956 [1981]; 1957-1958 [1966]).

para el niño, favoreciendo identificaciones neurotizantes. En definitiva, por la disarmonía sexual entre los padres, el niño correrá el riesgo de permanecer cautivo de las imágenes del complejo y sometido a un repliegue narcisista.

El acento de Lacan en las dimensiones sociales y culturales –en las cuales se enmarca el complejo paterno– y su crítica tanto al biologicismo como al reduccionismo individualista, reaparecerán en los textos posteriores. En su *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología* (Lacan, 1950 [1966]), cuestionará la existencia de los «instintos criminales» de orden natural o biológico y propondrá una criminología basada en la realidad sociológica del crimen y de la ley, agregando asimismo que el crimen expresa la participación del superyó como instancia psicopatológica. Asimismo, en *Intervención sobre la transferencia* (Lacan, 1951 [1966]), sostendrá que la transferencia es irreductible a la afectividad individual y que se trata más bien de la dimensión del diálogo en la relación de sujeto a sujeto. De igual modo, a partir de los postulados del escrito *Algunas reflexiones sobre el yo* (Lacan, 1951 [2004]), es posible establecer que reafirmará la posición del complejo paterno del lado del orden humano del lenguaje y la cultura, que es aquel registro simbólico y humanizante en el cual el individuo deviene sujeto; del otro lado, el complejo materno, el orden imaginario de la identificación y la agresividad, y el yo como función de desconocimiento.

Interesantes aportes a la comprensión del complejo paterno por parte de Lacan encontramos en sus notas del seminario reducido que realizó en torno al caso freudiano del «hombre de los lobos» (Lacan, 1952 [2005]), y que sirvió de preámbulo para su seminario público y masivo a iniciarse el año siguiente. De acuerdo con Lacan, en los animales la relación del individuo es una relación «de a dos», de *partenaire*. El acento está puesto sobre la dimensión agresiva de la relación narcisista, en términos de dominio o sumisión. Ahora bien, la relación preedípica con la madre –resabio natural– es también una relación dual. Es el padre quien introduce un nuevo modo de referencia con la realidad: el goce del sujeto le es de una cierta manera arrebatado, quien en lo sucesivo tendrá que situarse en relación al padre. Así, comprendemos que para Lacan el complejo de Edipo tiene asimismo una

función normativizante, además de sus incidencias sobre la génesis de las neurosis. En otras palabras, el inconsciente psicoanalítico aparece como el fruto de la represión paterna ligada a ciertas fases del desarrollo infantil centradas sobre el complejo de Edipo, y el devenir de la sexualidad requiere la intervención de un plano cultural y socializante, por la vía de la sublimación.

En este contexto, para Lacan el padre ejerce su función edípica cuando es castrador y lo suficientemente fuerte y duro como para encarnar la rivalidad edípica (ni demasiado afectivo o gentil, ni demasiado blando o complaciente, ni demasiado enfermo o disminuido).¹⁶ Si el padre cumple con la función simbólica de la castración, el complejo de Edipo queda sepultado, se llega a la relación triádica y se produce una inserción social. En tal caso, no se requerirá de suplencias de la función paterna por la vía de la psicopatología (como sucede paradigmáticamente con la fobia).

Lacan sostiene que todo niño busca conquistar con el padre una relación de orden simbólico, que todo niño requiere de un padre castrador, que encarne la ley. De esta manera, la función paterna permitirá el desarrollo del superyó, en la medida en que el niño puede identificarse con una imagen propiamente paterna que cumpla la función simbólica del Padre. De todos modos, si bien la función paterna permite superar la fijación en el Edipo y la identificación con la madre, no hay padre que simbolice y encarne al Padre; de allí que Lacan formule el concepto de «nombre del padre» asociado al lugar y no a la persona.

En *El mito individual del neurótico* (Lacan, 1953) quedará plasmado que ya está anunciada la articulación del complejo paterno –cada vez más subsumido en la expresión *función paterna*, ambas equivalentes en Lacan– con los registros simbólico, imaginario y real. Lacan retoma aquí sus planteamientos previos, sosteniendo que la figura del padre ha sufrido cierta degradación concreta, ligada a las circunstancias sociales de la sociedad moderna, asociadas a la familia conyugal. Al menos en una estructura social como la nuestra, el padre aparece siempre –por lo menos parcialmente– como un padre disfuncional, carente, incluso

¹⁶ Sugiere aquí incluso que es necesario que el analista «participe de cierta dureza propia del personaje paterno», aspecto acaso encarnado en su técnica de la escansión (Lacan, 1953 [1966]).

humillado. En este caso, el complejo de Edipo, en lugar de tener un valor normativizante, opera como factor patógeno.

Como contrapunto, Lacan destaca que si hay algo que la teoría psicoanalítica ha relevado, esto es el valor simbólico del complejo paterno, vehiculizado por la rivalidad con el padre, este último representante y encarnación de una función simbólica en cuya operación se juega la pacificación de los goces, por la mediación de la relación libidinal del niño con la madre, polo natural del individuo y relación dual posicionada en el orden de lo imaginario. En la medida en que el padre asuma esta función, que sea *Nombre-del-Padre* y también padre sexuado, lo real quedará cubierto por lo simbólico, esto es, el goce incestuoso quedará acotado por una realidad mediada por el lenguaje. La función paterna, entonces, es mediación y opera como tercero humanizante, y es para Lacan a la vez función de la palabra y función del amor mediado.

2.2. *Nombre-del-Padre, metáfora paterna y tres tiempos del Edipo*

Nuestro objetivo en este capítulo será examinar los desarrollos metapsicológicos posteriores de Lacan en torno al complejo paterno, vinculados con las nociones del Nombre-del-Padre, la metáfora paterna y su descripción de los tres tiempos del Edipo.

Iniciaremos este recorrido explorando los postulados del texto *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (Lacan, 1953 [2005]), originalmente una conferencia, en la cual por primera vez articula sus consabidos registros de manera explícita. Allí, partirá por advertirnos que es común confundir el término «padre» con una relación real, siendo que se trata de un símbolo, cuya creación introduce una realidad nueva en el mundo animal. Si bien el padre es efectivamente el genitor, antes que lo sepamos de fuente segura, el nombre del padre crea la función del padre.

Ahora bien, Lacan señalará que toda relación analizable, es decir, interpretable simbólicamente, se inscribe siempre en una relación de tres, mientras que toda relación de dos está siempre más o menos marcada por el estilo de lo imaginario. En este sentido, para que una

relación adquiera su valor simbólico, se necesita la mediación de un tercer personaje que genere cierta distancia en la relación del sujeto con el objeto. Así, desde que se introduce el tercero, que entra en la relación narcisista, se abre la posibilidad de una mediación, función que representa la posibilidad de que el deseo pueda realizarse simbólicamente. En este contexto, interviene el registro de la ley¹⁷. A partir de lo anterior, la «salud» será referida por Lacan no en términos de adaptación, sino como reconocimiento de la realidad del propio deseo, que es en definitiva la dirección y el sentido de la experiencia analítica.

Pese a que Lacan nunca explicita teóricamente las condiciones para homologar los conceptos de *complejo* y *función*, es manifiesto que ambas nociones coinciden en subrayar la posición del lugar paterno al interior del orden simbólico, asociado a la cultura y lenguaje, por oposición al registro imaginario del instinto y de la relación dual. En este sentido, el escrito *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* (Lacan, 1953 [1966]) –que constituye consabidamente un texto capital en la obra de Lacan– constituye un paso fundamental en el acento de Lacan en torno a formular el lugar del padre en tanto función correlativa con la palabra y el horizonte del lenguaje. Allí, Lacan se referirá a lo que antes denominaba complejo paterno en términos de la función del *Nombre-del-Padre*, a saber, función de mediación simbólica realizada por la vía de la prohibición del incesto. El nombre del padre opera, según Lacan, como la inscripción en el individuo de la ley humana que permite el acceso a la cultura, que es también el dominio del lenguaje y la palabra, más allá de la fijación narcisista en la relación dual e imaginaria con la madre y del goce incestuoso asociado al resabio instintivo y natural del complejo materno. Podemos advertir que el núcleo de esta formulación estaba anticipado ya en sus referencias previas al complejo paterno.

¹⁷ Para Lacan, el analista no opera en posición materna como un semejante al interior de una relación dual, sino que ocupa precisamente el lugar del padre simbólico, símbolo de la autoridad poseedora de la verdad del sujeto, cuestión ilusoria pero estructural a la transferencia y que más tarde conceptualizará como función del *sujeto supuesto saber*, función necesaria para el inicio del trabajo analítico y destinada a caer en el fin de análisis (Lacan, 1960-1961 [1991]); 1961-1962 [2007]). Aquí aparecen similitudes con los planteamientos freudianos revisados anteriormente en torno a la incidencia del complejo paterno en el tratamiento.

Vemos confirmado en estos argumentos el palpable énfasis de Lacan en lo que anteriormente hemos llamado la dimensión funcional del complejo paterno, hasta el punto de volverse homologables los términos de complejo y función. Para Lacan, el lugar del padre que releva el psicoanálisis es el padre simbólico, es decir, la función de prohibición del incesto como aspecto central del complejo paterno. No será sino hasta avanzada su obra que el complejo paterno verá pluralizadas y descentradas sus funciones.

Lacan proseguirá su argumentación tomando en consideración al Freud de *Tótem y tabú* (1912-1913 [1913]) y al Lévi-Strauss de *Las estructuras elementales del parentesco* (1949 [1991]), planteando que la ley de prohibición del incesto es el pivote subjetivo de la ley primordial de regulación de la alianza, que superpone el reino de la cultura al reino de la naturaleza, entregado a la ley biológica del simple apareamiento (Lacan, 1953 [1966]). Recordemos que desde el inicio de su obra, Lacan había sugerido que la realidad humana se despliega en el campo de la cultura y del lenguaje. Ahora planteará que la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley encuentra su sostén en el *nombre del padre*. ¿Supone esta lectura –se pregunta Lacan– una desviación de las presuntas bases biológicas del corpus freudiano? Lacan se separa del biologicismo de la psicología del yo al negar esta suposición, asumiendo que el acento freudiano siempre estuvo puesto en el lugar del padre como operador de la discontinuidad fundamental entre naturaleza y cultura. A partir de estas premisas, para Lacan, la hipótesis del inconsciente –en tanto inconsciente reprimido– solo podrá sostenerse si se supone el Nombre-del-Padre como función estructurante.

En el horizonte de estas discusiones, llegamos a la apertura de los seminarios lacanianos. En su primer seminario, dedicado a los escritos técnicos de Freud (Lacan, 1953-1954 [1975]), Lacan señala que Freud, pese a surgir en el contexto del cientificismo, fue más allá de la ciencia y de la psicología científica con el desarrollo del psicoanálisis. Trascendiendo los límites de la psicología de la conciencia y del yo, lo que el psicoanálisis rescatará –y un texto como *La interpretación de los sueños* vendrá a ser en esto paradigmático– será la dimensión inconsciente del sujeto deseante. Nos interesará la distinción lacaniana

entre *sujeto* y *yo*, porque será correlativa de la diferenciación entre el orden simbólico y lo imaginario, y por tanto, entre el complejo paterno y la relación dual con la madre. Del lado del complejo paterno, está entonces el ámbito del sentido, la subjetividad, el deseo y la palabra.

La separación conceptual entre el sujeto y el yo seguirá siendo explorada en *El seminario 2*, dedicado precisamente al problema de *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (Lacan, 1954-1955 [1978]), seminario en el cual Lacan ensayará una serie de oposiciones binarias: por una parte, la psicología, lo imaginario, el yo, el estadio del espejo, el pequeño otro, la relación dual con la madre y el complejo materno; por otra parte, la metapsicología, lo simbólico, el sujeto, el campo del lenguaje, el Gran Otro, la función de mediación y el complejo paterno.

Como es sabido, *El seminario 3* (Lacan, 1955-1956 [1981]) está dedicado a la problemática de las psicosis. Lacan retomará con mayor profundidad que en sus dos seminarios anteriores la temática de la función paterna, afirmando para la función del Nombre-del-Padre (ahora con mayúsculas) una serie de atribuciones interrelacionadas: en primer lugar, opera como el significante primordial que hace posible la significación y el acceso al campo humanizante del lenguaje, en cuanto interviene como punto de almohadillado o anclaje entre el significante y el significado; en segundo lugar, es referida también como significante fundamental que nombra y otorga un lugar diferenciado al sujeto, posicionándolo en el orden simbólico; y en tercer lugar, funciona como operación que testimonia la asunción de la castración, esto es, la prohibición del incesto. Contemplado esto, lo específico de la psicosis será la *forclusión del Nombre-del-Padre*, a saber, el rechazo radical de dicho significante primordial en el universo simbólico del sujeto, lo cual entraña una exclusión del Gran Otro (comprendido aquí como el orden simbólico de la cultura, el lenguaje y la palabra) y la imposibilidad por parte del sujeto de asumir la castración. En otros términos, en el extremo de la psicopatología lo que encontramos es la inoperancia más radical del complejo paterno. O en sentido inverso: la operación del complejo paterno en el sujeto es para Lacan la garantía normativizante de su salud mental.

Como observamos, Lacan sigue formulando el complejo paterno en términos no del padre natural, sino del Nombre-del-Padre y de la función de castración, es decir, de la introducción de la ley que permite el sepultamiento del Edipo y el acceso a lo simbólico. Para Lacan, la función de *ser padre* requiere ser formulada en conexión con la categoría estructural del significante, unidad constitutiva del orden simbólico. *Padre*, según esto, no es un apelativo que responda al mero procreador, sino que alude al significante primordial que hace de carretera principal hacia la exogamia. Lacan hace referencia, en este punto, al caso Schreber (cuya psicosis se desencadenó precisamente con el embarazo de su mujer), señalando que dado que carecía del significante fundamental de *ser padre*, llegó por la vía de la suplencia a identificarse con una mujer embarazada, para realizar por vía sustitutiva la función de *ser padre*.

En el texto *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (Lacan, 1957-1958 [1966]), hará progresar sus postulados en torno al complejo paterno en sus relaciones con la psicosis. Partirá por recordar que sigue a Freud al plantear –en su propia nomenclatura– que el Nombre-del-Padre alude no al padre real, sino al padre simbólico, que no es sino el padre muerto en cuyo nombre se invoca la ley. Si en el desenlace favorable hay instalación del significante primordial, en la psicosis habrá agujero simbólico –significante forcluido– allí donde sea llamado a entrar en juego el Nombre-del-Padre en su valor de sustituto del significante del deseo-de-la-madre, como explicaremos luego en más detalle a propósito del concepto de *metáfora paterna*.

La cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis es, entonces, la consideración de la forclusión en dicha estructura de la función del Nombre-del-Padre, operación que la separa radicalmente de la neurosis (en la cual opera la represión), así como de la perversión (en la cual opera la renegación). Para que la psicosis se desencadene, insistirá, será necesario que el Nombre-del-Padre, forcluido, sea convocado. Lacan será enfático al sostener que las teorías de la psicosis que olviden el lugar que desempeña la función paterna, correrán el riesgo de extraviarse en meras alusiones ambientalistas de la influencia frustrante de la madre. Para Lacan, los efectos devastadores de la figura paterna se observarán con particular frecuencia en los casos en que el padre sea carente o insuficiente en su función.

En *El seminario 4*, dedicado a la crítica de la noción de relación de objeto (Lacan, 1956-1957 [1994]), reformulará su conceptualización en torno al complejo paterno introduciendo el concepto de su teoría de la *falta de objeto*. En coherencia con la relevancia otorgada a la función paterna, el psicoanálisis freudiano insistirá –de acuerdo a la lectura de Lacan– en la ausencia de objeto pulsional, que es justamente lo que distingue a la pulsión del instinto. De allí, que en lugar del privilegio otorgado por amplios sectores del psicoanálisis posfreudiano a una teoría de la relación de objeto, Lacan se dedique a profundizar y formalizar las consecuencias de la falta de objeto para la teoría y la clínica psicoanalíticas. La falta de objeto, entonces, va de la mano con el acento lacaniano puesto en el complejo paterno, en la función paterna de la castración y la ley de prohibición del incesto. Esto, bajo la premisa de que no existe un objeto armónico que consume la relación sujeto-objeto y el reconocimiento de que la noción de falta de objeto, lejos de significar un déficit patologizante, da cuenta del carácter estructural de la relación del sujeto con el mundo.

La noción de falta de objeto, entonces, es fundamental en el psicoanálisis, y Lacan desplegará su sentido a partir de una relectura del caso freudiano del pequeño Hans. Para situar su alcance, Lacan parte por considerar una primera etapa, preedípica y narcisista, en la cual el niño busca satisfacer el deseo de la madre (fundamentalmente insaciable, como todo deseo) haciendo de señuelo del objeto fálico que la completa. Lacan destaca de parte del niño una angustia de devoración por parte de esta madre insaciable e insatisfecha. Esta angustia de ser devorado por el deseo de la madre es la que subyace al síntoma fóbico (suplencia de la función paterna), que puede resolverse solo en la medida en que interviene Freud en función simbólica, como agente de la castración, invocando frente al niño (y su padre) la ley de prohibición del incesto.

Lacan agregará la triple distinción entre padre simbólico, padre imaginario y padre real. El padre simbólico, como ya hemos anticipado, corresponde al Nombre-del-Padre, a la función paterna de regular el deseo edípico por medio de la ley que media la relación dual e imaginaria entre la madre y el niño, función que no necesariamente está encarnada en la persona del padre y que es precisamente la que

está forcluida en la psicosis. El padre simbólico permite el esencial destete respecto del acoplamiento con la omnipotencia materna. La función eficaz del padre castrador permite un complejo de Edipo sin complicaciones sintomáticas. El Nombre-del-Padre le es esencial a toda articulación de lenguaje humano.

El padre real, por su parte, es el padre encarnado, el agente que realiza la operación de la castración, bajo el requisito de posicionarse como un padre sexuado, que efectivamente entra en el campo del deseo de la madre; el padre real –dirá Lacan– jugará un papel esencial en la asunción de la función sexual viril por parte del niño, en la medida en que es él quien posee a la madre, con un pene suficiente y operativo, a diferencia del pene infantil.

El padre imaginario, finalmente, alude a la imago paterna, equivalente a la dimensión objetal del complejo paterno que esbozáramos anteriormente: es el objeto paterno en la fantasía del sujeto, destino del conflicto de ambivalencia afectiva y agente de la privación; es al padre imaginario a quien la niña culpa por haberla privado de pene (y no a la madre, como postulaba Freud), y de quien teme el niño varón ser privado del suyo.

En cuanto a la castración, Lacan agrega una lectura original: no solo hay castración paterna (asociada al padre simbólico y cuya función está asociada a la salud), sino también castración materna, asociada al deseo de devoración y cuya función está relacionada con la patología en la medida en que no sea sustituida por la castración paterna. Respecto a la madre, Lacan destacará también la importancia de la función de la madre fálica: el niño está vinculado con una madre que, a su vez, está vinculada en el plano imaginario con el falo como falta.

Hasta ahora nos hemos referido –en este capítulo– al complejo paterno en Lacan en términos del *Nombre-del-Padre*, es decir, como la función de prohibición del incesto que Lacan asocia al padre simbólico¹⁸; Nombre-del-Padre también referido como el significante primordial que hace posible la significación y la asunción del orden simbólico. Ahora bien, en *El seminario 5* (Lacan, 1957-1958 [1998]),

¹⁸ Lacan resaltaré recurrentemente la homofonía que el idioma francés exhibe entre las expresiones *le nom du père* (el nombre del padre) y *le «non» du père* (el «no» del padre), relevando tanto la función del nombre como la de la prohibición.

dedicado a las formaciones del inconsciente, Lacan complejizará su conceptualización del complejo paterno desarrollando el concepto de *metáfora paterna* y describiendo *los tres tiempos del Edipo*.

¿Qué podemos plantear en torno a la metáfora paterna? Diremos, con Lacan, que si la figura retórica de la metáfora implica una sustitución, entonces la ley paterna introduce una función metafórica, en la medida en que sustituye el predominio del orden imaginario en el individuo por la asunción del orden simbólico. Para Lacan, el padre simbólico es una metáfora, esto es, un significante que viene en lugar de otro significante. La función del padre en el complejo de Edipo, entonces, es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno. El padre pasa a ocupar el lugar de la madre. La metáfora paterna concierne a la función del padre, es otra manera de aludir al complejo de castración, resaltando a nivel inconsciente su valor de sustitución simbólica. Con esto no solo volvemos a plantear la sustitución de la castración materna por la paterna, sino también la pacificación del superyó materno (más exigente y opresivo, más devastador e insistente) por la vía del superyó paterno (instancia que encarna la función normativa de la prohibición). La operación de la metáfora paterna consistirá en la sustitución del significante del deseo-de-la madre por el significante del Nombre-del-Padre: se trata de la metáfora fundamental, de la cual dependerá todo el campo futuro de la simbolización, como queda de manifiesto con el fracaso de la metáfora paterna en la psicosis. El énfasis, de todos modos, sigue siendo el mismo: en el complejo de Edipo, el padre no es un objeto real, aunque deba intervenir como objeto real para dar cuerpo a la castración simbólica.

En cuanto a los tres tiempos del Edipo, Lacan señala que se trata de tres momentos lógicos (más que cronológicos) que marcan el pasaje de lo imaginario a lo simbólico. En un primer tiempo, lo que el niño busca es poder satisfacer el deseo de la madre, es decir, *ser o no ser* el objeto del deseo de la madre. Ella también, por su parte, persigue su propio deseo. La metáfora paterna actúa al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley. En este primer momento, hay identificación con el padre simbólico: el padre opera implícitamente por la vía de la ley del símbolo

y en tanto la cuestión del falo ya está planteada en la madre (donde el niño ha de encontrarla), aunque todavía no se ha manifestado de manera expresa. En este primer tiempo, la relación del niño no es con la madre, sino con el falo en tanto objeto de deseo de la madre: el niño desea –como un súbdito con su amo– ser el objeto de deseo de su madre y no tiene otra forma de hacerlo más que ocupar el lugar del objeto de su deseo.

En un segundo tiempo, el padre interviene en el plano imaginario, como figura todopoderosa y privador de la madre: la ley del padre es concebida imaginariamente por el sujeto como privadora para la madre, en la medida en que desprende al sujeto de su identificación y lo liga con la ley. En este segundo momento, hay identificación con el padre imaginario: el padre se afirma de manera explícita –aunque mediada por la madre, que lo establece como quien dicta la ley– como presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley. En este segundo tiempo, el padre se hace notar como interdictor a través de su mediación en el discurso de la madre. En esta etapa, el padre interviene en calidad de doble mensaje: para el niño, «No te acostarás con tu madre»; para la madre y su instinto maternal: «No reintegrarás tu producto». Como consecuencia, en este momento privativo del complejo de Edipo, la posición de súbdito de la madre por parte del niño pasa a ser –saludablemente– conmovida.

Del tercer tiempo depende la salida del complejo de Edipo: el padre interviene aquí no como el que *es* el falo, sino como el que *tiene* el falo, como padre real y potente. En este tercer momento, hay identificación con el padre real: el padre se revela en tanto que él lo tiene. La salida del Edipo está determinada por esta identificación con el padre real, portador del falo, identificación que dará lugar al ideal del yo. Para Lacan, los tres tiempos del complejo de Edipo constituyen una estructura en la que el sujeto ha de introducirse, para lo cual el padre real juega un papel preponderante. En este tercer tiempo, el niño es favorablemente desalojado de aquella posición de satisfacción dual –que en rigor nunca es dual, porque interviene el falo imaginario como tercer elemento– en relación con la madre. Esta etapa supone aquella identificación con el padre para tener lo que el padre tiene, a saber, el falo simbólico, función de la castración.

El estatuto teórico del falo será retomado por Lacan en su escrito titulado, precisamente, *La significación del falo* (Lacan, 1958 [1966]), así como en sus *Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina* (Lacan, 1960 [1966]). En dichos textos, sugerirá que con el término *falo* alude en general a las funciones simbólicas e imaginarias que representa dicho órgano, si bien Lacan también se refiere al *falo real* para aludir al órgano genital masculino en su materialidad corporal y su realidad biológica. Por su parte, el *falo imaginario* está asociado –como recién hacíamos notar a propósito de los tres tiempos del Edipo– con el objeto de deseo de la madre, lo que ella desea más allá del niño, tercer término incluido en la dialéctica imaginaria de la relación del niño con la madre. En la dialéctica de ser y tener el falo, se trata del objeto imaginario que vendría a completar a la madre, objeto con el cual el niño se identifica en el primer tiempo del Edipo, bajo el entendido de que el complejo de castración viene justamente a marcar la necesaria renuncia del niño (y de la madre respecto al niño) a ocupar el lugar del falo imaginario. Por su parte, el *falo simbólico* es planteado por Lacan como la función o significante privilegiado que designa en su conjunto los efectos del significado. Es simbólico en la medida en que marca una oposición entre presencia y ausencia, y por tanto, opera como inscripción de la asimetría y la diferencia sexual. Lacan lo plantea, tanto para la mujer como para el hombre, del lado de la asunción de la castración simbólica.

En sus seminarios siguientes, dedicados al deseo y su interpretación (Lacan, 1958-1959 [2003]), a la ética del psicoanálisis (Lacan, 1959-1960 [1964]) y al problema de la transferencia (Lacan, 1960-1961 [1991]), las citas al complejo paterno en tanto función simbólica serán aparentemente menores y menos explícitas que en los tres seminarios previos, lo que será acaso el preanuncio de un importante giro teórico posterior.

De todos modos, rescatamos respecto del seminario sobre el deseo y su interpretación la insistencia de Lacan en relevar el lugar del deseo como aquello propio de la subjetividad humana, vinculado a la ley paterna que instauro la cultura y separado del ámbito de la necesidad, propiamente biológica. La necesidad puede ser satisfecha, pero el deseo es un resto no susceptible de satisfacción, «indestructible», al decir de

Freud. Así, observamos que la distinción entre deseo y necesidad es correlativa de la diferenciación de la primera época entre complejo e instinto. Asimismo, Lacan distingue el deseo del otro del propio deseo: el primero, alude al deseo de la madre, mientras que el segundo toma forma solo en la medida en que la intervención paterna hace operar la castración y articula el deseo con la ley.

A partir de lo anterior, resulta coherente que Lacan plantee la ética del psicoanálisis como una ética del deseo, que responde a la siguiente pregunta: ¿Ha actuado usted en conformidad con el deseo que lo habita? Lacan propone que de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en el propio deseo. Y si el propio deseo no puede tomar forma sin la intervención de la función paterna, es notorio que la ética del psicoanálisis mantiene un estrecho vínculo con el complejo paterno¹⁹.

Ahora bien, referíamos que la necesidad instintual tiene objeto predefinido; el deseo, en la medida en que es una relación a una falta, no tendrá un objeto fijo hacia el cual tienda, pero sí un objeto que opera como su causa. A este objeto causa del deseo, Lacan lo denomina *objeto a*, y se expresa como el objeto de deseo que buscamos en el otro. Estas premisas son fundamentales para comprender los postulados de Lacan en torno a la transferencia, planteada por él en su dimensión simbólica como una suposición, a saber, la atribución al analista del tesoro oculto del saber acerca del deseo del paciente o analizante, función del *sujeto supuesto saber* que «caerá» (y con ella el analista en posición de *objeto a*) hacia el final del análisis. Este planteamiento –como lo adelantamos en su momento– es coherente con los postulados freudianos: la transferencia simbólica entendida como la atribución de la función de sujeto supuesto saber al analista, puesto en posición de objeto causa del deseo es concordante con la transferencia comprendida como la proyección del complejo paterno y del poder del superyó en el analista, proyección que será liquidada

¹⁹ Es posible plantear, incluso, que la *moral* está del lado del complejo materno y la *ética* del lado del complejo paterno: la moral respondería al deseo de la madre: «actúa en conformidad con mi deseo», mientras que la ética supondría no el deseo de reconocimiento por parte del Otro, sino el reconocimiento del propio deseo. Esta oposición dialogará con la distinción de Winnicott entre el acatamiento al gesto de la madre y la creatividad del gesto espontáneo (Winnicott, 1966 [1971]).

gradualmente durante el final del proceso. Estos alcances demuestran que el complejo paterno en Lacan –como en Freud– está íntimamente vinculado con sus perspectivas en torno a la dirección de la cura.

Una última estación de este capítulo nos detendrá en las relaciones del complejo paterno con el ideal del yo, el yo ideal y el superyó, y a partir de allí, al vínculo entre función paterna e identificación. Lacan se dedica a ambos temas en sus seminarios octavo y noveno, dedicados respectivamente a la transferencia (1960-1961 [1991]) y a la identificación (1961-1962 [2007]).

Recordemos que ya en su texto acerca de los complejos familiares, Lacan (1938 [1997]) hacía una primera diferenciación entre el ideal del yo y el superyó, el primero asociado a la sublimación y el segundo a la función de prohibición; ambos, de cualquier modo, en relación al complejo paterno y a lo que más tarde denominará como orden simbólico. En adelante, tanto en su primer seminario como en el octavo (Lacan, 1953-1954 [1975]; 1960-1961 [1991]), la oposición que más interesará a Lacan será aquella entre el ideal del yo –en tanto introyección simbólica– y el yo ideal, comprendido este último como fuente de una proyección imaginaria y alienante, ilusión omnipotente de completud y de síntesis. El pasaje del deseo de la madre al Nombre-del-Padre, entonces, también puede formularse como el pasaje del yo ideal a la función del ideal del yo. En cuanto al superyó, Lacan le otorgará un doble estatuto: por un lado, ley estructurante y, por otro, imperativo opresivo de goce.

En cuanto a la identificación, Lacan igualmente realizará una distinción equivalente entre una identificación imaginaria y otra simbólica. La primera, alude a la expuesta a propósito del estadio del espejo (Lacan, 1936 [1949]); se trata de la identificación alienante con la imagen que está fuera del sujeto. La segunda, refiere a la identificación con el padre real en el tercer tiempo del Edipo (1957-1958 [1998]); se trata de aquella identificación estructurante que precisamente da origen al ideal del yo. Ahora bien, esta identificación simbólica también pasará a ser formulada como una identificación con el *rasgo unario* (Lacan, 1961-1962 [2007]), que él define como el significante primordial del orden simbólico que se introyecta para producir el ideal del yo. Lacan se explaya en torno al rasgo unario y sostiene que se trata del término primordial del cual depende la satisfacción narcisista que se desarrolla en la relación con el

yo ideal, asociándolo a la función del nombre propio, término que a su vez refiere como una marca real, ajena al campo simbólico del sentido. Se trata de un esfuerzo de formalizar y otorgarle un rigor estructural a la enigmática función de la identificación primaria descrita por Freud (1921), aquella primera forma de identificación con el padre, que Lacan asocia a la injerencia radical y primordial de la función paterna en la constitución significante en todo aquello que pertenece a la cultura.

Este último esfuerzo de formalización, que incluye las referencias al rasgo unario y al nombre propio, anunciarán el interés de Lacan por ir más allá del campo del sentido y del orden simbólico, hacia una escritura de lo real como «sinsentido», es decir, como aquello que escapa al sentido. La última etapa de sus formulaciones teóricas en torno al complejo paterno estará enmarcada en este viraje desde el sentido simbólico hacia el más allá del sentido propio del registro de lo real. En buena parte, justamente de eso se tratará el pasaje del Nombre-del-Padre a los nombres del padre, uno de los temas que trataremos a continuación.

2.3. *Nombres del padre, nudo borromeo y sinthome*

Nuestro objetivo en este subcapítulo será examinar las últimas formulaciones lacanianas acerca del complejo paterno, que girarán en torno a los conceptos de *los nombres del padre*, el *nudo borromeo* y el *sinthome*.

Lacan retomará sus ideas en torno al complejo paterno en *El seminario 10* (Lacan, 1962-1963 [2004]), orientado al problema de la angustia, recordando que el padre interviene en la normalización del deseo por la vía de la ley. En su lectura del Edipo, el deseo y la ley no son antagónicos, sino que es la ley la que permite que el propio deseo tenga lugar, al mediar la relación con el deseo de la madre. El complejo de castración se formula en términos de la dialéctica entre ser y tener el falo, contexto en el cual, para tener el falo y poder usarlo, es necesario no serlo. La fijación en la posición de ser el falo materno es alienante, y es precisamente la angustia la señal de dicho peligro. Así, Lacan refiere que la angustia surge cuando falta la función paterna; en otras palabras, la angustia es la falta de la falta. Si falta la ley del

padre, que es la que abre la senda al propio deseo, entonces aparece la angustia, como señal de su carencia y como llamado al padre simbólico. La falla del complejo paterno es correlativa, de acuerdo con Lacan, a la omnipresencia de la demanda materna, correlación que está en la base de la formación del síntoma, paradigmáticamente del síntoma fóbico, como en el caso del pequeño Hans. En esto se observa una inversión de los términos entre Freud y Lacan: si para Freud la fobia respondía a la amenaza de castración paterna, para Lacan responde tanto a la amenaza de la castración materna –bajo la forma de angustia de devoración– como al deseo de castración paterna.

En este contexto, entonces resulta más clara la formulación de Lacan en torno a que la angustia no es sin objeto. En efecto, el objeto de la angustia es precisamente el deseo del otro (el deseo de la madre) en tanto causa. Y si el *objeto a* era referido por Lacan como el objeto causa del deseo, entonces el objeto de la angustia será el *objeto a*. La angustia, entonces, estará del lado de lo real y será el único afecto que no engaña.

Estas puntualizaciones, en particular el acento de Lacan en el objeto *a*, dan cuenta del giro progresivo de Lacan que va desde un énfasis en el orden simbólico a un acento en el registro de lo real. Este giro será fundamental para comprender el aporte original de sus últimas formulaciones teóricas en torno al complejo paterno.

En su *Introducción a los nombres del padre* (Lacan, 1963 [2005]) –seminario que tras su primera clase quedó inconcluso–, plantea que Freud desarrolló una teoría y una clínica del padre simbólico, asunto que el propio Lacan contribuyó a desarrollar. Así, lo que le interesa al psicoanalista francés es ir más lejos que Freud, en términos de explorar el complejo paterno en el horizonte del registro de lo real, conceptualización que reformula: si antes el padre real aludía al padre sexualmente encarnado (1957-1958 [1998]), ahora se trata del padre en tanto nombre propio o marca desprovista de sentido. Junto con el acento en lo real de la nominación, *lo que Lacan introduce como una manera de ir más allá del padre simbólico es la pluralización del Nombre-del-Padre, por la vía de introducir la noción de los «nombres del padre», con lo cual hace operar una descentralización de una función paterna que giraba exclusivamente en torno a lo simbólico, al sentido y a la*

ley. Con esto, la función paterna perderá el sentido trascendental que el propio Lacan le había entregado y se verá radicalizada la búsqueda de una formalización que tome cada vez más distancia del sustancialismo del significado.

Una década más tarde, en *El seminario 22*, titulado *R. S. I.*, Lacan (1974-1975, [2003]) sostendrá que, entre los nombres-del-padre, el padre tiene tantos que no hay uno que le convenga. No se tratará solamente de reformular la función paterna como nombre-propio, sino de plantear para el complejo paterno versiones y funciones múltiples. La función de prohibición del incesto no será más que uno de sus «nombres», funciones o versiones. Pasaje, entonces, de la unicidad a la multiplicidad de la función paterna, descentramiento que para Lacan también será la transición de un anterior énfasis centrado exclusivamente en lo simbólico a un acento repartido entre los tres registros, con especial atención en lo real, en tanto respondería precisamente a la deconstrucción del sentido por la que se interesa ahora el proyecto lacaniano.

Siguiendo precisamente con su acento en lo real, en *El seminario 15*, titulado *El acto psicoanalítico*, Lacan (1967-1968 [2004]) retomará los vínculos entre el lugar del padre y la transferencia, afirmando que el acto psicoanalítico consiste precisamente en la fe hecha en el analista en tanto padre simbólico, es decir, en tanto sujeto supuesto al saber, fe que –como hemos anticipado anteriormente– al final de la cura se verá que era insostenible. En otras palabras, si bien el paciente atribuye al analista –vía transferencia simbólica– la figura de un padre poseedor de la verdad y garante del sentido, dicho lugar de padre omnipotente finalmente revelará su estatuto ilusorio, momento que coincide con su caída en tanto que objeto *a*. La función del sujeto supuesto al saber, por tanto, es estructuralmente análoga a la fe religiosa, a saber, la transferencia considerada como un don del cielo.

Ahora bien, para que esta caída sea posible, es el analista el que debe estar precavido de lo ilusorio de su poder, como modo de poder aceptar su caída. Comprendamos, desde Lacan, que esta suposición es en efecto muy útil para embarcarse en la tarea psicoanalítica, esto es, que hay uno –el otro omnisciente– que ya sabe todo lo que acaecerá; por supuesto, no se trata del analista, pero si hay fe en otro todopode-

roso, es posible correr el riesgo del análisis. La tarea de la experiencia analítica consistiría precisamente en borrar del mapa esa función del sujeto supuesto al saber. En otros términos, la cura comienza con la transferencia del padre simbólico y culmina con la caída del padre simbólico en tanto residuo ilusorio. El proceso psicoanalítico no es otra cosa que el pasaje del padre simbólico a lo real del padre: de la ilusión de un dios omnisciente (ilusión transferida transitoriamente al analista) al contacto con el desvalimiento asociado a su caída.

Tal como lo sugerimos en el apartado dedicado a Freud, se trata a todas luces –y esto constituye un punto relevante para nuestra investigación– de una intersección teórica y clínica sustantiva con el Freud de *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1927), cuando allí afirmaba la radical impotencia y desvalimiento del ser humano vinculada con la inexistencia de un padre protector. Asimismo, este borramiento del padre simbólico implica el desbaratar del Nombre-del-Padre como función mayúscula y trascendental: en la medida en que no hay padre simbólico, de lo que se tratará es de *saber hacer* algo con el desvalimiento, asunto que Lacan retomará más adelante a propósito de la incorporación teórica del estatuto del *sinthome*.

Pero, tal como sucedió con Freud, el relevamiento del padre simbólico por el padre real y el despojamiento de la trascendencia del Nombre-del-Padre no será un movimiento teórico lineal y sin ambivalencias ni oscilaciones. Por de pronto, en sus *Dos notas sobre el niño* (Lacan, 1969 [1983]), retomará –en el contexto de reiterar la discontinuidad entre la familia biológica y la humana, y a propósito de la pregunta por el síntoma del niño– sus primeros postulados, al sostener que la función del padre consiste en encarnar, por la vía de su nombre, la ley en el deseo, este último indisociable de los cuidados maternos. Lacan sugiere –como lo hiciera antes de su giro hacia lo real– que la función del padre consiste en *mediar* la relación incestuosa y dual entre el deseo del niño y el de la madre, abriendo paso con ello al ideal del yo y liberando al infante de la captura en el fantasma materno y de la fijación en tanto objeto de la madre, obturador de su falta.

El retorno del giro hacia lo real y, con ello, el descentramiento de la función paterna en tanto ley, volverá a hacerse presente en *El seminario 17*, titulado *El reverso del psicoanálisis*, título que justamente apunta a

acentuar la reversión que hace operar Lacan tanto respecto a la teoría freudiana del padre como a sus propios planteamientos previos. De hecho, un importante capítulo de dicho seminario lleva por nombre la expresión «más allá del complejo de Edipo», expresión precisa para denotar el giro en cuestión. En este seminario, Lacan criticará al Freud que plantea como primaria la identificación con el padre, merecedor predilecto del amor, asunto que se contradice con lo que la experiencia muestra como primario, a saber, la primacía de la relación del niño con la madre.

De acuerdo con Lacan, lo que Freud allí preserva es precisamente lo que designa como más sustancial en la religión, es decir, la idea de un padre todo amor; esto es lo que señala la primera forma de identificación con el padre: el padre es amor, el padre es el primer y fundamental destino del amor humano. Lacan señala que Freud, buscando disipar con estos postulados la raigambre en la religión, en definitiva lo que haría sería preservar con este mito su misma sustancia, en la medida en que disimularía la castración paterna y el hecho de que el padre está castrado desde el origen. El mito de *Tótem y tabú* (Freud, (1912-1913 [1913]), según esta lectura, no sería sino el intento teórico de reafirmar la figura de un padre todopoderoso. Según Lacan, si no cuestionamos estas implicancias teóricas, el psicoanálisis permanecería atado al campo de la religión, que es también el campo del sentido y el registro de lo simbólico. En cambio, la apuesta más radical del psicoanálisis conllevaría una posición vinculada con el ateísmo: consistiría en ir más allá del complejo de Edipo y del padre simbólico, hacia la caída de la fe en aquel complejo del Padre escrito con mayúscula.

En sus seminarios 19 y 20 (Lacan, 1971-1972 [2007]; 1972-1973 [1975]), Lacan introducirá la función del *nudo borromeo*, tomado de la familia del mismo nombre, para enfatizar una estructura lógica según la cual, en un conjunto de tres elementos, solo a causa del tercero los otros dos se sostienen juntos: bastaría con cortar uno de ellos para que los otros dos también se separen. Así, los tres redondeles están unidos, de forma tal que, si se corta uno, los tres quedan libres e independientes. Este recurso –que Lacan compara con la figura cristiana de la trinidad, en tanto son uno y tres al mismo tiempo– es utilizado para mostrar la interdependencia de los registros simbólico, real e imaginario, pero

igualmente expresa el interés de Lacan en lo que considera como la lógica formal de lo real. El énfasis, nuevamente, está en lograr el máximo de formalización posible. El ideal de Lacan es construir una teoría de lo real, puramente formal y ajena a todo tipo de significado y sustancia, acaso al modo de la topología o de las matemáticas. En este contexto, resulta claro que todo sentido involucrado con la función paterna es considerado un obstáculo teórico; de allí, entonces, el proyecto de formular una versión del padre sin sentido, un padre más allá de la metáfora paterna, concordante con su reformulación del Nombre-del-Padre en términos de los nombres del padre.

En *El seminario 23*, Lacan (1976-1977 [2005]) introducirá –a propósito del análisis de Joyce– el concepto de *sinthome*, noción consistente con la línea teórica inaugurada con la introducción de *los nombres del padre* y el *nudo borromeo*. A diferencia del síntoma, concebido en su momento como un mensaje simbólico proveniente de un inconsciente estructurado como lenguaje (Lacan, 1953 [1966]), el *sinthome* –forma arcaica de la palabra síntoma– alude a una concepción del síntoma desde el registro de lo real, más allá de lo simbólico: un núcleo de goce irreductible al lenguaje y que, por tanto, no exige disolución por la vía del análisis, sino más bien un *saber hacer* (Lacan, 1976-1977 [2005]; Evans, 1997), una artesanía particular con lo real del síntoma, no demasiado lejana a la idea freudiana de sublimación, en tanto redireccionamiento de la pulsión hacia metas socialmente valoradas (Freud, 1905)²⁰.

En términos del nudo borromeo, el *sinthome* es descrito por Lacan como cuarto anillo que mantiene unidos a los otros tres, asociados a los registros simbólico, real e imaginario, particularmente en términos de suplencia de la función paterna. En otras palabras, Lacan plantea que uno de los nombres del padre –acaso el fundamental– corresponde a la función de mantener anudados los registros real, imaginario y simbólico. El fracaso radical de la función paterna de anudamiento lleva a la psicosis, que puede ser prevenida por la vía del *sinthome*,

²⁰ Para Lacan (1972-1973 [1975]), la *pulsión* está del lado de lo real, tanto como la noción freudiana de *satisfacción*, ambas asociadas al goce, concepto complejo y abierto a diversas acepciones, pero cercano a la idea de satisfacción pulsional. El inconsciente, estructurado como lenguaje, está para Lacan del lado de lo simbólico, mientras que el inconsciente, en tanto goce, está del lado de lo real.

esto es, una suplencia de la función paterna por la vía de saber hacer algo con el goce, tal como según Lacan lo realizó Joyce por medio del arte, en su caso con una escritura particularmente ajena a la dimensión del sentido²¹.

De acuerdo con Lacan (y con esto volvemos a observar sus ambivalencias en torno a la función del padre simbólico), el Nombre-del-Padre es aquel elemento incondicionado del cual depende, en última instancia, el conjunto de la realidad psíquica, el cuarto elemento que hace posible el anudamiento de lo simbólico, lo imaginario y lo real. En este sentido, Lacan llega a plantear que la noción de *sinthome* viene a recubrir lo que atañe al Nombre-del-Padre.

Ahora bien, respecto al lugar del padre en el caso de Joyce, Lacan señala que Joyce careció del Nombre-del-Padre, en la medida en que cargaba con un padre refugiado en el alcohol y en la religión. Por tal razón, requirió compensar la carencia paterna por la vía de hacerse un nombre propio con su arte, que operó de este modo como *sinthome*, es decir, como suplencia de la función paterna, como anudamiento de lo simbólico, lo imaginario y lo real, y como alternativa a la psicosis²².

Si el psicoanálisis prospera –afirma Lacan– prueba que *se puede prescindir del Nombre-del-Padre, con la condición de servirse de él*. En otras palabras, para ir más allá del padre simbólico, es necesario utilizar el Nombre-del-Padre como significante primordial; o dicho a nivel clínico, el análisis lleva a una posición más allá del padre (en Freud, al reconocimiento del desvalimiento; en Lacan a la caída del sujeto supuesto saber) a través de la transferencia al padre simbólico.

A partir de estos elementos, verificamos que en las últimas contribuciones teóricas (y clínicas) de Lacan, el foco de investigación está puesto en lo real. Después de haber hablado largamente de lo simbólico y de lo imaginario, Lacan sostiene que se vio llevado a preguntarse por el valor específico de lo real, teniendo como referencia la necesidad universal

²¹ Lacan juega con el concepto de *sinthome*, haciendo coincidir en él las homofonías de «*synth-homme*», en tanto creación sintética o artificial del hombre por la vía de su arte, y de «*saint homme*», en cuanto Joyce sería un hombre «santo», ejemplar o paradigmático respecto al modo de usar el lenguaje con el fin de organizar el goce (Lacan, 1976-1977 [2005]; Evans, 1997).

²² Una segunda alternativa para reparar la carencia de la función paterna está constituida por la experiencia analítica, al utilizar al psicoanalista como *sinthome*, es decir, como función sustitutiva de anudamiento.

de la especie humana de creer en la existencia de un padre garante del sentido, de la ley y del orden. Pero lo real –plantea– está desprovisto de sentido, de ley y de orden. En lo real no hay padre simbólico: hay que vérselas solamente con versiones del padre. O dicho a la manera de su último seminario (Lacan, 1976-1977 [2005]): lo simbólico es el lugar del padre, pero en lo real ese padre no existe.

2.4. Estudios posteriores: Lacan y el lugar del padre

Nuestra revisión de los estudios posteriores y recientes sobre las contribuciones metapsicológicas de Lacan al complejo paterno y a la función paterna, comenzará con los planteamientos de Joël Dor, quien en el texto *El padre y su función en psicoanálisis* (Dor, 1989 [2004]) señalará que la función paterna constituye el epicentro crucial en la estructuración psíquica del sujeto, que hace operar asimismo la inscripción de la identidad sexual en el sujeto, sin que el sexo biológico opere como determinismo. Para Lacan –recuerda Dor–, la función del padre frente a lo inconsciente se resolverá en una topografía psíquica compleja, que entrama los registros real, imaginario y simbólico. Fundamentalmente, en el campo del psicoanálisis la noción del padre intervendrá como un *operador simbólico ahistórico*, a partir de lo cual la historia se verá reducida a una estructura mítica, necesaria y universal. El padre, para desplegar su función de manera estructurante, operará menos como un ser encarnado que como una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de una función. Este padre simbólico será universal, y su función estructurará la ordenación psíquica en calidad de sujeto.

Dor enfatiza que este padre simbólico difiere de su existencia concreta e histórica encarnada en el padre real, así como del padre imaginario en cuanto entidad fantasmática sin la cual ningún padre real podría recibir la investidura de padre simbólico. Destaca Dor que la instancia del padre simbólico es ante todo la función del *padre muerto*, referencia a la Ley de prohibición del incesto. Así, no será necesario que haya un hombre para que haya un padre: bastará un tercero, mediador del deseo de la madre y el niño. Estatuto de un significante, el Nombre-del-Padre será el operador de la metáfora del Nombre-

del-Padre. Cuando el Nombre-del-Padre es forcluido o renegado en el discurso de la madre, la metáfora paterna queda condenada al fracaso. De acuerdo con Lacan, la etiopatogenia de las psicosis –subraya Dor– está anudada a la dimensión del acceso a lo simbólico.

En una línea similar a Dor, Polatinsky y Hook (2008) también subrayarán que el Nombre-del-Padre designa al padre muerto. Recordarán que Freud (1912-1913 [1913]) detalla la génesis del mito del patriarcado rastreando los orígenes de la prohibición en un violento padre primordial cuya muerte lleva a la prohibición y cuya autoridad paterna es mucho más poderosa cuando está muerto y ausente. La relación con el padre –destacarán– se produce en una zona de hiancia, falta y ausencia, donde no hay reciprocidad. Correlativamente, para Lacan el Nombre-del-Padre será constitutivo de un orden simbólico suprapersonal y estructural, gobernado por legalidades, ausencias y exclusiones inexorables. Polatinsky y Hook retomarán el análisis que Lacan desarrolla acerca de Hamlet (Lacan, 1982) para relevar que una inscripción demasiado precaria o tenue del Nombre-del-Padre facilita en el individuo la emergencia de un espacio presimbólico potencialmente amenazante y aniquilante, ajeno al ámbito de la representación.

A este respecto, una perspectiva crítica es la que aporta Green (1990 [1992]), al señalar que la teoría lacaniana de la estructura simbólica opera como una teología negativa trascendental que no solo reduce al padre a un mero idealismo formalista, sino que también reduce el proceso de simbolización al orden simbólico, el orden simbólico al complejo de Edipo, el complejo de Edipo a la metáfora paterna, la función paterna al significante del Nombre-del-Padre, y la angustia y la fantasía de castración freudianas a la castración simbólica, cuyo estatuto ontológico nos devuelve a una metafísica de la «falta». Para Green, en cambio, la simbolización es primariamente afectiva, definiendo al afecto como «significante de la carne y carne del significante». A partir de esta serie de reduccionismos, no es de extrañar –cuestiona Green– que la clínica lacaniana devenga una explotación de la transferencia paterna idealizada, llevando las desviaciones sadomasoquistas de la «castración simbólica» a ser la meta del análisis.

A propósito del proyecto formalista criticado por Green, el padre en Lacan no solo será el padre muerto, sino asimismo función de no-

minación. En efecto, y como señala Flesler (2006), para Lacan, el padre será el padre del nombre. En los últimos seminarios de su enseñanza –precisa Flesler–, el padre pasó de ser un lugar en el deseo de la madre a tener nombre propio, realizándose su función como nominación, es decir, como enlace de lo real del goce, más allá de la operatividad significante. Según Flesler, si Lacan pasó del Nombre-del-Padre a los nombres del padre, fue para señalar lo necesario de la función de nominación. Para ir más allá del padre, el individuo debe haber dicho sí a cada uno de los nombres del padre en la infancia. Para eso no solo es necesario que el padre nomine, sino que el sujeto le otorgue, inicialmente, creencia a su decir. Con el acto de nombrar al niño que tuvo con una mujer, al decir «yo soy tu padre», el padre –puntúa Flesler– recorta goce de tres maneras: en el hijo, al marcar la prohibición del incesto; en la madre, al hacerla no-toda madre, deseándola como mujer; y en él mismo, colocándose ante la castración que orienta el goce enlazado al deseo. Ahora bien, agregará Flesler, el enunciado «yo soy tu padre» solo se sostiene si funciona la autoridad que da respeto y amor al padre, solo si transmite la castración, al hacer de una mujer objeto *a*, causa de su deseo. Sin embargo, subraya Flesler, no todos los niños ven a su padre como una autoridad: algunos padecen los estragos de su inconsistencia descubierta precozmente. Será importante para los analistas mensurar los efectos que las fallas diversas de la función paterna determinan en la estructura, y el tiempo del sujeto en que son descubiertas. De acuerdo a Flesler, habrá fallas y fallas del padre, y tiempos para reconocerlas.

En *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Miller y Laurent (1997 [2005]) aportarán una distinción entre lo que llaman la *época freudiana* y la *época lacaniana*. La primera corresponde a la primacía del Nombre-del-Padre, teoría iniciada por Freud y formalizada por Lacan en la primera parte de su obra. La época freudiana, de ideología científicista, está asociada a la idea del padre que, en tanto muerto, eterniza su poder y hace de velo a la castración. Se trata del significante de que el otro existe. De acuerdo con Miller y Laurent, Lacan formalizó la teoría de la época freudiana no por adhesión ni continuidad, sino para ponerle fin, lo que estalló cuando presentó *los nombres del padre*, lectura que pluraliza y pulveriza el Nombre-del-Padre. *La época*

lacaniana del psicoanálisis –que sería la nuestra– se inaugura con la inexistencia del otro, con su operación solo en tanto semblante. Miller y Laurent alertan sobre la importancia de la advertencia de Lacan, cuando plantea que *podemos prescindir del nombre del padre como real con la condición de servirnos de él como semblante*.

Se pensó equivocadamente –continuarán Miller y Laurent– que con el Nombre-del-Padre, Lacan restauraba nostálgicamente al padre, cuando se trataría de algo distinto. Por su formulación misma, este concepto del retorno a Freud apuntaría a demostrar el semblante y a dar lugar a su pluralización. El fin de análisis se situaría para Lacan en *saber arreglárselas con el síntoma*: del lado del *saber arreglárselas*, estaría lo singular, sería un conocer, un saber desenvolverse con algo. Estaríamos en el nivel del uso, del «servirse de». Según señalan estos dos autores, para el último Lacan, el nivel del uso sería esencial: nivel del *saber arreglárselas*, donde no habría teoría, sino una práctica. Cuando el otro no existe, solo quedaría el uso. Por eso habría una correlación entre el concepto de uso y lo real (allí donde el otro no existe). Si al principio la indicación de Lacan era la ciencia y la reducción de lo real por el significante, después señalaría el camino del arte, que sería cierto *saber arreglárselas*, incluso cierto *saber hacer*, más allá de las prescripciones de lo simbólico. Subrayan Miller y Laurent que, en este contexto, el síntoma sería por un lado lo que no anda, pero por otro lado (que Lacan llamó *sinthome* recurriendo a la etimología) sería el único lugar donde finalmente *ello* anda. No habría en Lacan, según lo argumentado, la menor nostalgia, sino por el contrario: lo que habría sería el anuncio –profético, según Miller y Laurent– de una nueva época.

En su escrito *Un nuevo amor por el padre*, Laurent (2009) desarrollará estos planteamientos, destacando en la obra de Lacan el pasaje del padre simbólico, universal y asociado a la ley, al padre real, particular (caso a caso), y del saber hacer con su versión como instrumento. En las nuevas configuraciones familiares, la pluralización del Nombre-del-Padre operaría como una reducción del padre sagrado al padre instrumental, donde el padre simbólico quedaría expuesto como semblante. De lo que se trata, según Laurent, es de inventar al padre en el caso a caso, lo cual supone que el padre deja de estar asociado a la norma: se trata de un

más allá de la norma, en el acto del deseo particularizado. Un hacer uso del Nombre-del-Padre en orden de trascenderlo: ni con el padre, ni sin él.

Una línea argumental similar a la de Miller y Laurent es la que presenta Breglia (2006), en su ensayo *Los nombres del padre o ¿cómo prescindir a condición de servirse?* Plantea que, por un lado, Freud tuvo que construir un mito moderno como *Tótem y tabú* para explicar que, si subsiste algún padre ha de ser el *padre muerto*, el padre asesinado; pero por otro lado, Lacan definirá la equivalencia freudiana que asocia al padre muerto como la condición del goce para todo sujeto, como operador estructural. De acuerdo con Breglia, Lacan avanza aún más en la logicización del Nombre-del-Padre, dando el paso crucial hacia su reducción en el padre-síntoma, siendo esta otra perspectiva lógica de la función del padre. De esta manera, Lacan operaría una relativización del Nombre-del-Padre en el pasaje del singular al plural, en la medida en que el plural introduciría una lógica del Nombre-del-Padre donde la función podría ser sostenida por diversos enunciados. Ello haría lugar –insiste Breglia– a lo que Lacan nombra como perversión paterna. Para que subsista el padre como función debe dar lugar a la *pere-versión*, como única garantía de la función del padre. Por esta vía, los nombres del padre dejarían atrás definitivamente lo universal del padre. Esta perspectiva implicaría –como lo plantearan también Miller y Laurent– la concepción del padre como instrumento disponible para que el sujeto se sirva de él como herramienta. Lo que nos quedaría del padre cuando los ideales y las identificaciones dejan de recubrirlo sería el nivel del uso, del saber arreglárselas. Culmina Breglia señalando que entonces se podría prescindir de creer religiosamente en el padre a condición de servirse de él, para volver legible el goce del sujeto.

Otro ángulo de las implicaciones teóricas (y clínicas) de la noción del Nombre-del-Padre es considerado por Rabinovich (1998), en su libro *El nombre del padre: articulación entre la letra, la ley y el goce*. Rabinovich plantea que el Nombre-del-Padre, para Lacan, designa en primer lugar la existencia de un operador lógico de la estructura del lenguaje. No se trataría de un sujeto, sino una función que se encarna en significante privilegiado (incognoscible e impronunciable), donde se soporta la garantía de la ley del lenguaje, ley que no es otra que la del sinsentido. De acuerdo con Rabinovich, esta sería una insistencia

permanente de Lacan, lo cual señalaría como artificial la distinción de Miller y Laurent entre dos períodos de la obra de Lacan, uno freudiano y otro propiamente lacaniano. Para Rabinovich, el acento constante de Lacan es el de la descreencia radical en el padre como sustancia, pese a que la creencia en un padre sea el operador fundamental de la experiencia analítica a modo de sujeto supuesto saber. Señala Rabinovich que la disposición a creer en algún dios es estructural en el ser hablante, disposición que se verá encarnada en distintos personajes que durante su vida le darán actualidad y consistencia a esta creencia, incluyendo al analista.

Así, la transferencia analítica estaría determinada por los mismos resortes estructurales que los de la religión: sin que en ello tenga relevancia la adscripción del sujeto a cualquier creencia religiosa o su profesión de fe atea, las cuestiones relativas a la creencia en dios estarían en el centro de la experiencia del análisis. El principio de la transferencia –recuerda Rabinovich– es que el paciente ubique al analista como objeto de su fe. Pero paradójicamente, la cura analítica, que se apoya en la religiosidad del analizante, tendrá como meta disolver la consistencia imaginaria de la ilusión transferencial planteada en el inicio. Rabinovich destacará que este desenlace sería el sentido más radical que tendría la expresión freudiana *liquidación* de la transferencia, aunque fuera Lacan quien le diera, en definitiva, su mayor alcance. En este sentido, la experiencia analítica llevada hasta el final, representaría el acceso a un ateísmo estructural, pero solo en la medida en que pueda ser disuelta la obediencia retrospectiva a los mandamientos paternos.

Hemos visto que el problema metapsicológico del Nombre-del-Padre en Lacan está vinculado –como su misma expresión lo denota– al ámbito religioso, en sus conexiones fundamentales con la teoría y la clínica psicoanalíticas, ámbito del cual Lacan descrea. Pero según Allouch (2007), ya no la religión, sino la espiritualidad, goza de favor en la teoría lacaniana, desde sus primeros escritos que asocian el complejo paterno con los postulados espirituales, pasando por su referencia al Nombre-del-Padre hasta su proyecto de fundar para el psicoanálisis una ética. Para Lacan –plantea Allouch–, este carácter espiritual del psicoanálisis no implica en absoluto que esté fuera de toda racionalidad. Al desarrollar la lógica del falo y el estatuto ontológico de la

castración, Lacan demuestra que su formulación del complejo paterno busca anudar lógica y espiritualidad. En términos clínicos, insistirá Allouch, la espiritualidad de la referencia de Lacan al padre quedará expuesta al pensar el psicoanálisis como una cierta «dirección» de la cura, formulada al principio en términos del Nombre-del-Padre y más adelante en términos de los nombres del padre.

Como vemos, un problema intrínseco a la teoría lacaniana del complejo paterno es la cualidad de su referencia al padre: ¿se trata de un descrédito o de una nostalgia? A este respecto, en *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*, Zafropoulos (2001 [2002]) hará una distinción entre el primer Lacan y el segundo Lacan, separados según él no por la pluralización del Nombre-del-Padre, sino por la teoría del orden simbólico. En cuanto a la tesis lacaniana de 1938 sobre la declinación de la familia patriarcal, Zafropoulos destacará que la cuestión del padre no es un mero asunto de familia, y que la seducción del «hombre fuerte» que Lacan allí plantea es peligrosa, en la medida en que un llamado nostálgico al padre, o sea, a una figura autoritaria y hasta tiránica, es crónico en la psicología de las masas y las grandes instituciones, así como en la esfera política. Zafropoulos llega a afirmar incluso que la tesis lacaniana de 1938 puede justificar incluso el nazismo. Agrega que sus basamentos sociológicos durkheimianos, concernientes a la contracción histórica de la institución familiar y el debilitamiento correlativo del valor de su jefe, ya no tienen ningún valor científico.

En contraste, Zafropoulos plantea que, desde su retorno a Freud en 1953, Lacan se apartó radicalmente de su inicial nostalgia al padre, con la elección de Lévi-Strauss y el acento puesto en el valor simbólico de la función paterna que acompaña la formulación del Nombre-del-Padre, incompatibles –según Zafropoulos– con la nostalgia durkheimiana de la tesis de 1938. Así, la apelación a una autoridad dictatorial no podría encontrar apoyo clínico en la obra de Lacan, pues este habría desechado radicalmente cualquier ilusión patriarcal a partir de 1953. No obstante, agregará Zafropoulos, esta tesis persiste y motiva con demasiada frecuencia a los considerandos «clínicos» del llamado al padre. Cuestionará que, en efecto, incluso los lectores más avisados del

corpus lacaniano no siempre lograrían deshacerse de la nostalgia de la imago paterna, llegando incluso a reforzarla con frecuencia.

Si bien en una primera mirada superficial podría dar la impresión de que el complejo paterno en su estatuto metapsicológico poco tiene que ver con el nivel de sus implicancias culturales, políticas y religiosas, ya la recurrencia de los autores y postulados que insisten en el punto de vista opuesto nos alertan que, en relación al complejo paterno, metapsicología y cultura son niveles indisociables.

A este respecto, otro análisis concurrente será el de Michel Tort, quien en el *Fin del dogma paterno* (Tort, 2005 [2008]), parte de la premisa de que los modos de subjetivación y la realización de las funciones paternas que allí participan son históricas y constituyen el lugar de relaciones de poder entre los sexos. En este contexto, Tort señala que la teoría lacaniana del Padre (con mayúscula) como monopolizador de la función simbólica reproduce la ideología tradicionalmente dominante del dominio patriarcal masculino. Tort critica –en sintonía con Zafiropoulos– algo que se habría vuelto lugar común en el psicoanálisis contemporáneo (especialmente en el ámbito lacaniano), a saber, la repetición acrítica de las construcciones de Freud y de Lacan sobre el padre, con un énfasis en el discurso nostálgico acerca de la declinación paterna. Según este discurso –plantea Tort–, el problema de nuestro tiempo (tal como lo planteó Lacan en 1938) sería la falla de la función paterna, supuesto estandarte de las funciones simbólicas fundamentales para la estructuración del psiquismo humano, falla correlativa de una creciente y amenazante presencia de la madre, complejo materno que incidiría en la fijación edípica.

En lugar de dar paso a la nostalgia, Tort celebra que el Padre patriarcal, en crisis desde principios de la modernidad, ceda el lugar, en las sociedades democráticas actuales, a nuevas disposiciones de las relaciones de parentalidad. Plantea que efectivamente se trata del fin del Padre patriarcal occidental, considerado por Tort como el fin de *un* mundo, no el fin *del* mundo. El desafío pendiente sería no solo el cuestionamiento de los postulados psicoanalíticos reproductores de la ideología dominante, sino también el discernimiento y la exploración de las nuevas modalidades de ejercer la paternidad, asociadas con las perspectivas de género contemporáneas.

En una línea concordante con la de Tort, Aceituno (2006; 2007) critica la concepción lacaniana del padre por omitir la dimensión histórica, fundamental en la teoría y la clínica freudiana e inseparable de la política, en cuanto relaciones de poder. Esta omisión iría de la mano de un énfasis exagerado en el estatuto «simbólico» del Padre, formulado como orden presuntamente ahistórico. La nostalgia a la declinación del padre sería, según Aceituno, tributaria de la concepción simbólica, estructural y ahistórica del padre, frente a lo cual aparece como alternativa la apertura y el reconocimiento de los muchas veces favorables cambios en la función paterna promovidos por las transformaciones históricas y políticas. La función paterna, por tanto, lejos de ser una estructura simbólica ahistórica, aparece como una construcción socio-histórica y política.

En un libro de muy reciente edición, Rodulfo (2012) se une a esta línea argumental, sosteniendo que desmontar la jerarquía con la que el psicoanálisis clásico enaltece al padre (refiriéndose como «psicoanálisis clásico» especialmente a la tradición freudiana-lacaniana), lejos de desembocar en un caos y en un vacío, abre nuevas configuraciones subjetivas. Junto con esto, Rodulfo invita a desarmar y superar la rigidez de la oposición entre estructura y desarrollo que ha atravesado la discusión psicoanalítica en torno al complejo paterno. Interesa notar que en un libro anterior de nuestra autoría (León, 2007) sugeríamos precisamente estos argumentos que plantea Rodulfo, como una manera de cuestionar la carga ideológicamente conservadora de las referencias psicoanalíticas al padre y como un modo de interpelar las nuevas paternidades en el contexto de las heterogéneas configuraciones familiares de la actualidad.

3. EL LUGAR DEL PADRE EN LA OBRA DE WINNICOTT

Creceer significa ocupar el lugar del padre.
Donald Winnicott

3.1. *El padre como ambiente facilitador del desarrollo emocional*

Nuestro objetivo en este capítulo será explorar las primeras formulaciones winnicottianas sobre el complejo paterno, las que giran en torno a su teoría del desarrollo emocional y al rol del ambiente facilitador.

Es importante comenzar por señalar que desde muy temprano, la lectura del psicoanálisis por parte de Winnicott estará influida tanto por el evolucionismo naturalista de Darwin como por el vitalismo filosófico de Bergson (Winnicott, 1987 [1990]; Lacruz, 2011a). Así, ya en una muy temprana referencia, Winnicott (1919 [1987]) se referirá a la metapsicología psicoanalítica, acentuando el valor teórico de los *instintos*, comprendidos como las direcciones *naturales* en que debe viajar hacia el exterior la *fuerza vital*.

Ahora bien, las primeras referencias al padre –antes de sus planteamientos explícitos de 1945 al respecto– serán escasas y diseminadas, siempre en el contexto de su práctica como joven pediatra en formación psicoanalítica. En 1931, por ejemplo, Winnicott (1931 [1958]) se referirá tangencialmente al padre como parte de un ambiente familiar suficientemente bueno y sostenedor, que contribuye decisivamente a la salud y felicidad del niño, ambiente que no solo tiene la tarea de contener las ansiedades del infante, sino también las propias de los adultos responsables, incluidas las del padre. Tres años más tarde, Winnicott sugerirá que el padre aparece en la vida del niño como persona separada de la madre en su segundo año de vida, antes de lo cual la relación es casi exclusivamente del niño con la madre; esbozará, asimismo (Winnicott, 1934 [1996]), que esta aparición del padre como tercero puede desencadenar una reacción de celos en la madre, que tiene la tarea de dejar lugar a la presencia paterna. Un año después (Winnicott, 1935 [1958]), y bajo plena influencia de los postulados kleinianos, señalará que en el mundo interno, el objeto paterno es destino del sadismo infantil, siendo constantemente asesinado, robado, quemado y despe-

dazado en la fantasía inconsciente, y que para el niño es de gran alivio contar con un padre real que personalice y encarne al objeto paterno en el mundo externo, como una manera de demostrarle al niño que el padre es capaz de sobrevivir a sus fantasías destructivas.

Adelantemos que estos planteamientos, pese a su carácter parcial y fragmentado, ya anticipan elementos importantes de la teoría winnicottiana en torno al complejo paterno: 1) el énfasis en el padre como parte fundamental de un ambiente facilitador del desarrollo infantil; 2) el rol del padre como tercero que aparece con posterioridad en la vida del bebé, tras una etapa primera y primordial de relación de dependencia absoluta con la madre; 3) la importante función de sobrevivencia a la agresión (interna y externa) por parte del padre, asociado con un ambiente fuerte e indestructible, función que hace de requisito para la integración del yo.

Recién en 1945, en una serie de conferencias reunidas en el libro *Conozca a su niño: Psicología de las primeras relaciones entre el niño y la familia*, Winnicott (1945 [1957]) se referirá más sistemáticamente al padre. Advertimos que en esta primera época no se referirá tanto al «complejo paterno» como al rol del padre en la crianza. Esto nos señala una primera aproximación teórica que a primera vista es mucho más cercana a una psicología del desarrollo que a una articulada trama metapsicológica, pero que no obstante adquirirá gradualmente mayor complejidad teórica; asimismo, nos pone en alerta respecto al énfasis de Winnicott en el padre no solo como objeto de mociones pulsionales o afectivas, sino también como factor ambiental.

Winnicott comenzará su capítulo dedicado al padre sugiriendo que sus desarrollos emanan principalmente de su práctica como pediatra psicoanalíticamente orientado. Igualmente, expone como premisa que el hecho de que el padre llegue o no a conocer a su bebé depende fundamentalmente de la actitud de la madre al respecto, en tanto principal responsable de sus cuidados. Para Winnicott, la crianza depende primariamente de la madre: el padre aparece como una figura secundaria de crianza, lo cual no significa que no sea relevante, pero es ciertamente menos imprescindible que la madre, especialmente en los primeros meses de vida del bebé. Winnicott retrata a un padre cuyas tareas laborales le dificultan el contacto cotidiano con el niño

(no así la madre, que acaso por contexto epocal es figurada central y excluyentemente como dueña de casa). De allí la primera insistencia de Winnicott: es importante que el padre participe de los pequeños detalles cotidianos de la crianza, como una manera muy concreta de establecer un vínculo de afecto profundo con el niño y también con la madre, en tanto dupla parental.

Para Winnicott, el vínculo del bebé con el padre está mediado por la madre: de la actitud de esta última depende el grado de conexión entre ambos. Asimismo, Winnicott refiere que no pocas veces existe de parte del padre cierto monto de inhibición o hasta desinterés en torno al contacto inicial con el hijo, asunto que también puede atenuarse con la mediación materna, en cuanto ella facilite la inclusión del padre en las pequeñas tareas cotidianas que involucra la crianza, que Winnicott ejemplifica con el baño del bebé. En este último caso, Winnicott alude a lo importante que puede resultar el hecho de que la madre bañe al niño en presencia del padre. De aquí parece desprenderse que Winnicott otorga un rol participativo directo a la madre, mientras que respecto del padre sugiere pasar de un rol observador (o simplemente ausente) a uno de observador participante: participativo, pero al mismo tiempo respetuoso de la responsabilidad primaria de la madre en cuanto a los cuidados del bebé.

Winnicott resalta que no siempre es favorable que el padre intervenga en la crianza desde el principio de la vida del bebé, especialmente si existen en él sentimientos de rivalidad y competencia parental en relación con la madre. Lo principal, de todos modos, es que la madre no desaparezca de la escena. Destaca en Winnicott, al mismo tiempo, una confianza en las capacidades naturales de la madre para realizar eficientemente su tarea, cuestión que no releva (al menos con el mismo énfasis) en el caso del padre²³.

De acuerdo con Winnicott (1945 [1957]), el niño conoce primero a la madre, de quien retiene progresivamente cualidades que bien podríamos llamar «blandas»: suavidad, dulzura, delicadeza. Ahora bien, la madre igual encarna desde el comienzo un conjunto de *cualidades duras*, como la severidad y la estrictez, que según Winnicott no

²³ Esto pareciera ser congruente con la asociación entre madre y naturaleza que realiza Lacan (1938 [1997]).

constituyen parte esencial de su rol. Si entendemos por «complejo» un conjunto de representaciones, atributos o cualidades cargadas de afecto, estamos en condiciones de plantear que *la primera formulación de Winnicott en torno al complejo paterno será la de aquel conjunto de cualidades duras de la madre que, al no constituir parte esencial de ella, pasan a agruparse paulatinamente en el mundo interno del niño, para –en un segundo momento– atraer hacia sí los sentimientos que el infante, con el pasar del tiempo, tenderá a vivenciar directamente respecto del padre.* Para Winnicott, el padre encarna el elemento duro de la pareja parental, mientras que la madre encarna el elemento blando. De lo que se trata es que el niño pueda tener un padre fuerte a quien respetar y amar, en lugar de simples cualidades (prohibiciones y permisos, reglamentos y normas) reunidas en la persona de la madre; asimismo, se trata de que la madre pueda aliviarse del peso de llevar sobre sí dichas cualidades –que efectivamente experimentó el niño primero en su relación con ella–, para dedicarse con mayor dedicación y soltura a las cualidades blandas.

Enumeremos a continuación los roles que de acuerdo con Winnicott (*op. cit.*) tiene a cargo el padre en la crianza:

- 1) *Representante de la ley*: el padre se constituye en el ser humano que personifica la ley y el orden que la madre implanta en la vida del niño y, por tanto, en el respaldo de la autoridad materna y su apoyo moral. Para ello no es imprescindible que esté presente en el hogar de manera continua, aunque sí con la frecuencia necesaria como para que el niño sienta que se trata de un ser real y vivo;
- 2) *Objeto de identificación*: en la medida en que el padre está disponible para el niño, este se identifica con él principalmente por sus cualidades positivas y por la vitalidad de su personalidad, lo cual no significa en absoluto que el padre imponga su personalidad a sus hijos;
- 3) *Ideal del yo*: los niños forman su ideal del yo –según Winnicott– mayoritariamente de acuerdo con lo que ven o creen ver cuando observan al padre;

- 4) *Representante del mundo externo*: el padre enriquece en gran medida el mundo del niño al operar como figura que expande su realidad más allá de la madre y de su relación con ella;
- 5) *Ambiente indestructible*: en la medida en que el padre contribuya a generar y mantener una relación unida y positiva con la madre, este vínculo parental será utilizado por el niño como un hecho sólido que le permitirá confiar en su disponibilidad; la sobrevivencia de la pareja parental a los ataques del niño en la fantasía constituirá un cimiento y una solución natural frente al problema del complejo de Edipo y la relación triangular;
- 6) *Objeto de odio*: en el grado en que el padre encarna el elemento duro o las cualidades duras de la crianza, los niños pueden odiarlo a él y amar a la madre, generando esto un efecto clarificador y estabilizador;
- 7) *Alivio materno*: el padre se constituye como una fuente de alivio materno, precisamente por encarnar el elemento duro o estricto en la vida infantil;
- 8) *Deseo de hijo y responsabilidad paterna*: asumir con responsabilidad el proyecto y la llegada del hijo es de acuerdo a Winnicott la primera base para construir un hogar suficientemente bueno y un ambiente facilitador del desarrollo emocional infantil;
- 9) *Participación en el juego infantil*: si el padre interviene en el juego de sus hijos, aportará nuevos y valiosos elementos que enriquecen la actividad infantil, en la medida en que sea capaz de respetar la creatividad de los niños y no entorpecerla con la imposición de sus propias necesidades;
- 10) *Mantenerse vivo*: suele darse por sentado, pero la presencia viva, real y cotidiana del padre es fundamental para que los niños tengan la experiencia de convivir con el progenitor y llegar a conocerlo como un ser humano, incluso hasta el punto de descubrir sus defectos; en el caso contrario, los niños solo contarán con versiones fantaseadas del padre, por lo común idealizadas y/o denigradas, que no facilitarán sus identificaciones y elecciones de objeto posteriores²⁴;

²⁴ A propósito de las implicancias de la presencia viva, real y cotidiana del padre, incluso hacia el final de su obra, Winnicott (1969b [1989]) sugerirá que la ausencia

- 11) *Prevenir la actividad antisocial infantil*: según Winnicott, la presencia de un padre que transmita estabilidad, seguridad y límites reduce en mucho la actividad antisocial infantil, que –como veremos– constituye en sí misma un llamado al sostén protector;
- 12) *Fallar*: las fallas y defectos del padre, en tanto sean medidas y graduales, contribuyen a que los hijos lo reconozcan como un ser humano más, y ayuda a que las primeras idealizaciones den paso a una relación más realista;
- 13) *Objeto de amor edípico de la niña*: el padre está disponible para construir un vínculo particularmente vital con su hija y comprender que la hija sueña con ocupar el lugar de la madre, sabiendo que gradualmente la niña irá tolerando la frustración y que con el tiempo buscará en otra parte la realización concreta de su fantasía;
- 14) *Disponibilidad de tiempo para la relación íntima y personal*: finalmente, según Winnicott, es muy importante que el padre pueda pasar tiempo a solas con su hijo o hija, sin mediación materna, como una manera de fortalecer el vínculo afectivo entre ambos y hacerlo más íntimo y profundo.

Si bien los roles recién descritos se explican por sí mismos, podemos agregar que, en su conjunto, enfatizan las cualidades duras y la encarnación de la ley (acento privilegiado de Winnicott), el estatuto paterno en el complejo de Edipo y el papel del padre en tanto presencia viva, lúdica y humana.

El texto *Deprivación y delincuencia* (Winnicott, 1939-1967 [1984]) reúne una serie de escritos de Winnicott dedicados a la relación temática que el propio título indica, textos que involucran un amplio período cronológico. Siguiendo con nuestro recorrido secuencial, encontramos un primer conjunto de capítulos (Winnicott, 1943 [1984]; 1945 [1984]; 1946 [1984]) que nos entregan valiosas contribuciones teóricas

paterna como figura cotidiana puede movilizar en la madre un estado depresivo que, a su vez, haga desarrollar en el niño un falso *self* asociado a servir como organización antidepresiva para la madre. Por lo común, agregará Winnicott, se trata de aquellos niños que buscan compulsivamente entretener a las demás personas, en particular a la madre.

(y clínicas) a la problemática del complejo paterno en sus relaciones con la crianza y el desarrollo emocional. En primer lugar, Winnicott sostendrá que la presencia de un padre es necesaria para que el hogar sea un lugar adecuado para que viva allí un niño vivaz, en tanto será el padre quien protegerá a la madre de sus ataques contra ella, ataques efectuados en el ejercicio del amor primitivo. El niño necesita la presencia de un *padre fuerte y estricto*, lo cual no es excluyente de un padre que también pueda ser blando y amoroso, pero en primer lugar debe mostrarse estricto y fuerte: solo cuando la figura paterna estricta y fuerte se pone en evidencia, el niño puede utilizar constructivamente sus impulsos primitivos de amor, su sentimiento de culpa y su deseo de reparar.

A propósito de los factores emocionales involucrados en la delincuencia infantil y juvenil, Winnicott señala que cuando un niño roba, lo que busca es que la autoridad paterna ponga un límite tanto a su conducta impulsiva como a sus fantasías de ataque. En otras palabras, en la delincuencia manifiesta lo que encontramos es la necesidad aguda que tiene el niño de un padre estricto: la conducta antisocial es para Winnicott un llamado al padre fuerte y estricto, en tanto persona fuerte, cariñosa, segura y capaz de controlar al niño o adolescente.

Como observamos, el acento de las primeras contribuciones de Winnicott a la problemática del complejo paterno, está puesto –dicho en síntesis– en la necesidad de un padre duro y estricto como parte de la crianza del niño, que pueda sobrevivir a la agresión y con ello facilitar el desarrollo emocional del infante y del adolescente.

3.2. *El rol del padre en el complejo de Edipo*

Nuestro objetivo aquí será explorar las formulaciones metapsicológicas posteriores de Winnicott sobre el complejo paterno, formulaciones que giran en torno al rol del padre en el complejo de Edipo.

En el texto *Sostén e interpretación* (Winnicott, 1954 [1986]) encontramos un conjunto de referencias winnicottianas en torno al complejo paterno en el contexto edípico, tomando como referencia el Edipo masculino. Winnicott parte por señalar que el padre no debe ser una

versión alternativa de la madre, ni debe incorporarse a la vida del niño demasiado temprano, cuando el bebé sigue amando el pecho. El niño debe encontrar un rival ajeno a su madre en la forma de una persona separada, a saber, la figura paterna. Con esto, se evita igualmente que la madre se convierta en rival. En el complejo de Edipo, por tanto, el padre hace de rival sexual del niño, quien necesita de un padre castrador que le haga presente la prohibición del incesto. El choque con la barrera paterna –plantea Winnicott– alivia al niño de su exposición al forcejeo con la madre. La castración paterna libera al niño de la fijación materna y lo prepara para que dirija su amor sexual a otras mujeres. El padre, entonces, debe ser un rival edípico, lo cual también prepara el terreno para gozar de las amistades con hombres que esa rivalidad genera. En otras palabras, para sentirse maduro, es necesario que el niño se confronte con su padre, con un hombre a quien odiar, un rival, alguien a quien temer.

Según Winnicott, el padre le hace el honor al niño de reconocer su madurez al proscribir el coito con la madre. Si esto ha sido posible, el niño podrá usar al padre, en una etapa posterior, como un ser humano capaz de castigar, y que podrá convertirse en un castrador en la fantasía suya asociada a la erección del pene en su amor por su madre. Si el niño no cuenta con un padre prohibidor con el cual rivalizar, está más expuesto a desarrollar una inhibición general, y no podrá hacer el duelo por un padre a quien jamás ha dado muerte en la fantasía. Winnicott compara esta situación con la orfandad, en tanto carencia de un aspecto crucial de los cuidados tempranos. Al mismo tiempo, si el niño no obtiene del padre la castración, buscará en la adolescencia y en la adultez a un padre sustituto que le prohíba el coito con la madre. De hecho, en análisis un paciente puede usar al analista para reemplazar a su padre²⁵.

En *La naturaleza humana* (Winnicott, 1954 [1986]), encontraremos nuevas referencias al rol del padre en el complejo de Edipo, a propósito del papel de las relaciones interpersonales en el desarrollo emocional del ser humano. Allí, Winnicott cuestionará la teoría kleinia-

²⁵ Winnicott (1949 [1958]) sugerirá, asimismo, que la confianza del paciente en que «el analista sabe» es susceptible de ser experimentada como una adaptación activa a sus necesidades. Este punto admite correlación con la noción de *sujeto supuesto saber* que desplegáramos en el apartado dedicado a Lacan.

na del complejo de Edipo temprano, argumentando que la expresión «complejo de Edipo» tiene valor en la medida en que comprometa a tres integrantes del triángulo como personas u objetos totales, y no como objetos parciales. Winnicott define el complejo de Edipo como la primera relación interpersonal gobernada por los instintos, donde incluye tanto la fantasía como el funcionamiento corporal. En la fantasía –refiere Winnicott–, la meta es el incesto y la muerte del padre. El castigo sobreviene en la forma de la castración paterna, que es planteada por Winnicott como la desplección de una función saludable para el psiquismo: la castración simbólica traerá alivio y liberación psicológica²⁶.

Siguiendo su descripción del complejo de Edipo, Winnicott lo describe como la primera relación interpersonal de carácter triangular, en la cual el niño es subyugado por el instinto y por una corriente amorosa no desprovista de violencia. En efecto, el amor incestuoso dará origen al odio hacia la tercera persona, constituyéndose el padre (en el caso del niño varón) en objeto del odio infantil. El niño –prosigue Winnicott– ya ha sido bebé y conoce el amor y la agresión, así como la ambivalencia y el temor de que se destruya lo amado. En la relación triangular, y dado que el padre aparece como objeto total, puede por fin aparecer libremente el odio, pues lo odiado es el padre: el marido de la madre, una persona amada que también puede defenderse. El padre, por su parte, no solo aparece como objeto de odio (y de amor, en el conflicto de ambivalencia consustancial al complejo de Edipo), sino también como aquel sujeto que es capaz de sobrevivir, castigar y perdonar.

Winnicott seguirá a Freud (1923b; 1924; 1925) al plantear que la sexualidad femenina se desarrolla en forma masculina, teniendo como temas centrales la envidia del pene y el complejo de castración, y desarrollándose más directamente a partir de la identificación y la

²⁶ En este punto, saltan a la vista las concordancias con Freud y Lacan, quienes también plantean que el complejo de castración cumple una función estructurante para el psiquismo. Ver Freud (1905; 1912-1913 [1913]; 1923b; 1924; 1925; 1938 [1940]) y Lacan (1938 [1997]; 1952 [2005]; 1955-1956 [1981]; 1956-1957 [1994]; 1957-1958 [1998]; 1958 [1966]).

rivalidad con la madre, así como de la elaboración imaginativa del funcionamiento del órgano genital específicamente femenino²⁷.

Insistirá Winnicott en considerar al complejo de Edipo como la descripción de un logro de la salud, como un proceso de maduración emocional que será saludable en tanto cuente con un ambiente facilitador que se lo permita, esto es, una familia sólida y unida, que se mantiene intacta pese al empuje y la tensión provocada por los instintos y ambivalencias afectivas del niño. La psicopatología estará asociada a la represión de ideas e inhibición de funciones derivadas del conflicto de ambivalencia con ambos padres, pero particularmente asociadas al complejo paterno, dado que es el padre quien se agrega como tercero a la relación dual previa entre madre y bebé.

Asimismo, Winnicott pone el acento en el valor saludable que representa el complejo paterno para el desarrollo emocional infantil, por efecto de la castración simbólica, por la sobrevivencia del padre a la rivalidad del niño y por la capacidad de este último de tolerar la angustia de castración sin necesidad de levantar sofisticadas defensas.

Como anticipábamos anteriormente, en el complejo de Edipo saludable, el rol del padre consiste en contribuir a la conformación de un ambiente relativamente estable, cuestión que será más sencilla en aquel padre que de niño tuvo una experiencia feliz con su propio padre. Se trata de un padre disponible para construir con sus hijos (y con su mujer) relaciones afectivas profundas. Finalmente, el padre será incorporado por el niño, quien se identifica con él y lo utilizará como prototipo de la conciencia moral o superyó.

Para Winnicott, si el padre contribuye a la existencia de un ambiente facilitador, el complejo de Edipo declina de manera natural y se archiva con el correr del tiempo, dando paso al período de latencia, para retornar luego en la pubertad y adolescencia, con nuevos desafíos para la figura paterna, especialmente en términos de su capacidad de operar –como veremos– en tanto ambiente indestructible.

En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (1965 [1999]), Winnicott retomará y desarrollará planteamientos previos atinentes al complejo paterno en el marco del conflicto edípico. Partirá por recordar que los

²⁷ Las implicancias clínicas del complejo de Edipo femenino y el estatuto del padre como objeto de mociones incestuosas para la niña serán temáticas importantes del historial clínico que compone el libro *Psicoanálisis de una niña pequeña* (*The Piggle*). (Winnicott, 1964 [1977]).

fenómenos tempranos son atingentes a la relación del infante con la madre, o con el padre como otra madre. En esta etapa muy temprana –plantea– el padre aún no es significativo como persona de sexo masculino. La relación bipersonal original es la del infante con la madre o el sustituto materno, antes de que cualquier propiedad de la madre haya sido recompuesta y moldeada para constituir la idea de un padre²⁸. Incluso la relación unipersonal (la capacidad para estar solo) aparecerá en el desarrollo de la persona después del establecimiento de relaciones bipersonales, como fruto de la experiencia de estar solo en presencia de la madre. El complejo de Edipo, asimismo, será aquella etapa posterior en la que las relaciones tripersonales dominan el campo de la experiencia, respecto de la cual fracasará todo intento de describirla en términos bipersonales.

Winnicott reconoce como mérito de Freud el haber descubierto que el punto máximo de la angustia y de la culpa en la salud tiene su primer escenario vitalmente importante en la primera relación triangular que experimenta al interior de la familia el niño pequeño, que viene con instintos biológicamente determinados. Este primer conflicto triangular –recordará Winnicott– no se desarrolla sin llevar implícito un conflicto de ambivalencia, es decir, la coincidencia en el niño sano del deseo parricida y el amor respetuoso hacia el padre, cuya confluencia genera un sentimiento de culpa, que es a su vez señal de que el niño es capaz de tolerar y resistir dicho conflicto intrínseco e inherente a la vida sana. En este contexto, el complejo de castración viene a figurar el miedo que el niño sano siente respecto a la destrucción de su potencial instintivo por parte del padre, como castigo frente a desear la muerte del aquel y aspirar a lograr una relación con la madre en la que participe el instinto y el sueño de un amor recíproco.

Siguiendo los postulados de Freud (1923), Winnicott aludirá al superyó como heredero del complejo de Edipo, es decir, como introyección tanto de la imago del padre respetado y temido, como de su función reguladora de los instintos. Esta figura paterna introyectada será altamente subjetiva y coloreada según las experiencias del niño

²⁸ Aquí retoma implícitamente su teoría del origen del complejo paterno, constituido a partir de las cualidades duras de la madre, desplazadas y condensadas posteriormente en el padre (Winnicott, 1945 [1957]).

con figuras paternas que no se reducen al padre real y que también incorporan las pautas culturales de la familia²⁹.

En *Conversando con los padres: Aciertos y errores en la crianza de los hijos*, Winnicott (1960 [1993]) dedicará un capítulo a la relación entre el complejo paterno y el *decir «no»*³⁰. Retomando sus postulados previos, Winnicott planteará que, si bien el padre puede operar como sustituto o agregado de la madre, en el sentido del cuidado del bebé, el primer signo del padre es, paradójicamente, el «no» de la madre, su cualidad dura, que se encarna gradualmente en la figura paterna. La condición de ello es que pueda estar presente en la vida del niño y que se plantee como aliado de la madre, y no en coalición con el niño en contra de ella. Winnicott señalará que la puesta de límites es una necesidad infantil tan importante como el afecto y correlativa a la necesidad de «soltarse» y tomar distancia respecto de la madre.

En el texto *La familia y el desarrollo del individuo*, Winnicott (1965 [1995]) explicitará una premisa opuesta a la revisada a propósito de la concepción lacaniana de la familia. En efecto, para Winnicott la familia humana es considerada un *grupo natural*, cuyo prototipo de funcionamiento interpersonal está constituido por la relación originaria entre la madre y el bebé. El infante es portador de tendencias innatas, heredadas y naturales que lo orientan hacia el crecimiento y hacia la salud, y el ambiente familiar –primero la madre, luego el padre y más tarde la familia extensa– puede facilitar u obstaculizar dichos procesos de maduración.

En este contexto, el *padre facilitador* o *padre suficientemente bueno* es aquel que es capaz de responder y adaptarse a las necesidades del niño. Esto supone, para el padre, tolerar la exclusión de los primeros meses y encarnar más tarde las cualidades duras de la crianza, hasta llegar a ocupar su lugar en el complejo de Edipo, conflicto respecto al cual estará llamado a ser utilizado y a sobrevivir. Para Winnicott, es muy relevante que el padre, como persona real y viva, sea capaz de mantenerse firme con sus hijos y

²⁹ Winnicott (1958a [1965]) sugerirá en este punto argumentos cercanos al concepto freudiano de identificación primordial (Freud, 1912-1913 [1913]): señala que el superyó también tiene un precursor en aquellas introyecciones primitivas y subhumanas utilizadas para el control de los impulsos y productos del ello, de las cuales derivan los primeros desarrollos del sentimiento de culpa. A partir de este sentimiento de culpa, derivaría tanto un miedo salvaje como una relación reverencial con una figura capaz de comprender y perdonar.

³⁰ Recordemos que, en Lacan, el Nombre-del-Padre es también el «no» del padre.

sólido en la relación con su mujer.³¹ Finalmente, Winnicott agregará –sin terminar de desarrollarlo– un punto interesante para nuestra investigación: plantear que, en lo que atañe exclusivamente a la relación madre-hijo, solo existen dos posibilidades: ser engullido o liberarse, esta última posibilidad asociada a la castración paterna. Esta última formulación se constituye en un punto de convergencia con las puntualizaciones de Lacan (1956-1957 [1994]; 1957-1958 [1998]) acerca del padre simbólico y su función de mediación en relación con el deseo de la madre.

3.3. *De la función de sobrevivencia al espacio potencial*

Nuestro objetivo en aquí será explorar las últimas formulaciones winnicottianas acerca del complejo paterno, asociadas a los conceptos de *espacio potencial*, *elemento masculino de la personalidad*, *función de sobrevivencia* y *uso de objeto*.

Recordemos que en *Deprivación y delincuencia*, Winnicott (1939-1967 [1984]) ya había planteado que la vitalidad y la agresividad tanto de un niño vivaz como de un adolescente exigen la presencia de un padre fuerte y estricto, que opere como ambiente indestructible y como protector de la madre, y que sea capaz de sobrevivir a los ataques realizados por el infante o joven en el ejercicio de su amor primitivo o de su inmadurez, para que estos puedan usar constructivamente estos impulsos primitivos de amor con fines reparatorios. En el extremo de esta problemática, se encontraba la delincuencia, que Winnicott interpreta como un llamado de auxilio a la autoridad, seguridad y los límites del padre. Ahora, en *Realidad y juego*, Winnicott (1971 [1951]) retoma la base de estos planteamientos a propósito del factor agresivo propio del desarrollo adolescente. En efecto, para el adolescente –planteará Winnicott– crecer y llegar a la adultez significa ocupar el lugar del padre, crecimiento que en la fantasía inconsciente es equivalente al asesinato del padre. En este punto, Winnicott señala que *la función del padre es sobrevivir a la agresión*, mantenerse firme, intacto y sin

³¹ Decimos «con su mujer», dado que el matrimonio homosexual está lejos de ser considerado facilitador para Winnicott. Acaso su faceta más conservadora sea la que aparece en su calificación de la convivencia parental (sin matrimonio mediante) y del divorcio como «rasgos patológicos» (Winnicott, 1950 [1986], p. 285).

renunciar a ningún principio importante, sin por ello privarse de crecer él mismo. Y si bien es cierto que esta función de sobrevivencia será extendida por Winnicott en segundo lugar a ambos padres en tanto responsables de la autoridad, el representante de esta «cualidad dura» seguirá siendo para él primariamente el padre.

Para Winnicott, este impulso parricida de la adolescencia estará asociado a lo que describe como el *elemento masculino de la personalidad*, presente en mujeres y hombres de toda edad. Este concepto es una reformulación de lo que Freud señalara como la bisexualidad originaria del ser humano (Freud, 1905), si bien Winnicott cuestiona la homologación freudiana entre masculino y activo, así como entre femenino y pasivo. En términos clínicos, de lo que se trata para Winnicott no es de hacer consciente la vertiente reprimida de la bisexualidad, sino más bien de integrar el elemento disociado de la personalidad.

Según Winnicott (1971 [1951]), el elemento masculino está vinculado con el hacer y con el relacionarse a partir del impulso o instinto, ya sea en forma activa o pasiva; supone una relación con un objeto ya diferenciado y separado del yo, relación de la cual se puede obtener satisfacción o frustración. El elemento femenino, por su parte, estará asociado a la experiencia de ser, a la creatividad primaria, al sentimiento creativo de estar vivo; supone, por su parte, una identidad primaria sujeto-objeto (distinta de la identificación, que es posterior y supone una diferenciación anterior). Así como el desarrollo del elemento femenino requiere de una madre suficientemente buena, el desarrollo del elemento masculino necesita de un padre suficientemente bueno, capaz de ser utilizado como objeto para el despliegue de la carga ambivalente de los impulsos instintivos. Para Winnicott, el ser antecede al hacer: «después de ser hacer y que se le haga a uno. Pero primero ser» (*op. cit.*, p. 116).

Otro ángulo del estatuto teórico del padre en Winnicott lo encontramos en su escrito *El uso de un objeto en el contexto de «Moisés y la religión monoteísta»*, donde a propósito de la discusión del referido texto freudiano (Freud, 1934-1938 [1939]), asocia el rol del padre con la función del uso de objeto. Así, Winnicott señala que el padre –en tanto tercero y referente de persona total– más allá de un sustituto materno, desempeña un papel específico e importante al ser usado por el bebé como patrón de su propia integración, al convertirse gradual-

mente en una unidad. Winnicott señala que la integración resultará obstaculizada para un bebé que no disponga del padre, teniendo que usar alguna otra relación suficientemente estable con otra persona total. Así, Winnicott agrega a las funciones paternas la capacidad del padre de operar como aquella persona que le otorga al bebé las bases para su integración y para su experiencia de totalidad personal.

Un problema teórico particular es aquel que involucra la relación entre el complejo paterno y el concepto de espacio potencial, asociado a la teoría winnicottiana de la transicionalidad (1971 [1951]), acaso su aporte más original y distintivo. Allí, Winnicott se refiere ampliamente al lugar que ocupa la *terceridad* en el desarrollo del niño y en la vida humana, pero sin aludir explícitamente su vinculación con el complejo paterno o con el papel del padre, asunto que discutiremos con más detalle en nuestro análisis. De todos modos, por su relevancia teórica para nuestra discusión, reseñaremos la teoría winnicottiana de los objetos y fenómenos transicionales, quizás su aporte metapsicológico más reconocido, original y distintivo.

También en *Realidad y juego* (Winnicott, 1971 [1951]), aunque adelantada veinte años antes (Winnicott, 1951 [1953]), será desarrollada la teoría winnicottiana de la transicionalidad. De acuerdo con Winnicott, la formulación habitual de la naturaleza humana en términos de la dualidad realidad externa–realidad interna es inadecuada e insuficiente: hace falta aludir a una *tercera* parte de la vida de un ser humano, una *zona intermedia de la experiencia*, interdependiente de la vida interior y la realidad exterior, de lo subjetivo y lo objetivo, y que se despliega como una zona de descanso, libre de exigencias y desafíos. Si la fantasía pertenece a la realidad interna y el examen de realidad a la externa, es la *ilusión* lo que caracteriza a esta zona intermedia, que Winnicott formula en términos de un *espacio transicional* o *espacio potencial* de la experiencia humana, dimensión en la cual se despliegan los *fenómenos y objetos transicionales*. Este ámbito de ilusión asume en la metapsicología winnicottiana un estatuto distinto al de las teorías freudiana y lacaniana: no se trata ya de la ilusión en tanto cumplimiento de deseo infantil (Freud, 1927) ni en cuanto alienación imaginaria (Lacan, 1936 [1949]), sino de la ilusión asociada a la creatividad del juego, el arte y la cultura.

En términos del desarrollo individual, Winnicott plantea que esta zona intermedia de la experiencia aparece entre los 4 y los 12 meses de edad, detectable en la forma de un objeto transicional, primera posesión no-yo del niño o la niña que representa al pecho materno y que utiliza al momento de prepararse para dormir, para calmar su ansiedad o simplemente para jugar. Puede ser una parte del cuerpo con la cual acariciarse, un trozo de tela, un peluche, un sonido o una melodía, etc., que suele recibir de parte del bebé un nombre. El objeto transicional puede llegar a ser vivido para el niño o la niña como incluso más importante que la madre, como una parte suya inseparable. Y una de las paradojas que trae a escena es que no se trata de un objeto de la realidad externa ni tampoco de la realidad interna, paradoja que no es necesario resolver. De todos modos, *el proceso que está en juego es la transición hacia la separación de la madre, sin que por ello Winnicott lo relacione explícitamente con el valor del rol del padre o con la función del complejo paterno.*

Tampoco aludirá Winnicott al complejo paterno al momento de asociar el espacio potencial con la experiencia cultural. Respecto de esta última, se limitará a señalar que se ubica precisamente en la tercera zona de la experiencia, ni en la realidad subjetiva ni en la realidad objetiva, sino que en el espacio intermedio, transicional o potencial, que tenía como precursor a la experiencia del jugar infantil. Entendamos, no obstante, que Winnicott no alude tanto a la formación de la cultura –como Freud– ni a la cultura como orden simbólico discontinuo respecto a la naturaleza –como Lacan–, sino más bien a la *experiencia* cultural, donde la cultura es definida por Winnicott como la tradición heredada y contenida en el acervo común de la humanidad, a la cual todo ser humano puede contribuir y que todos podemos usar en tanto –al decir de Winnicott– tengamos algún lugar donde poner lo que encontremos. La tercera zona o espacio potencial, entonces, será el lugar donde se ubica la experiencia del jugar en el niño, la experiencia cultural en el adulto y el vivir creador de todo ser humano.

¿Tendrá esta zona de terceridad alguna vinculación con el complejo paterno? Volveremos sobre esta interrogante –entre otras– en nuestro capítulo de análisis y discusión.

3.4. Estudios posteriores: Winnicott y el lugar del padre

Al momento de comenzar a describir y explorar las contribuciones metapsicológicas de Winnicott a la problemática del complejo paterno, habíamos destacado ya la influencia en Winnicott tanto del evolucionismo naturalista de Darwin como del vitalismo filosófico de Bergson. En su escrito *La evolución creadora de la naturaleza humana: la influencia de H. Bergson en D. Winnicott*, Lacruz (2011a) destacará que la filosofía de Bergson contribuye al planteamiento winnicottiano de que lo esencial de la naturaleza humana no deriva de los instintos, sino de la creatividad personal, del gesto espontáneo de cada individuo, vitalismo enmarcado en la continuidad de la experiencia vital, comprendida esta última como experiencia de juego.

Ahora bien, a partir de este naturalismo vitalista y su implicancia en subrayar el papel de la madre en el desarrollo emocional, Winnicott será objeto frecuente de crítica por el presunto descuido del papel del padre. Según Bogaert (1992), su teoría del desarrollo no considera el rol del padre, lo cual quedará plasmado en que uno de sus principales conceptos teóricos, a saber, el de objeto transicional –que de hecho inaugura un espacio de separación con la madre que durará toda la vida como espacio potencial–, no lleva implicado el rol del padre.

Pero Bogaert no será el único en sostener esta crítica. En efecto, un gran conocedor del corpus winnicottiano como Phillips (1988 [1997]), alude también a este punto, cuando argumenta que la teoría winnicottiana omitirá el papel del padre y lo reemplazará por un énfasis casi exclusivo en la relación del niño con su madre. Para Winnicott –puntualizará agudamente Phillips– no será el padre quien intervenga para separar al niño de su madre, sino un espacio transicional del que el padre está virtualmente ausente. Winnicott tampoco mencionará, ni siquiera de manera implícita, la experiencia significativa de estar solo en presencia del padre; frente a la depresión materna, Winnicott no hará referencia al padre como figura alternativa de identificación y de apoyo a la madre. En definitiva, dirá Phillips, en la teoría de Winnicott el niño está expuesto a la presión potencialmente incapacitante de la demanda materna.

Como contraparte, una serie de psicoanalistas inspirados en Winnicott rechazarán este punto de vista, aludiendo a que en la obra de aquel hay todo un desarrollo teórico (y clínico) acerca del lugar del padre y en torno a la constitución del padre como objeto. Uno de ellos es Propato (2008), quien sintetiza y sistematiza los postulados de Winnicott respecto de las tareas y cualidades del padre necesarias para la adecuada maduración emocional del hijo, aludiendo a los siguientes elementos: fortaleza; control de la agresión del hijo por la vía del establecimiento de las prohibiciones necesarias; presencia indispensable para que el hijo pueda fantasear la muerte del padre y desplegar su rivalidad en el triángulo edípico; modelo de identificación y pilar de la constitución del ideal del yo; estímulo masculino para el desarrollo del self femenino de la hija; jugar con el hijo; sostener la oposición y el desafío del hijo, especialmente en la adolescencia; empatía y capacidad para entrar en el mundo imaginario del hijo, para jugar en vez de hablar siempre; soportar el sinsentido, a efecto de seguir la conversación del niño pequeño, más parecida a la actuación o a la acción que la conversación semántica de un adulto, etcétera.

Estos elementos heterogéneos asociados al lugar del padre en la obra de Winnicott son reunidos por Propato en unas pocas categorías:

- 1) sostén de la madre y de la díada madre-bebé;
- 2) tercero que entra a complicar la relación bipersonal con la madre, más allá de operar como duplicado de la figura materna;
- 3) progenitor de sexo masculino, miembro de la pareja parental y constituyente del triángulo edípico; y
- 4) en la adolescencia, particularmente, como sostén y sobreviviente a la agresión, y como estímulo para la feminización de la hija.

En la misma línea argumental que Propato, Duparc (2004 [2005]) se refiere al *padre suficientemente bueno* (figura conceptual no explicitada por Winnicott) en función de las siguientes características:

- 1) complemento o, si es necesario, sustituto materno;
- 2) amante de la madre;
- 3) encarnación de la ley y el orden;

- 4) primer objeto total y modelo identificatorio para la integración del yo;
- 5) polo enriquecedor en materia de actividades creativas, lúdicas o de esparcimiento.

Como se observa, para Winnicott –agrega Duparc– este padre suficientemente bueno cumpliría varias funciones complementarias y a veces más o menos antagónicas, razón por la cual se trata a lo sumo de un padre aceptable, y nunca de uno ideal.

Outeiral (1999), en su escrito *Sobre la concepción del padre en la obra de D. W. Winnicott*, plantea una posición intermedia: por un lado, reconoce que la principal contribución de Winnicott al conocimiento psicoanalítico se centra en su estudio de la relación entre el niño y su madre, pero agrega que esto no significa que haya desconsiderado la importancia de la función paterna y de la configuración edípica. Outeiral plantea, no obstante, que la concepción winnicottiana sobre el complejo paterno es menos original, puesto que se atiene por lo general a los planteamientos de Freud, si bien aporta un elemento novedoso en la distinción entre elementos masculinos y femeninos de la personalidad, lo que según Outeiral habría conducido a una forma singular de pensar la función paterna y materna.

A propósito de las relaciones teóricas entre Winnicott y Freud, Martínez (2008) comparará las ideas de Freud y Winnicott en torno al complejo de Edipo. Según él, para ambos autores la fantasía de matar al padre representará la repetición simbólica del crimen primordial en el interior del complejo de Edipo, y servirá para que cada nuevo sujeto ocupe un lugar en la sociedad. Pero la diferencia –sugiere Martínez– es que para Freud el fin del complejo de Edipo supondría represión y por tanto neurosis, en cambio para Winnicott se trataría de un acto simbólico saludable hacia la maduración.³²

Armellini contribuye de manera interesante a la revisión del problema del complejo paterno en Winnicott, con distinciones que

³² En este punto, no podemos sino adelantar nuestro desacuerdo con la lectura que Martínez hace del Edipo freudiano, en la medida en que –como revisáramos previamente– para Freud se trata del sepultamiento y no de la represión del complejo de Edipo, declinación por la vía del sepultamiento que supone un acto saludable y no la entrada a la neurosis.

reverberan ahora con la teoría lacaniana. Señala que cuando Winnicott habla de *padre*, se refiere no solo al padre concreto, sino que también a la *función paterna*, enraizada en la persona del padre, aunque no circunscrita a sus fronteras físicas. La función paterna opera en tanto rol facilitador de los procesos de maduración que subyacen a la salud y a la enfermedad, rol que participa junto a la función materna en los cuidados tempranos del bebé, así como en los cuidados posteriores de la infancia.

Plantea Armellini que el primer aspecto de la paternidad en la teoría winnicottiana es servir como el agente protector que libera a la madre para que esta pueda dedicarse con devoción y dedicación a su bebé. En segundo lugar, el padre es un modelo de las funciones de límite y borde, en las cuales el bebé encuentra un límite tanto a su omnipotencia como a su capacidad para crear al objeto en el mundo. El tercer aspecto del modelo winnicottiano de la paternidad –agrega Armellini– refiere a que el padre, debido a su propia vitalidad y totalidad, puede ser el primer vislumbre para el niño de la integración y de la totalidad personal. Un cuarto aspecto alude a la representación paternal, vinculado con la función marital, dentro del contexto de la parentalidad y de la formación de la escena primaria.

Así, los nudos principales del discurso winnicottiano acerca de las funciones paternas interpelan su capacidad de soporte y protección necesarios para la individuación, en orden de evitar ser aprisionado en el cuerpo materno. En la lectura que Armellini hace de Winnicott, lo que acontece es un proceso de identificación y personificación que considera las diferencias sexuales y sus implicancias. La falla de un soporte paternal estable y confiable volvería hipertróficas las fantasías maternas arcaicas, de modo que la temperatura y la distancia de la relación no pueden ser reguladas.

El propio Lacruz (2011a; 2011b) participará también de la opinión de que la cuestión del padre ocupa un lugar notorio en la obra de Winnicott, aunque no tenga un papel tan relevante como el de la madre, puesto que en la teoría del desarrollo emocional primitivo de Winnicott, es la relación madre-hijo el vínculo central. En concordancia con Armellini, Lacruz agrega que, si bien el padre puede cumplir funciones afines a las maternas, sus atribuciones tienen cualidades especiales, a

saber: funcionar como sostén de la madre y como protector de la díada madre-bebé, otorgando apoyo material y emocional a la madre y evitando así que ella tenga un entorno perturbador para ejercer su tarea. Lacruz subraya que para Winnicott el padre representa el *ambiente indestructible* que acompaña y sostiene a la díada madre-hijo. El padre, agrega, debe estar disponible para ser *usado* por el hijo: lo sustancial de la relación paterno-filial es aquello que el niño puede conseguir del padre a partir de sus propias necesidades, y no ineludiblemente lo que el padre puede dar a su hijo a partir de sus requerimientos particulares.

Una crítica relevante a la teoría winnicottiana del complejo paterno será puesta en juego por Green en *Jugar con Winnicott* (Green, 2005 [2007]). El psicoanalista francés sostendrá que si bien Winnicott planteó con mucha propiedad que un bebé no existe sin su madre, le faltó agregar que una relación madre-hijo no existe sin el padre. Como ya señaláramos, Green planteará que el padre existe desde el inicio, en la medida en que una relación suficientemente buena de parte de la madre depende del amor de la madre por el padre y recíprocamente. Asimismo, un padre ausente puede jugar un importante papel en virtud de su presencia en la mente de uno de los miembros de la pareja madre-hijo, si no en la de ambos. Esto significa que la madre y el bebé solo pueden existir en el contexto de una tercera persona, que no necesita estar físicamente presente para estar allí.

En este sentido, para Green –no sin exhibir aquí la influencia de Lacan–, una verdadera relación dual es una precondition para la enfermedad mental, y un tercero es necesario para un desarrollo emocional saludable, tercero que permitirá el despliegue de la terceridad, concebida por Green como la capacidad más elevada de la mente. Green considera ilusoria la creencia winnicottiana de poder comprender la naturaleza de lo psíquico sin el tercer elemento, que implica una dimensión metafórica inevitable. El correlato clínico de esta omisión, que Green también le reprocha a Winnicott, es haber creído en el deber incondicional de representar una madre suficientemente buena para los pacientes y, en cierta medida, haber creado esa imagen, bajo la premisa de que en esto residía la acción terapéutica del análisis.

Algunos años más adelante, en *La construcción del padre perdido*, Green (2009) revisitará a Winnicott, al señalar ahora que el padre crea los

puntos necesarios para el establecimiento de la situación conflictual del complejo de Edipo a través de jugar un rol separado y ofrecer su propia persona en compensación por la pérdida de otra, a través de tolerar la agresión que el niño le dirige parándose firme y permitiéndose ser odiado porque no ha dejado que algo continúe indefinidamente. Se trata, de acuerdo con Green, del encuentro con alguien que introduce la idea de negación, el decir «no», renuncia gradual a la relación corporal y fusional que será un tránsito acompañado de sentimientos muy ambivalentes.

En el próximo apartado, iniciaremos nuestro análisis y discusión del complejo paterno en las obras de Freud, Lacan y Winnicott, que integrará los postulados directos de los autores señalados junto con los estudios posteriores también descritos.

II. EL LUGAR DEL PADRE EN FREUD, LACAN Y WINNICOTT: ANÁLISIS COMPARATIVO

I. LA FUNCIÓN PATERNA CENTRAL

1.1. *El problema de la «realidad» y la relación naturaleza-cultura*

Como una manera de introducir nuestro análisis, valdrá la pena comparar los fundamentos teóricos, disciplinares y epistemológicos que sostienen los primeros planteamientos de Freud, Lacan y Winnicott en torno al complejo paterno.

Recordemos que los tres autores formulan sus conceptualizaciones a partir de un fundamento disciplinar que, si bien coincide con la formación médica, difiere en la especialidad seguida, que consideramos no deja de tener influencia en sus respectivos modos de teorizar. Así, la neurología influyó en el foco puesto por Freud en los procesos intrapsíquicos y sus asociaciones o conexiones internas; la psiquiatría marcó en Lacan el interés por desentrañar para la locura un sentido comprensible, más allá de sus determinaciones biológicas; y la pediatría instaló en Winnicott su preocupación por los procesos de maduración tempranos y saludables, así como por el rol de los cuidados familiares en la crianza, comprendida como la facilitación ambiental de dicho desarrollo.

En cuanto a los orígenes de sus planteamientos sobre el complejo paterno, Freud y Lacan (no así Winnicott) coinciden en hallar los primeros elementos teórico-clínicos en el campo de la psicopatología. En el caso de Freud, sus consabidos estudios de la neurosis histérica lo llevaron a formular una primera teoría psicopatológica (la teoría del trauma), en la cual el padre figuraba como agente de seducción, teoría

que se vio modificada con la introducción de sus puntualizaciones en torno al complejo de Edipo, donde el padre pasó a posicionarse como objeto de mociones pulsionales y afectivas. Es en este último terreno donde Freud hará referencia al complejo paterno como aquel aspecto fundamental del complejo de Edipo que comprende de manera específica la relación ambivalente hacia el objeto paterno.

Respecto a Lacan, los orígenes de sus planteamientos sobre el complejo paterno –además de la influencia freudiana– radican igualmente en la psicopatología, pero ya no en el campo de la neurosis, sino en el de la psicosis, y particularmente en el problema de la psicosis paranoica. Al mismo tiempo, la sociología será otra fuente de sus ideas en torno al complejo paterno. Desde muy temprano en su obra, Lacan insistirá en la estrecha determinación social y familiar de la psicopatología. De modo especial, y a partir de su lectura de Durkheim (1993), Lacan planteará que la principal fuente de psicopatología radica en la declinación de la figura paterna, que dada la moderna contracción de la familia patriarcal en forma de familia conyugal, se habría vuelto debilitada o carente.³³

En relación a los orígenes de los planteamientos de Winnicott sobre el complejo paterno, a diferencia de Freud y de Lacan (y dando por sentada igualmente la influencia del primero), su fuente principal no es la psicopatología, sino una psicología del desarrollo centrada menos en la enfermedad que en la salud, desprendida de su práctica pediátrica y su interés por el estudio de los factores protectores de la crianza, perspectiva evolutiva que progresivamente adquirirá una profundidad propiamente metapsicológica.

Continuando con nuestra comparación de las premisas sobre las cuales se construyen las primeras formulaciones de los tres autores en torno al complejo paterno, haremos referencia a sus bases epistemológicas. En cuanto a Freud, observamos la alusión a una «realidad material» externa, objetiva y susceptible de ser conocida por la vía de la percepción, dimensión opuesta a la «realidad psíquica». En este sentido, Freud referirá la relación del sujeto con la realidad en términos de adaptación, proceso correlativo al predominio del principio de

³³ Como ya señaláramos, este argumento ha sido fuertemente cuestionado por psicoanalistas contemporáneos (Zafiropoulos, 2001 [2002]; Tort, 2005 [2008]).

realidad por sobre el principio de placer. Asimismo, Freud sugerirá (a diferencia de Winnicott, aunque con menos énfasis que Lacan) una relación de discontinuidad entre naturaleza y cultura, en la medida en que la constitución de esta última supone una renuncia pulsional experimentada como un malestar intrínseco a la vida regulada por los parámetros de la civilización. Freud asociará más tarde la discontinuidad entre naturaleza y cultura con el complejo paterno (en especial con la función del padre primordial y su correlato ontogenético en la formación del superyó), si bien será Lacan quien insistirá con particular énfasis en este último punto.

Lacan, por su parte y en antítesis respecto a Freud, se opondrá a la noción de una realidad perceptual, enfatizando que la realidad propiamente humana está mediada por el lenguaje y es de carácter simbólico. Para Lacan, el pasaje del principio de placer al principio de realidad es al mismo tiempo el pasaje del predominio del instinto materno a la inscripción del complejo paterno, esto es, el pasaje de la relación natural, instintiva y diádica con la madre –intrínseca al mundo animal y fuente de ilusión especular y alienación imaginaria–, a la función cultural, simbólica y triádica signada por el Nombre-del-Padre, rol humanizante que introduce el progreso normalizador del individuo hacia la realidad cultural normativizante. Esta consideración de la realidad humana como orden simbólico y cultural es correlativa al esfuerzo de Lacan por reformular el psicoanálisis en clave de ciencia social, lejos de los intentos por convertirlo en una ciencia natural. Esta crítica al biologicismo y al reduccionismo individualista que aquel conllevaría es consistente con su planteamiento de una discontinuidad radical entre naturaleza y cultura, corte que será marcado precisamente por la función del complejo paterno, y que revelará la asociación lacaniana entre naturaleza y madre, por un lado, y entre cultura y padre, por otro.

Opuesta será la consideración de Winnicott en torno a la relación entre naturaleza y cultura. De inspiración naturalista y vitalista, su premisa será la continuidad entre cultura y naturaleza, continuidad sostenida por la función materna. Este supuesto epistemológico tendrá un claro eco a nivel teórico: a diferencia de Lacan, quien insistía en la distinción conceptual entre instinto y pulsión (el primero, animal y prefijado; la segunda, humana y sin objeto preestablecido), para

Winnicott las fuerzas impulsoras del psiquismo serán los *instintos*, comprendidos como las «direcciones naturales» en que debe viajar hacia el exterior la «fuerza vital». Si la naturaleza está concebida como procesos espontáneos de maduración comandados por los instintos, la cultura está representada en la obra de Winnicott por el ambiente facilitador de dichos procesos naturales de desarrollo.

Al mismo tiempo, y a diferencia de Freud, Winnicott esbozará una posición epistemológica cercana al construccionismo, comprendiendo la realidad como co-construida entre el individuo y su ambiente facilitador, co-construcción de la cual participa el padre –en tanto cualidad dura y ambiente indestructible– por la vía de la sobrevivencia a la agresividad infantil.

1.2. *Figuras del padre: barrera del incesto, complejo paterno y elemento duro*

A partir de las bases teóricas y epistemológicas precedentes, podemos profundizar nuestro análisis comparativo de las primeras formulaciones metapsicológicas de Freud, Lacan y Winnicott en torno al complejo paterno. Adelantemos, para efectos de mayor claridad expositiva, una de nuestras ideas centrales en este capítulo: si bien los tres autores llegan a teorizar sobre este problema desde influencias y fundamentos disímiles, ya tempranamente en sus respectivas obras los tres convergen en relevar como función central del complejo paterno su incidencia en operar, por la vía de la dureza, una separación y un corte en la relación diádica entre el infante y la madre. Así, Freud insistirá en la importancia de la acción separadora de la barrera del incesto, Lacan en la función de corte que conlleva la figura paterna en el complejo de Edipo y Winnicott en el rol del padre como embajador de las «cualidades duras» que forman parte de la crianza. Todas estas formulaciones coinciden en subrayar lo que anteriormente hemos denominado como la *dimensión funcional* del complejo paterno, asociada a la prohibición del incesto y a la inscripción de la ley en la constitución del psiquismo.

Anteriormente argumentamos que el complejo paterno asume en Freud un estatuto teórico a partir del giro de la teoría de la seducción a

la teoría del complejo de Edipo. En efecto, al interior de este último, que Freud considera como el núcleo organizador de la constitución psíquica y determinante en la psicopatología, el complejo paterno encuentra un lugar específico en el conflicto de ambivalencia hacia el objeto paterno, determinado por la presencia simultánea de afectos antitéticos. Ahora bien, al momento de referirse a la resolución del complejo de Edipo y al ingreso en el período de latencia, Freud subraya la función de la *barrera del incesto*, asociada a la represión primaria,³⁴ cuya acción permite inhibir la meta más inmediata de la pulsión sexual, a saber, escoger como objetos sexuales a parientes consanguíneos. Freud acentuará que esta barrera permite la salida exogámica del clan familiar a la sociedad más amplia, y que su respeto constituye la piedra angular y principal exigencia de la cultura.

Resulta interesante que Freud no asocie todavía de manera explícita la barrera del incesto con el complejo paterno, asociación que deberá esperar hasta 1913, con *Tótem y tabú*. De todos modos, cabe destacar que ya están conformados los nexos teóricos entre la resolución del complejo de Edipo, la operación de la barrera del incesto, la renuncia pulsional, la exogamia y el progreso hacia la cultura. En el individuo, y dado el diferimiento en dos tiempos de la maduración sexual, la barrera del incesto opera por primera vez en el niño en la antesala del período de latencia y posteriormente se reaviva en el adolescente, quien se enfrenta a la tarea del desasimio de las investiduras familiares. En este contexto, el padre opera como objeto a dos niveles: como objeto de ambivalencia para el infante (objeto de amor e identificación, así como de odio y rivalidad, en el complejo de Edipo completo de ambos sexos) y como objeto sexual para la madre. Esto supone una doble barrera del incesto, tanto para el niño como para la madre, donde en relación con esta última se trata de impedir que el niño sea tomado

³⁴ Para un estudio detallado de las distintas acepciones de la represión primaria en la obra de Freud, asunto que excede los objetivos de la presente investigación, ver Brudny (1980, 1991, 2001, 2006), con quien coincidiremos en que la acción de la represión primaria —en la modalidad que Brudny denomina «orgánica»— en la disolución del complejo de Edipo ha sido poco explicitada, prestándose a confusiones y diversas interpretaciones en distintos autores. Nosotros subrayaremos su efecto de inaugurar el inconsciente reprimido o dinámico, obstruyendo el acceso a la satisfacción pulsional directa y operando como puerta de salida del complejo de Edipo.

como sustituto del padre, con un exceso de ternura que haga madurar precozmente su erotismo.

En la temprana obra de Lacan, la dimensión funcional del complejo paterno no será asumida conceptualmente por la noción de barrera del incesto, como en el caso de Freud, sino por la misma idea de *complejo*. Veremos, de todas formas, que tanto la barrera del incesto en Freud como el complejo paterno en Lacan aluden a la función de prohibición y a la salida exogámica del individuo hacia la realidad cultural. Recordemos, para estos efectos, que la acepción lacaniana de *complejo* se enmarca en su distinción radical entre naturaleza y cultura, distinción correlativa de la oposición binaria *familia animal vs. familia humana*: la primera, grupo natural determinado por instintos biológicos, rígidos e invariables; la segunda, institución social humana determinada por complejos flexibles y variables, resultantes de la internalización de las relaciones sociales.

Aquí interesa hacer notar que, si la perspectiva de Freud privilegia un punto de vista dinámico (centrado en el conflicto de fuerzas pulsionales), la de Lacan acentúa una dimensión estructural, que se opone a la mirada winnicottiana enfocada en el desarrollo. En efecto, el concepto de «complejo» es formulado por Lacan como una estructura simbólica específicamente humana e inexistente en la naturaleza, rasgo humano distintivo asociado al lugar del padre. Para Lacan, la función materna abunda en la naturaleza, pero la función paterna –en sus vinculaciones con la cultura, el lenguaje e incluso con la espiritualidad– es exclusiva del ser humano. Dicho en correlación con Freud: en la naturaleza no hay barrera del incesto. Así, en ambos autores, Freud y Lacan, el complejo paterno aparece como la piedra angular de la cultura, como función de disyunción entre la familia animal y la familia humana.

Agreguemos, en cuanto a la distinción lacaniana entre instinto y complejo, que precede a una distinción conceptual posterior, a saber, entre *relación de objeto* y *falta de objeto*: en la naturaleza, existe relación de objeto, en la medida en que el instinto supone una vinculación directa y prefijada con el objeto; en la cultura, hay falta de objeto, en la medida en que el complejo supone una vinculación indirecta y mediada con el objeto.

Si bien Lacan distingue tres complejos (destete, intrusión y Edipo), será el complejo de Edipo el complejo primordial, aquel que determina retrospectivamente a los anteriores. A diferencia de Freud, Lacan correlaciona directa y explícitamente el complejo de Edipo con el complejo paterno, al punto de volverlos equivalentes. En Freud, el complejo paterno es una de las dimensiones axiales del complejo de Edipo, pero en este punto de la obra de Lacan, el complejo paterno es el complejo de Edipo. Para Lacan, no existe complejo materno, si por tal entendemos la relación biológica de lactancia en presencia del pecho como objeto involucrado en la relación instintiva. *La idea de complejo en Lacan involucra una pérdida de objeto*: la pérdida del pecho en el destete, la pérdida de la omnipotencia narcisista en el complejo fraterno de intrusión y la pérdida de la relación dual con la madre en el complejo paterno o edípico.

Aquí observamos nuevamente una conexión con los conceptos freudianos de barrera del incesto y de represión primaria: la barrera impone la prohibición del incesto y la pérdida de un prototipo de vínculo erótico y afectivo, así como la represión esfuerza la renuncia pulsional. Mientras que el lugar de la madre suele aparecer formulado como una relación con un objeto presente, el complejo paterno está intrínsecamente asociado con la pérdida de objeto y con la producción de una ausencia. En efecto, y en la medida en que la operación del complejo paterno toma como referente la acción de la represión, funciona como un «trabajo de lo negativo» (Green, 1993). Del lado de la madre, relación de objeto y presencia como sujeto deseante; del lado del padre, ausencia, pérdida, falta, barrera y represión. Esta «negatividad» del padre reaparecerá bajo la formulación del *padre muerto*, en cuya pérdida y ausencia se instalará el superyó.

El complejo paterno en Freud y en Lacan ya se perfila como un *complejo del padre muerto*, que opera como función de negatividad en favor de la producción de una pérdida de objeto.

Aparentemente las primeras formulaciones de Winnicott divergen de los postulados de Freud y Lacan: al momento de referirse a los roles del padre en la crianza, recordemos, Winnicott menciona la presencia viva del padre, su disponibilidad de tiempo para la relación íntima y personal, y su participación en el juego infantil. Ahora bien, Winnicott

señala que estos roles no son específicos del padre, sino que también son parte de los roles maternos. Si el rol específico de la madre es ser la principal encargada del cuidado temprano del niño, cuidado desplegado por la vía de sus «cualidades blandas» como el amor tierno, la suavidad, la dulzura y la delicadeza, el rol específico del padre será hacerse cargo del conjunto de «cualidades duras», como la severidad y la estrictez, que si bien aparecen primero en la figura de la madre, no constituyen parte esencial de su rol.

Hay una equivalencia directa entre los papeles asignados por Lacan y Winnicott a la madre: el instinto materno postulado por Lacan es correlativo a la preocupación maternal primaria y a las cualidades blandas de la crianza temprana señaladas por Winnicott. Asimismo, la función de separación asociada al complejo paterno en Lacan entra en conexión con las cualidades duras planteadas por Winnicott, si bien el contexto difiere: Lacan –como Freud al señalar la función de la barrera del incesto– está aludiendo al padre edípico, mientras que Winnicott en este punto hace referencia al padre preedípico. Freud, Lacan y Winnicott coincidirán en plantear que, a nivel preedípico, el vínculo fundamental es con la madre, mientras que a nivel edípico con el padre. De todos modos, Freud hace referencia a la identificación primaria con el padre anterior al Edipo, mientras que Lacan plantea que la relación preedípica con el niño nunca es estrictamente dual, porque desde el principio está figurado el lugar del padre –sea por aceptación o por rechazo en el deseo y en el discurso de la madre– y también el lugar del falo imaginario, como cuarto término de la estructura.

La cualidad o elemento duro que Winnicott asigna al complejo paterno es una figura del padre conectada parcialmente, entonces, con la barrera del incesto y con la noción lacaniana de complejo. Para Winnicott, el padre es el representante de la ley y el orden que la madre implanta en la vida del niño y, por tanto, el respaldo y el sostén de la autoridad materna, asunto que conecta con la idea lacaniana de que el padre ingresa en la vida y en el psiquismo del niño por la vía del deseo materno. Asimismo, otro punto de convergencia entre Winnicott y Lacan será la explícita consideración del padre como *representante del mundo externo*, más allá de la madre y de la relación del niño con

ella, función que en la temprana obra de Freud está asociada a la barrera del incesto, sin referencia explícita todavía al complejo paterno.

En este contexto, impresiona observar cómo Winnicott omite referirse al hecho o al menos a la posibilidad de que sea el padre quien haga operar entre la madre y el niño un tercer espacio al momento de encarnar el elemento duro, poniendo énfasis solo en el alivio que esto significa para la madre. Esta omisión de la contribución del complejo paterno a la generación de una zona intermedia de la experiencia será mantenida por Winnicott hasta el final de su obra, aspecto en que diverge radicalmente de la teoría lacaniana acerca de la metáfora paterna, centrada explícitamente en la función de terceridad.

1.3. El complejo paterno y su función central

En síntesis, al analizar las bases y premisas de las primeras formulaciones metapsicológicas del complejo paterno en las obras de Freud, Lacan y Winnicott, hemos encontrado que los tres autores coinciden en plantear para el complejo paterno una función central, asociada a las operaciones de separación y corte, así como a la cualidad de la dureza.

Los tres autores han puesto énfasis en considerar el complejo paterno como función de separación, además de señalar el lugar del padre como objeto de ambivalencia. Una tercera figura del padre, previa a la descripción de un complejo paterno, la encontramos en la referencia de Freud al padre como agente de seducción. Estas distinciones nos permiten confirmar el valor teórico de diferenciar, asimismo, una definición general del complejo paterno de una definición específica: la primera, referente al lugar que el psicoanálisis (en particular, Freud, Lacan y Winnicott, para los alcances de nuestro estudio) le atribuye a la figura paterna, especial pero no exclusivamente en el horizonte de la metapsicología; y la segunda, referente a la relación de ambivalencia hacia el objeto paterno al interior del complejo de Edipo.

La función de separación del complejo paterno apareció en Freud una vez realizado el giro de la teoría de la seducción al complejo de Edipo, instancia al interior de la cual el padre pasa a posicionarse como objeto de mociones edípicas y a encarnar la función de prohibición del

incesto, por la vía de su asociación –todavía implícita– con la barrera del incesto. Por su parte, la función de corte en Lacan es solidaria de la asociación entre complejo paterno y cultura, que anuncia sus posteriores desarrollos en torno al registro simbólico. En efecto, los pares de equivalencias madre-instinto y padre-complejo pasarán a ser formulados como madre-imaginario y padre-simbólico. El corte que introduce el complejo parte no es otro que la operación de la represión sobre las mociones incestuosas intrínsecas a la relación dual con la madre, corte correlativo a la función normalizadora del complejo de Edipo.

En la descripción de Lacan, el complejo paterno y su función de corte no solo son inseparables de la acción de la represión, sino también de la sublimación, que permite recortar el goce sexual preedípico y canalizarlo hacia un plano socializante. Sin duda alguna, y aunque Lacan todavía no lo desarrolle por completo, la función de corte propia del complejo paterno es un anticipo del énfasis posterior en la castración simbólica. Por el momento, y en conexión con la barrera del incesto freudiana y el padre duro postulado por Winnicott, Lacan aludirá al requerimiento de una función paterna (no necesariamente representada por el padre natural) cuyo nombre encarna la ley, lo suficientemente fuerte y estricta como para hacer frente a la rivalidad edípica y promover así el sepultamiento del complejo de Edipo.

Finalmente, la cualidad de dureza asociada por Winnicott al rol del padre no solo será formulada para el padre preedípico y su papel aliviador de la madre, sino igualmente para el padre edípico, en cuanto su sobrevivencia a las mociones agresivas facilita el desarrollo emocional, al hacer de barrera de contención frente a la conducta impulsiva y las fantasías agresivas, asunto a ser revivido durante la adolescencia.

2. EL LUGAR DEL PADRE Y EL COMPLEJO DE EDIPO

El objetivo de este capítulo es analizar, comparar y discutir los desarrollos metapsicológicos posteriores de Freud, Lacan y Winnicott en torno al complejo paterno. Adelantaremos, desde ya, que nuestro análisis nos llevará al hallazgo de que las contribuciones metapsicológicas de Freud, Lacan y Winnicott no solo convergen en considerar al complejo

paterno como un núcleo fundante tanto del psiquismo individual como de la organización cultural, sino que también coinciden en formular el complejo paterno principalmente en términos funcionales, esto es, enfatizando la función de prohibición del incesto.

Para desarrollar este análisis, compararemos y discutiremos los principales conceptos metapsicológicos asociados al complejo paterno en el cuerpo teórico de los tres autores. Esto nos llevará a detenernos en las siguientes nociones o conceptos: a) complejo de Edipo; b) complejo de castración; c) superyó e ideal del yo; d) represión; e) identificación; y f) sublimación.

2. 1. Complejo paterno y complejo de Edipo

2.1.1. Consideraciones previas al análisis comparativo del complejo de Edipo

Las relaciones del complejo paterno con el concepto de complejo de Edipo en Freud, Lacan y Winnicott, si bien son tratadas desde premisas teóricas distintas, convergerán en subrayar la dimensión funcional del complejo paterno, esto es, su función de prohibición del incesto. Antes de analizar comparativamente el lugar del padre en el complejo de Edipo en Freud, Lacan y Winnicott, partiremos por señalar y discutir algunas consideraciones previas vinculadas con sus respectivas perspectivas teóricas, como un enlace entre nuestros desarrollos precedentes y los que prosiguen.

Para estos efectos, partiremos por recordar que en el caso de Freud, la dimensión medular de su teoría radica en la metapsicología, concebida como aquel conjunto de modelos o perspectivas (económica, dinámica y tópica) orientados a edificar una psicología de los procesos psíquicos inconscientes, modelos de alto nivel de abstracción que conservan cierta distancia con los fenómenos de la experiencia. Entre estas tres perspectivas, Freud subraya el valor del punto de vista dinámico, que releva el carácter estructurante que posee para el psiquismo la relación de fuerzas en conflicto. En este contexto, es importante advertir que esta noción de conflicto no implica patología, ya que esta última

está determinada por el factor cuantitativo de las fuerzas en juego, y que Freud referirá cómo pulsiones de objeto variable y no de instintos.

En términos evolutivos, para el infante la tarea consiste en dominar las pulsiones sexuales y agresivas, y orientarlas hacia el desarrollo individual y socializante. En este escenario, acentuaremos que Freud (tal como Lacan y a diferencia de Winnicott) pondrá el foco teórico en el nivel edípico: el desarrollo libidinal asociado a las fases oral y anal será considerado como «pre-edípico».

Lacan, por su parte, construye una teoría estructural bajo la aspiración de formalizar la teoría psicoanalítica, proyecto que converge con la metapsicología freudiana en el privilegio de una teorización de alto nivel de abstracción. Ahora bien, la perspectiva estructural de Lacan se opone a la mirada evolutiva de Winnicott en su crítica a la consideración de una cronología del desarrollo y en su privilegio por un «tiempo lógico»; asimismo, difiere de la teoría freudiana, más interesada en la dinámica que en la estructura.

Para Lacan, de todos modos, el individuo tendrá como exigencia la asunción de la castración simbólica y el acceso a la realidad cultural, tarea afín a la señalada por Freud como dominio de las pulsiones sexuales y agresivas. Tal como Freud, y a diferencia de Winnicott, Lacan enfoca su teoría en el nivel edípico: lo preedípico será considerado no tanto en términos de organizaciones libidinales, sino como relaciones diádicas, enmarcadas en el registro de lo imaginario. Esto, en oposición al terreno edípico, asociado al registro simbólico de la castración y la exogamia.

En cuanto a Winnicott, es explícita su desconfianza respecto a la noción misma de «metapsicología» y su búsqueda de un lenguaje menos abstracto y más cercano a la experiencia. Por ejemplo, y a diferencia de Lacan, no se preocupará especialmente por la distinción conceptual entre pulsiones e instintos, definiendo a estos últimos como aquellos impulsos biológicos que forman parte de la vida del niño y que demandan acción. Según Winnicott, el empuje del instinto hace que el niño, como cualquier otro animal, se prepare para la satisfacción, asociada a una recompensa de placer y a un alivio temporal de la tensión instintiva. Sobre la noción de conflicto, Winnicott la vinculará con una exigencia de resolución, con una connotación menos saludable que su

idea posterior de «paradoja», postulada como contradicción aparente a ser aceptada, tolerada y no resuelta.

Para Winnicott, el infante es considerado como una criatura portadora de tendencias innatas, heredadas y naturales orientadas hacia el crecimiento y hacia la salud, tendencias que requieren de un ambiente facilitador para ser desarrolladas. En este punto, su concepción de la familia humana diferirá diametralmente de aquella de Lacan: si para este último, la familia humana es una constitución cultural cualitativamente distinta de la familia animal y determinada por el complejo paterno, para Winnicott la familia humana será un grupo natural cuyo funcionamiento interpersonal tendrá como prototipo la relación diádica entre la madre y el bebé. Mientras que para Freud la primera identificación es con el padre y para Lacan –como veremos con más detalle en adelante– el padre está considerado desde el inicio, para Winnicott la figura paterna aparece en un momento posterior del desarrollo, precedido por un primer momento de dependencia absoluta y relación exclusiva del bebé con la madre.

A diferencia de Freud y de Lacan, el foco de Winnicott es preedípico. Si para los dos primeros las fases previas al Edipo son nombradas como «pre-edípicas», en atención al valor del Edipo como complejo nuclear que resignifica y reestructura las relaciones precedentes, para Winnicott el complejo de Edipo es posdiádico, comprendido como una complejización de la relación bipersonal (fundamental y estructurante) en relaciones tripersonales o triangulares.

2.1.2. Análisis comparativo del complejo de Edipo en Freud, Lacan y Winnicott

Pese a que llama la atención que nunca haya elaborado un estudio detenido, sistemático y organizado al respecto, Freud suele referirse al complejo de Edipo como el conjunto inconsciente de deseos amorosos y agresivos que el infante experimenta en relación a sus progenitores.³⁵

³⁵ La siguiente recapitulación de las nociones freudianas sobre el complejo de Edipo, funcional a nuestro análisis comparativo, está basada en nuestro marco teórico precedente y en las fuentes secundarias de Valls (1995), Roudinesco & Plon (1997 [1998]) y Laplanche & Pontalis (1996 [1967]).

Junto con destacar su valor estructurante del psiquismo, de la psicopatología y de la orientación sexual, distingue sus formas positiva, negativa y completa: la primera, reúne el deseo incestuoso hacia el padre del sexo opuesto y el deseo parricida respecto al padre del mismo sexo; la segunda, el deseo incestuoso hacia el padre del mismo sexo y el deseo parricida con el padre del sexo opuesto; y la tercera, la integración de las dos anteriores, considerando tanto la bisexualidad originaria del individuo como el conflicto de ambivalencia hacia ambos padres. Freud refiere –tal como lo harán más tarde Lacan y Winnicott– que una de las principales exigencias de la vida anímica consiste en dominar el complejo de Edipo, situado en el período de desarrollo entre los 3 y los 5 años, correspondiente a la fase fálica de la organización libidinal. Es consabido que Freud desarrolla su teoría del complejo de Edipo tomando como referencia el modelo del niño varón, y que tardíamente desarrolló su teoría del Edipo femenino, centrado en el cambio de objeto sexual (de la madre al padre) y en el cambio de zona erógena (del clítoris a la vagina), a partir del monismo fálico que será reformulado por Lacan en términos de la dialéctica de ser y tener el falo.

Para Freud, la resolución del conflicto edípico es concebida habitualmente como una declinación o un sepultamiento, y también ocasionalmente como una destrucción o una supresión del complejo. Esto implica que la represión del complejo de Edipo involucra, más que su salida, el posterior retorno de lo reprimido a manera de síntoma o de patología. En una perspectiva evolutiva (punto de vista privilegiado por Winnicott y cuestionado por Lacan), la declinación del Edipo marca el inicio del período de latencia. En el niño, esta declinación es abrupta y está movilizada por la amenaza de castración paterna (para Freud, a diferencia de Lacan, no habrá amenaza de castración materna), que promueve la renuncia al objeto incestuoso: aquí la secuencia es Edipo, castración y declinación. En la niña, en cambio, la declinación es gradual y está movilizada por la afrenta asociada a la falta de pene, que a su vez promueve el cambio de objeto amoroso y desencadena una envidia del pene que será posteriormente tramitada por equivalencia simbólica en el deseo de obtener un hijo del padre; aquí, la secuencia es castración, Edipo y declinación a través de la maternidad. En ambos casos, la resolución de la crisis edípica está vinculada con una

identificación (que Lacan resignificará como identificación simbólica), resolución que no obstante es temporal, puesto que el complejo edípico se verá reactivado con la metamorfosis de la pubertad, que culminará en la elección exogámica de objeto.

De acuerdo con Freud, las principales funciones del complejo de Edipo son las siguientes: a) elección pospuberal y exogámica del objeto amoroso, vehiculizada por la prohibición del incesto y operada por el desplazamiento y la sublimación de identificaciones e investiduras edípicas; b) acceso a la genitalidad por la vía de la identificación, más allá de la influencia de la maduración biológica; y c) estructuración de la personalidad, representada por la constitución del superyó y del ideal del yo. Estas funciones no serán cuestionadas por Lacan ni por Winnicott, más allá de la reticencia de Lacan sobre la idea de genitalidad concebida como la adquisición de una presunta maduración completa de la sexualidad, idea que Lacan cuestiona, acentuando el carácter siempre parcial del deseo sexual y el empuje constante y sin objeto de la pulsión.

Para Freud, el complejo de Edipo es una estructura triangular universal, lo cual lo constituye en la primera forma de *terceridad* o configuración triangular descrita por el psicoanálisis. En efecto, describe una relación triangular, más allá de la díada preedípica que involucra a la madre como objeto para ambos sexos. Freud sugiere, aunque Lacan lo desarrolla más amplia y detenidamente, que una declinación insuficiente del complejo de Edipo supone la fijación en la relación dual con la madre, para quien Freud también considera sus propias mociones sexuales, susceptibles de ser despertadas en los cuidados de la crianza o en ausencia de objeto sexual adulto. Cabe, en este punto, cuestionar la ausencia de consideración, por parte de Freud, de los deseos agresivos de la madre, así como –de manera relevante para nuestro estudio– la omisión de las mociones sexuales y agresivas del padre.

Finalmente, cabe señalar que Freud se referirá igualmente al complejo de Edipo como una fantasía originaria o patrimonio mnémico transmitido filogenéticamente, aventurando la hipótesis de que lo que para el desarrollo del individuo es realidad psíquica, en el desarrollo de la especie fue una vez realidad material.

Para Lacan, el complejo de Edipo será planteado en principio como el último y más importante de los tres complejos familiares³⁶, otorgándole –tal como en la teoría freudiana– el estatuto de complejo nuclear. A diferencia de Freud, Lacan pondrá menos énfasis en el conflicto de ambivalencia (imaginario, según las distinciones lacanianas) y subrayará de forma más explícita y recurrente la específica función simbólica e interdictora del padre en el complejo de Edipo. Conforme a su perspectiva estructural, otra diferencia con Freud será que para Lacan el objeto de deseo tanto del niño como de la niña es siempre la madre, mientras que el padre es siempre el rival, agente tanto de la privación como de la castración.

Lacan destacará y desarrollará la concepción freudiana del Edipo como una estructura triangular o triádica, alejándose de las perspectivas que privilegian su consideración como fase del desarrollo libidinal. La lectura estructural del Edipo que despliega Lacan considera como elemento principal de la estructura el tercer término, a saber, el padre, a partir de cuya función la previa relación dual con la madre se transforma en un triángulo edípico. Ahora bien, en estricto rigor, para Lacan –en claro contraste con Winnicott– no existe relación diádica o dual: siempre hay un tercero, en la medida en que la relación entre la madre y el niño está desde el inicio mediada por la relación con el falo. Así, el pasaje de la dimensión preedípica al Edipo es el paso del triángulo madre-falo-niño a la cuaterna madre-falo-niño-padre.

Si para Freud la secuencia entre Edipo y castración era distinta según la diferencia anatómica de los sexos (en el niño, primero el Edipo y luego la castración; en la niña, la castración previa al Edipo), para Lacan la secuencia lógica es la misma: primero el Edipo, luego la castración. Asimismo, si bien tanto para Freud como para Lacan el atravesamiento por el complejo de Edipo está asociado a la asunción de una posición sexual, para Lacan se trata siempre de la identificación simbólica con el padre, mientras que para Freud la identificación con el padre determina una posición sexual masculina, mientras que la identificación sexual con la madre se correlaciona con la asunción de una orientación sexual femenina. A este respecto, Winnicott no introducirá variaciones significativas en relación a los postulados freudianos.

³⁶ Recordemos que los otros dos complejos son el de destete y el de intrusión.

Buena parte de la originalidad de la teoría lacaniana radicará precisamente en su relectura del Edipo y la castración. En efecto, para Lacan, el complejo de Edipo supone el pasaje del orden imaginario al orden simbólico, tránsito que considera tres tiempos o momentos lógicos: un primer tiempo preedípico, un segundo tiempo que podemos denominar como Edipo propiamente tal y un tercer tiempo asociado a su declinación, momentos que revisaremos en más detalle al interrogar el lugar del padre en el complejo de Edipo.

Respecto a Winnicott, es consabido que su originalidad, a diferencia de Lacan, radica mayoritariamente en sus aportes a la comprensión de la relación diádica con la madre y sus implicancias. En cuanto al complejo de Edipo, planteó más de alguna vez que aceptaba la teoría freudiana, lo cual nos haría pensar que nada hay de novedoso en sus referencias. Sin embargo, y tal como sugerimos al revisar sus bases y premisas teóricas y epistemológicas, el punto de partida de Winnicott, distinto al de Freud y al de Lacan, influirá en una perspectiva del complejo de Edipo menos dinámica y estructural, y más centrada en la relación entre los procesos naturales de maduración emocional y el papel del ambiente como facilitador de dicho desarrollo.

En este contexto, Winnicott se referirá al complejo de Edipo justamente como aquel logro del desarrollo que implicado en la capacidad de relacionarse con personas totales en un triángulo interpersonal. Aquí, el padre es el primer objeto total para el niño, y –como señalará más adelante– será usado por el niño como patrón de su propia integración. A diferencia de Freud, cuyo acento es casi exclusivamente intrapsíquico, y de Lacan, que comprende el Edipo como estructura simbólica, e incluso a diferencia de Klein, para quien existirá un complejo de Edipo temprano asociado a la interacción de objetos internos parciales, para Winnicott en el complejo de Edipo de lo que se trata es de una relación tripersonal con personas reales y externas, o para decirlo desde su nomenclatura, con objetos objetivos.

Como Freud, Winnicott destaca que el complejo de Edipo, junto con significar un primer conflicto triangular e involucrar por primera vez relaciones tripersonales, conlleva un conflicto de ambivalencia, a saber, la coincidencia en el niño sano de un deseo parricida y una moción amorosa hacia una misma figura. El resultado de esto es la

generación de un sentimiento de culpa, a su vez señal de que el niño es capaz de tolerar y resistir dicho conflicto intrínseco e inherente a la vida sana, punto máximo de angustia y culpa en la salud.

La insistencia de Winnicott en formular el complejo de Edipo como un logro de la salud vinculado al proceso de maduración emocional, nos muestra el particular interés de Winnicott por el desarrollo saludable, interés más acentuado (o al menos más recurrente y explícito) que el de Freud y el de Lacan. Asimismo, Winnicott será concluyente al sostener que no existe tránsito saludable por el complejo de Edipo sin la presencia de un ambiente facilitador, asunto que evoca la serie complementaria de Freud (la conjunción de los factores heredados y ambientales tanto para la salud mental como para la enfermedad) y la consideración de Lacan de la incidencia de los complejos familiares en la constitución del psiquismo tanto como en la psicopatología. Para Winnicott, si el Edipo transcurre en un ambiente facilitador, representado en este punto especialmente por una pareja parental unida y sólida, su declinación será un proceso natural, que le llevará a ser «archivado» al ingresar en la latencia y reactivado en la pubertad, puntualización que retoma la perspectiva diacrónica trazada por Freud y rechazada por Lacan.

De todos modos, estos planteamientos no contradicen el foco ya señalado de Winnicott en la relación bipersonal con la madre, de la cual postula que emerge no solo la relación tripersonal, sino también la relación unipersonal, en el sentido de la capacidad de estar a solas (gracias a la internalización de la madre suficientemente buena).

En cuanto al complejo de Edipo femenino, Winnicott sigue a Freud al sostener que se desarrolla según el modelo masculino y que deriva en la envidia del pene y en la rivalidad y posterior identificación con la madre.

2.1.3. *El lugar del padre en el complejo de Edipo:*

Freud, Lacan y Winnicott

Freud, Lacan y Winnicott coincidirán en destacar que el lugar fundamental del padre en el complejo de Edipo, más allá de operar como objeto de ambivalencia afectiva, está asociado a lo que hemos denominado el aspecto funcional de la figura paterna, a saber, la función de prohibición del incesto.

En la teoría freudiana, el padre preedípico es el objeto de identificación primaria y aparece en la vida del niño facilitado por la transmisión vía herencia filogenética del padre primordial de la especie. De manera menos específica aunque también menos especulativa, igual participa, junto a la madre, en la construcción del narcisismo infantil, al operar como fuente del amor narcisista, lazo libidinal que para Freud no es otra cosa que el renacimiento y la reproducción del narcisismo propio abandonado en la temprana infancia y transmudado ahora al amor paterno de objeto.

Como hemos ya profundizado, a nivel propiamente edípico, el padre opera fundamentalmente como barrera o prohibición del incesto, además de servir de objeto de ambivalencia, de objeto sexual y de objeto de identificación. En efecto, para Freud (1912-1913 [1913]), el complejo paterno está vinculado menos a una relación biológica que a una función, a saber, la ley de prohibición del incesto, ley universal que distingue entre naturaleza y cultura, y que inscribe en el individuo las relaciones de parentesco simbólico y señala la salida hacia la exogamia, determinando así tanto la constitución del psiquismo como el acceso hacia el principio de realidad y la cultura. La incidencia del lugar del padre permite comprender el complejo de Edipo como una estructura triangular, cuyos vértices son el niño, el objeto natural y la representación de la ley.

Para Lacan, el padre preedípico está asociado a su preexistencia como falo imaginario que inscribe simbólicamente la falta y la separación tanto en la madre como en el hijo. A nivel edípico, el padre aparece como rival imaginario (agente de la privación) y como pene real (agente sexual de la castración simbólica).

Si entramos a detallar estas formulaciones, hallaremos que la comprensión freudiana se anuda estrechamente a la consideración que desarrolla Lacan respecto al lugar del padre en el complejo de Edipo. Así, y tal como lo desarrolláramos en detalle en capítulos precedentes, Lacan subraya con su concepto del Nombre-del-Padre el «no» del padre vinculado a la prohibición del incesto, «no» que será destacado asimismo por Winnicott, tanto a nivel de prohibición estructural como a nivel de límites cotidianos. Lacan desplegará extensamente los postulados freudianos que destacan la dimensión funcional del complejo paterno al interior del Edipo, aludiendo al Padre (con mayúscula) como vector de la relación simbólica y triádica que introduce una mediación y una distancia en la relación del sujeto con el objeto.

El lugar del padre en el complejo de Edipo está asociado a la intervención del registro de la ley y de operación de la metáfora, esta última en tanto significante que viene en lugar de otro significante y sustitución del predominio del orden imaginario por la asunción del orden simbólico. Como subrayarán tanto Dor (1989 [2004]) como Polatinsky y Hook (2008), se trata del padre muerto, operador simbólico ahistórico de la estructuración psíquica, agente de la Ley de prohibición del incesto y tercero mediador del deseo de la madre y el niño.

El planteamiento de esta discontinuidad radical entre el horizonte materno y la dimensión paterna no será compartida por la teoría winnicottiana, donde si bien el padre aparece como función de prohibición del incesto, esta operación no impide que la función materna siga representando para el individuo la continuidad de su experiencia de ser, diferencia entre Lacan y Winnicott que remite a sus distintas concepciones de la relación naturaleza y cultura, que ya exploráramos, y que se resumen en las opciones teóricas entre discontinuidad y continuidad. Para Lacan, partidario de la discontinuidad naturaleza-cultura, la función paterna en el Edipo consiste, entonces, en la sustitución del significante del Deseo de la Madre por el significante del Nombre-del-Padre, metáfora fundamental del proceso de simbolización.

En su dimensión funcional, y tal como lo relevara Freud, el padre no opera en el Edipo como objeto real, aunque deba intervenir como objeto real y sexuado para encarnar la castración simbólica. Como hemos planteado, el padre funcional no es otro que el padre simbólico,

que limita la omnipotencia materna y regula el deseo edípico por la vía de introducir la ley que media la relación dual e imaginaria entre la madre y el niño.

Ahora bien, el lugar que Lacan asigna al padre en el conflicto edípico es inseparable de su distinción de los tres tiempos lógicos del Edipo, distinción que expresa su perspectiva estructural y logicista, diferente –como ya mencionáramos– al énfasis dinámico de Freud y a la preocupación evolutiva de Winnicott.³⁷ En un primer tiempo preedípico, el padre interviene de manera implícita como padre simbólico, representado por el operador estructural del falo imaginario, que marca desde el inicio una separación entre la madre y el niño, lo cual implica una diferencia importante con respecto a Winnicott, para quien en el principio hay una identidad absoluta (no una identificación, lo cual supondría diferenciación previa) entre madre e hijo. En este punto, Freud será menos explícito, pero sus referencias al narcisismo primario en términos de catexias intrapsíquicas nos muestran que su interés teórico es menos la díada madre-hijo que la construcción del aparato psíquico.

En un segundo tiempo, el padre interviene en el fantasma infantil como padre imaginario, es decir, como objeto de odio y rivalidad, en la medida en que funciona como agente de una triple privación: priva al niño de la madre, a la niña del pene y a la madre del niño. Asimismo, el padre interviene aquí como agente de una doble interdicción: para el niño, *no te acostarás con tu madre*; para la madre, *no reintegrarás tu producto*, interdicciones que vehiculizan un primer movimiento desidentificatorio en la díada narcisista.

En un tercer tiempo, el padre interviene como padre real, como padre sexuado, portador del pene real y poseedor sexual de la madre; se trata del padre como agente de la castración simbólica, con quien el niño realiza una identificación que marca la declinación del Edipo.

³⁷ Recordemos que Green (1990 [1992]) había denunciado, sobre la teoría lacaniana, el reduccionismo formalista y su consecuente postergación de la dimensión afectiva del psiquismo. Ahora bien, cabe anotar que, pese a lo justificado de su crítica, tampoco encontramos en Green una teoría del complejo paterno formulada desde la dimensión afectiva. Otra consecuencia del énfasis formal de Lacan es su desconsideración del plano evolutivo, que Flesler (2006) subraya cuando sugiere que es importante considerar la etapa del desarrollo en la que se produce una falla en la función paterna.

Esta identificación simbólica con el padre real –operación normativa y normalizadora– no solo marca el desalojo de la relación dual y la conquista del orden simbólico y del registro de la ley, sino que también es la base para la formación del ideal del yo.

Para Winnicott, el padre preedípico tiene como funciones principales servir de sostén de la díada madre-bebé (idea ausente en las obras de Freud y Lacan) y, de forma más específica, encarnar y desplegar las cualidades duras de la crianza, aliviando a la madre de esta tarea. A nivel edípico, la dureza, solidez y estrictez del padre se expresarán en su función prohibitiva del incesto, así como en su capacidad de sobrevivir a las fantasías agresivas del Edipo y de operar como primera persona total y patrón de la integración del infante. En otras palabras, un padre facilitador o un padre suficientemente bueno es, de acuerdo con Winnicott, aquel que tiene la capacidad de adaptarse a las necesidades tanto del niño como de la madre: a nivel preedípico, esto significa tolerar la exclusión, entregar apoyo material y moral a la madre y encarnar el elemento duro de la crianza; a nivel edípico, esto implica ocupar el lugar de la tercera persona, operar como ambiente indestructible por medio de una actitud firme y sólida, y sobrevivir a la agresión para ser usado como persona total. Winnicott agregará un factor transgeneracional no explicitado por Freud ni por Lacan, planteando que si el padre ha contado él mismo con un padre facilitador en su infancia, tendrá el camino más despejado para desempeñar dicho rol.

Winnicott insistirá en que el padre no debe ser una versión alternativa de la madre (aunque pueda requerir serlo en aquellos casos en que hay ausencia materna), sino que debe cumplir una función propia y específica, función que –a diferencia de lo que sostiene Lacan– aparece tardíamente en la vida del niño, ciertamente en un tiempo posterior a la lactancia. Incluso postulando el ingreso del padre a la vida del niño por la vía de encarnar las cualidades duras de la madre, Winnicott señalará que el padre aparece como tercera persona, integrada y total, recién en el complejo de Edipo. Aquí, coincidirá con Freud y Lacan en subrayar el papel del padre como un prohibidor real con el cual rivalizar, reuniendo en una misma formulación los registros lacanianos: la cualidad de persona real está asociada al registro de lo real, la función de prohibición al orden simbólico y la rivalidad al registro imaginario de la agresividad y su raigambre narcisista. Para Winnicott, el padre

real no será –como en Lacan– el portador del pene suficiente como para realizar el coito con la madre, sino aquel que demuestra ser real por la vía de sobrevivir al ataque agresivo del niño.

El acento de Winnicott en la dimensión funcional del complejo paterno al interior del complejo de Edipo, quedará expresado en su comprensión de la prohibición del incesto como una función que es parte del ejercicio de un padre facilitador y que permite en el niño la maduración del desarrollo emocional.³⁸ Para Winnicott, el padre «le hace el honor al niño» de reconocer su madurez al proscribir el coito con la madre. En consonancia con Freud y Lacan, plantea que para resolver el complejo de Edipo, es necesaria la presencia de un padre suficientemente fuerte, que opere un límite y una mediación entre madre y niño. Se trata del padre castrador, que encarna la función de prohibición del incesto y que –tal como enfatiza Lacan– alivia al niño de su exposición a la relación dual con la madre, al interponerse como barrera. Winnicott releva que el padre es al mismo tiempo rival y prohibición, castigador y castrador, operaciones que facilitan la maduración infantil. También en resonancia con Lacan, señala que el padre es el agente del «no», que permite al niño «soltarse» y tomar distancia respecto de la madre. Esta agencia del «no» está referido tanto al incesto como al desborde impulsivo, rol que aparece en continuidad con su encarnación del elemento duro y que para el niño es una necesidad afectiva tan importante como el cuidado materno.

En la teoría winnicottiana, así como en la freudiana y la lacaniana, el padre aparece como el tercero, que introduce un espacio de separación entre la madre y el niño. En Winnicott, tal como el complejo de Edipo positivo del niño varón descrito por Freud y como el padre imaginario del segundo tiempo lógico del Edipo en Lacan, el padre opera como rival amoroso y sexual, objeto de odio y de temor. Winnicott agregará que una función concomitante del padre en el Edipo –ya presente desde la fase preedípica– consiste en aliviar a la madre de

³⁸ Recordemos que, en consistencia con el énfasis winnicottiano en el factor ambiental involucrado en el complejo de Edipo, Kohut (1982 [2002] ofrecía la distinción entre complejo de Edipo normal y complejo de Edipo patológico: el primero, asociado a padres empáticos que favorecen con sus respuestas amorosas y jubilosas la maduración emocional del niño; el segundo, a un self parental disfuncional y competitivo, que favorece el desarrollo de hostilidad en el niño.

constituirse en rival (descontando el caso del complejo de Edipo femenino, donde para Winnicott, como para Freud y a diferencia de Lacan, la madre es rival sexual y el padre objeto de deseo). Para Winnicott, la confrontación con el padre permite la maduración del niño, quien más tarde podrá usarlo como un objeto objetivo capaz de castigar, y como una figura introyectada que podrá convertirse en un castrador en la fantasía suya asociada al deseo incestuoso hacia la madre.

Ahora bien, podemos preguntarnos: en el caso de la niña, ¿cuál es el incesto y quién lo prohíbe? Winnicott seguirá en esto a Freud, para quien el incesto es con el padre y no lo prohíbe la madre, sino que la niña lo desplaza para realizarlo simbólicamente en el deseo de tener un hijo con el padre, a diferencia de Lacan, para quien el incesto es con la madre y es el padre quien opera siempre como función de prohibición.

Antes de proseguir nuestro análisis, que nos llevará a analizar, comparar y discutir las relaciones entre el complejo paterno, el complejo de castración y el superyó en nuestros tres autores estudiados, aportemos un pequeño esquema que reúne algunos de nuestros desarrollos precedentes y ya explicados.

	FREUD	LACAN	WINNICOTT
Padre preedípico	<ul style="list-style-type: none"> - Identificación primaria. - Fuente de amor narcisista. 	<ul style="list-style-type: none"> - Padre simbólico (falo imaginario). 	<ul style="list-style-type: none"> - Sostén de la díada. - Cualidad dura.
Padre edípico	<ul style="list-style-type: none"> - Barrera del incesto. - Objeto de ambivalencia. - Objeto de identificación. 	<ul style="list-style-type: none"> - Padre imaginario (rival). - Padre real (sexuado). 	<ul style="list-style-type: none"> - Prohibición del incesto. - Sobreviviente. - Uso de objeto.

2. 2. *Complejo de castración, ideal del yo y superyó*

Tal como fuera nuestro hallazgo a propósito del complejo de Edipo, las conexiones del complejo de castración, del superyó y del ideal del yo con el complejo paterno en esta parte central y medular de las obras teóricas de Freud, Lacan y Winnicott, reafirmarán la función central de la prohibición del incesto. Agregaremos, junto con Green (1980 [1983]), que la función de la prohibición del incesto, asociada al lugar del padre muerto, permite anudar los conceptos de complejo de castración, superyó e ideal del yo.

2.2.1. *Complejo de castración en Freud, Lacan y Winnicott*

Recordemos, con Etchegoyen (2002), que Freud considera al padre como la figura central en la vida mental, figura cuya eficacia está centrada en el poder de su prohibición y amenaza, así como en su carácter de embajador del principio de realidad, funciones asociadas a los conceptos de complejo de castración y superyó.

Para Freud el complejo de castración alude al conjunto universal de fantasías y exteriorizaciones organizadas en torno a la temática de la pérdida del pene, complejo enraizado en la teoría sexual infantil que explica la diferencia anatómica de los sexos por la castración en la mujer, bajo la premisa de que toda persona sería poseedora de un pene, y que forma parte estructural de la sexualidad, de la constitución psíquica y de los desarrollos psicopatológicos. Para Freud, se trata de un fenómeno universal basado en el rechazo fundamental a la feminidad, rechazo que hace de límite a los alcances del tratamiento psicoanalítico.³⁹

Si consideramos un punto de vista evolutivo, que como hemos visto es criticado por Lacan y continuado por Winnicott, el complejo de castración en la teoría freudiana se desarrolla en la fase fálica de la organización libidinal infantil, en la cual la primacía del falo como único órgano sexual en juego determina que la realidad anatómica se

³⁹ En este punto, interesa notar –como lo hace Green (1990 [1992])– la recurrente referencia de Freud a la «realidad» de la castración, cuando se trata de una teoría sexual infantil y de una formación de deseo inconsciente, y no de un hecho biológico.

divida en las categorías de fálico versus castrado, según la presencia o ausencia de pene. En este contexto nos encontramos con dos teorías sexuales infantiles: por una parte, la teoría del monismo fálico, asociada a la premisa de que todos los seres humanos tienen pene; por otra, precisamente la teoría de la castración, que explica el enigma de la diferencia anatómica de los sexos por el cercenamiento del pene en la mujer. Para Freud, la castración tiene un triple estatuto: es una fantasía originaria de la especie que responde a la pregunta por la diferencia sexual, una fantasía inconsciente ontogenética que aparece en la fase fálica frente al hallazgo de la diferencia sexual anatómica (dada la falta de reconocimiento del órgano sexual femenino en la infancia) y una «realidad efectiva» que alude a la ausencia de pene en la mujer.

Para Freud, nuevamente a diferencia de Lacan y en consonancia con Winnicott, el complejo de castración será asimétrico entre ambos sexos, contemplando variaciones psíquicas determinadas por las diferencias anatómicas. Como refiriéramos previamente, la castración es para la niña el puerto de entrada al Edipo, mientras que para el niño varón constituye su puerto de salida. La niña experimenta el complejo de castración en torno a la envidia del pene (frente a la fantasía de una castración ya consumada), mientras que el niño lo experimenta en torno a la angustia de castración (frente a la fantasía de una castración a ser consumada). En la niña, la castración es vivenciada adicionalmente como perjuicio narcisista que moviliza el cambio de objeto amoroso (de la madre al padre), el cambio de zona erógena (del clítoris a la vagina) y el deseo de compensar la falta de pene por la vía de obtener un hijo del padre, reparación de la castración cuya responsabilidad y agencia es depositada en la madre. En el niño, la amenaza de castración paterna moviliza la renuncia al objeto incestuoso, la formación del superyó y el ingreso al período de latencia, marcando un cierre del complejo de Edipo más claro que el de la niña.

Según la teoría freudiana, en el complejo de castración el padre aparece –para ambos sexos– como el poseedor del falo; en el caso del niño, el padre opera como autoridad que encarna la amenaza de castración, no obstante sea formulada por terceros o incluso aunque no sea formulada de manera explícita, puesto que se trata de una fantasía

originaria que aparece al momento del encuentro con la diferencia anatómica de los sexos.

Freud enfatiza que la amenaza de castración sella la prohibición del incesto, encarna la función de la ley y permite el acceso a la cultura. Así, el valor central del complejo de castración queda formulado como el señalamiento de la prohibición del incesto, ley enunciada en nombre del padre muerto y que releva el ámbito normativo del complejo de Edipo. Junto con su estatuto de objeto de ambivalencia que reúne el temor y amor, el lugar del padre está asociado a operar como agente de la castración. Vale la pena destacar que tanto Freud como Lacan y Winnicott convergerán en subrayar estas relaciones entre el complejo paterno, el complejo de castración y la prohibición del incesto.

Para Freud y para Lacan, asimismo, la castración es el prototipo de la pérdida de objeto, cuyas modalidades previas (nacimiento, destete, expulsión anal) serán resignificadas con posterioridad por la función del falo. Winnicott, en cambio, señalará que la angustia de castración aparece en las relaciones triádicas del contexto edípico, pero que hay angustias más tempranas y fundamentales, como las agonías primitivas que aparecen en los estados psicóticos y fronterizos.

Lacan se referirá de manera estructural a la operación de la *castración*, más que a la dinámica del *complejo de castración*, refiriéndola como una de las tres modalidades de la falta de objeto, además de la frustración y la privación. Para Lacan, la castración inscribe en el sujeto una forma fundamental de la falta de objeto, a saber, la falta simbólica de un objeto imaginario, que la distingue de la frustración (falta imaginaria de un objeto real) y de la privación (falta real de un objeto simbólico). Respecto a Freud, Lacan introduce una formalización: el objeto de la castración no es el pene, sino el falo. Se trata del falo imaginario que viene a completar al objeto materno y a construir la figura preedípica de la madre fálica, que Lacan distingue del falo real (órgano sexual) y del falo simbólico (función de castración). Así, como para Freud y Winnicott, la castración alude en la teoría lacaniana a una dimensión constituyente del psiquismo y de la subjetividad. Pero a diferencia de ambos, Lacan enfatiza con mayor fuerza que la castración es una operación estructural irreductible a la biología o

anatomía, operación cuya aceptación determina la constitución del sujeto y cuyo rechazo obliga a la psicopatología.

La castración, entonces, es correlativa con la prohibición, la ley y con la falta que está involucrada en el deseo, en la medida en que no hay deseo sin prohibición del incesto. Lacan relaciona el complejo de castración con la dialéctica entre ser y tener el falo, argumentando que ser el falo es una posición de alienación imaginaria, y que para tener el falo y poder usarlo, es necesario no serlo, adviniendo a una posición simbólica. Estos desarrollos muestran que el análisis lacaniano de la castración a la luz de los registros imaginario, simbólico y real supone una reformulación conceptual sobre los postulados freudianos, reformulación que excede la desplegada por Winnicott, quien se mantendrá mayoritariamente en el marco de los postulados freudianos, aunque –como veremos– con un mayor acento puesto en la incidencia del ambiente y en el complejo de castración como proceso involucrado en el desarrollo saludable.

Para Lacan, a diferencia de Freud y de Winnicott, la castración marcará el momento final del Edipo para ambos sexos, y no solo para el niño varón. Tanto para este último como para la niña, la castración está asociada a la metáfora paterna, es decir, a la sustitución del significante del deseo de la madre por el significante del Nombre-del-Padre, metáfora paterna que es otra manera en que Lacan se refiere a la prohibición del incesto.

Si para Freud y Winnicott el agente de la castración en el varón es el padre y en la niña la madre, para Lacan el agente de la castración para ambos sexos es el padre, particularmente el padre real, sexuado y deseado por la madre, aquel que tiene el falo real que permite sellar la castración simbólica y la salida del Edipo. Con estas referencias, queda claro que para Lacan la castración actúa en el tercer tiempo del Edipo, desplazando al niño de su identificación con el falo imaginario.

Lacan introducirá, asimismo, una distinción ausente en las obras de Freud y de Winnicott, a saber, la diferencia entre *castración materna* y *castración paterna*. La primera es afín a lo que Freud refiere como fijación en la ligazón-madre y Winnicott como engullimiento materno. Se trata del deseo de decoración de la madre hacia el hijo (o hija), que atraviesa el primer tiempo del Edipo o la etapa preedípica y narcisista. Frente a este deseo insaciable e insatisfecho de la madre, el niño

se ofrece como señuelo del falo imaginario que la completaría, en un movimiento ambivalente: por un lado, desea ser el falo de la madre; por otro, está expuesto a la angustia de ser devorado. Para Lacan, esta angustia ante la castración materna o angustia de devoración es el trasfondo de toda angustia, y se traduce en un llamado a la función de represión asociada a la castración paterna y su ley de prohibición del incesto, cuestión correlacionada con la segunda teoría freudiana de la angustia, en la cual es la angustia –en tanto señal– la que moviliza la represión.

Para Lacan, la castración materna es el fundamento de la figura de la madre fálica, cuyo deseo de devoración no mediado por la barrera paterna expone al sujeto a la patología. En cambio, la castración paterna no alude –como planteaba Freud– a la angustia de castración, sino al deseo de castración, en la medida en que el padre castrador introduce una mediación liberadora entre el niño y la madre. El padre, por tanto, pone en acto la sustitución de la castración materna e imaginaria por la castración paterna y simbólica.

La castración materna está del lado del incesto y la castración paterna del lado de su prohibición, encarnada en el significante del Nombre-del-Padre.

Si nos detenemos ahora en Winnicott, no podemos olvidar su mencionado foco preedípico, que nos permite comprender que su aporte original –a diferencia de Freud y Lacan– no gire tanto en torno al Edipo y la castración como alrededor de las fases más tempranas del desarrollo emocional. Esto queda de manifiesto cuando explicita que la angustia más radical del ser humano es la angustia de aniquilamiento, forma de agonía primitiva que aparece en los estados psicóticos y fronterizos, distinta de la angustia de castración, que es más tardía (edípica), más elaborada y está vinculada con la neurosis.

De todos modos, Winnicott planteará que, en el contexto del complejo de Edipo, la amenaza de castración paterna obra como una función saludable, aliviadora y liberadora del encierro en la fantasía edípica, cuya meta es el incesto y la muerte del padre. Tal como Freud y Lacan, Winnicott comprende el complejo de castración como la puesta en ejercicio de la ley de prohibición del incesto, ley que es una

expresión fundamental de la facilitación ambiental de los procesos de maduración emocional.

En la salud, encontramos la capacidad del niño para tolerar la angustia de castración e internalizar la amenaza de castración en la formación del superyó; en la neurosis, hallamos su incapacidad para tolerar la angustia de castración y la consecuente necesidad de armar una organización defensiva rígida y sofisticada. De acuerdo con Winnicott, la angustia de castración es el miedo saludable respecto a la destrucción de su potencial instintivo por parte del padre, como castigo frente a desear la muerte del aquel y aspirar a lograr una relación con la madre en la que participe el instinto y el sueño de un amor recíproco. En este contexto, Winnicott no hace referencia –como Lacan– a la lógica del falo, sino que alude al órgano sexual masculino en términos naturalistas, como potencial instintivo.

Winnicott –a diferencia de Lacan– sigue a Freud al postular que el agente de la castración en el varón es el padre y en la niña la madre, apoyando la tesis freudiana de que el complejo de castración en la mujer se desarrolla de modo masculino, con referencia al pene y en desconocimiento de la vagina. En sintonía con Freud y Lacan, Winnicott sostendrá que la prohibición del incesto es la función central del complejo de castración. Agregará que dicha sanción de la ley es también un reconocimiento de la madurez del niño y una salida liberadora respecto de la posibilidad de ser engullido en la relación dual, argumento muy afín a los postulados lacanianos. También como Freud y Lacan, Winnicott no olvidará que el padre castrador se ofrece como objeto de ambivalencia (como ideal a la vez que como rival, temido y odiado a la vez que amado), pero destacará por sobre dicha dimensión la necesidad emocional infantil de prohibición del incesto. Los tres autores coincidirán en asociar la castración a la represión primordial, mecanismo fundamental a partir de cuya eficacia se vuelve posible el desasimiento de la fijación edípica, el desplazamiento del lazo libidinal hacia objetos sustitutos, la sublimación, la identificación y la ulterior consolidación del superyó, que para Winnicott (como para Freud y Lacan) no es otra cosa que la introyección del padre prohibidor.

2.2.2. *Ideal del yo y superyó en Freud, Lacan y Winnicott*

En este subcapítulo, mostraremos cómo Freud, Lacan y Winnicott coinciden en subrayar las relaciones del ideal del yo y del superyó con el complejo paterno, particularmente con la dimensión funcional de la prohibición del incesto.

Freud se refiere al ideal del yo como aquella función intrapsíquica asociada a la idealización narcisista del yo, modelo configurado por la identificación con ideales parentales, familiares y sociales. En relación estrecha con el narcisismo, es concebido como sustituto y prolongación del narcisismo infantil resignado. Se trata del ideal amado: su aproximación determina un sentimiento de grandeza y su alejamiento un sentimiento de inferioridad; si el superyó genera miedo, el ideal del yo supone admiración. Pese a que Freud termina por homologar el ideal del yo al superyó, podemos hacer una distinción sutil pero significativa entre ambas funciones o instancias, según la cual el ideal del yo opera como modelo, vara o medida a partir de la cual el superyó observa, mide y censura al yo.

Para Freud, el yo tiene una relación con el ideal del yo basada en la fascinación amorosa, la idealización, la dependencia y la sumisión. Esto aparece con claridad en la proyección del ideal del yo en la figura del líder, que a su vez responde a una transferencia paterna. En el narcisismo primario, el yo es su propio ideal, mientras que el ideal del yo define la brecha entre el estado actual del yo y el estado deseado o anhelado, brecha que está en la base de la función de la represión o censura.

Al momento de volverlos equivalentes, Freud (1923) alude al ideal del yo o superyó como heredero del complejo de Edipo, en la medida en que está formado a partir de identificaciones con los objetos parentales, particularmente con la figura paterna.

Freud destacará que el ideal del yo ocupa en el aparato psíquico el lugar del padre amado y temido, a partir de la introyección del padre como modelo identificatorio, proceso que constituye en el niño varón la piedra angular de la resolución del complejo de Edipo. Subrayemos, entonces, que para Freud el complejo paterno está entramado con la

función del ideal del yo, en cuanto Freud equipara el lugar del ideal del yo con el lugar del padre, asociación que será profundizada por Lacan.

Por su parte, y en continuidad con los postulados freudianos, Lacan se refiere al ideal del yo como aquella instancia asociada a la sublimación que se forma con la declinación del Edipo y la identificación con el padre. Para el psicoanalista francés, tanto el ideal del yo como el superyó son correlativos a la identificación con el padre, si bien el superyó está del lado de la represión y el ideal del yo del lado de la sublimación.

Para Lacan, el ideal del yo —opuesto, como veremos, al yo ideal— alude a la introyección simbólica del significante primordial del Nombre-del-Padre, fundamento de la ley y la cultura. Su origen radica en la identificación con el padre real, portador del falo en el tercer tiempo del Edipo. Agreguemos que el ideal del yo en la teoría lacaniana está asociado con la noción de sujeto, que se opone al yo imaginario. La serie *padre/simbólico/sujeto/ideal del yo* se opone a la serie *madre/imaginario/yo/yo ideal*.

En consonancia con Freud y Lacan, para Winnicott, el ideal del yo alude a la instancia interna resultante de la identificación con el padre, según lo cual la formación del ideal del yo es planteada en la teoría winnicottiana como uno de los principales roles del padre en la crianza. El ideal del yo es para Winnicott una potencialidad constructiva, cuya consolidación en la realidad psíquica interna implica la capacidad de hacer uso del padre como persona estricta y como referente de la conciencia moral.

Ni Freud ni Winnicott distinguirán teóricamente los conceptos de ideal del yo y yo ideal. A lo sumo, en Freud encontramos que ambas nociones están vinculadas con la dimensión de la temporalidad, y específicamente con una prolongación hacia el futuro, y se oponen a lo que Freud refiere como el estado presente del «yo actual». Así, si el complejo paterno está anudado al ideal del yo, entonces involucra no solo una discontinuidad en el horizonte vincular, sino también la inscripción de una meta o ideal futuro por alcanzar.

Lacan, por el contrario, opondrá radicalmente el yo ideal al ideal del yo: el primero responde a una proyección especular e imaginaria, promesa ilusoria y alienante de síntesis yoica, basada en la omnipotencia de la relación dual preedípica. A diferencia del ideal del yo,

concebido como función simbólica y sublimatoria, el yo ideal refiere al ideal infantil de omnipotencia narcisista, asociado a la relación dual con la madre. El yo ideal es al deseo de la madre como el ideal del yo es al Nombre-del-Padre. Así, la constitución subjetiva para Lacan supone el pasaje del yo ideal al ideal del yo.

Cuando Freud se refiere por primera vez al superyó, ya ha insinuado parcialmente su función en una serie de conceptos previos, como los de censura, represión, barrera del incesto e ideal del yo. Se trata, más precisamente, de una prolongación y complejización de este último. Entidad superior del psiquismo, Freud postula el superyó como instancia crítica incluida en la segunda tópica del aparato psíquico, junto con el yo y el ello⁴⁰. Se trata de una parte del yo que se opone al resto del yo y lo juzga en forma crítica, actuando como su juez o censor. Desde el punto de vista dinámico, el superyó es aquella parte del conflicto asociada a la represión y la censura, y que se opone a la fuerza del deseo. Fuente del sentimiento de culpa, castiga los deseos edípicos del incesto y el parricidio; es en parte inconsciente (como lo revelan los autorreproches) y parte consciente (como la conciencia moral). Para Freud, el superyó es el heredero del complejo de Edipo, el sedimento en el yo de las identificaciones parentales resultantes de su resolución; surge como consecuencia de su declinación, es decir, como efecto de la instauración de la prohibición del incesto y la renuncia pulsional. Es el resultante de la interiorización de la prohibición y de la transformación del amor objetal en identificación. Las tres funciones del superyó, a saber, autoobservación, conciencia moral y conformación del ideal del yo, resultan del proceso identificatorio, donde las dos primeras remiten al padre temido y resultan en la formación del sentimiento de culpa y la última remite al padre amado y es fuente del sentimiento de inferioridad. Subrayemos, de todos modos, que la introyección más relevante en la conformación del superyó no es del objeto, sino de la función de prohibición.

Agreguemos que para Freud, en el niño varón la instalación del superyó es sólida, como consecuencia del efecto limitador de la ame-

⁴⁰ Pese a que en nuestro marco teórico este concepto fue tratado –por el privilegio de un criterio cronológico– en el capítulo vinculado con los últimos desarrollos teóricos freudianos, lo incluiremos en este punto de nuestra discusión dada su explícita continuidad temática con la función del ideal yo.

naza de castración sobre el complejo de Edipo; en la niña, en cambio, su consolidación se ve debilitada como consecuencia de la superación tardía e incompleta del complejo de Edipo⁴¹.

Freud no describirá un superyó temprano, arcaico o materno, sino que lo inscribe exclusivamente en el contexto triádico del complejo de Edipo, asociado estrechamente al complejo paterno y su introyección. Para Freud, el superyó incluye dos aspectos: prohibición e ideal. Si separáramos el ideal del yo del superyó propiamente tal en Freud, podríamos sostener que el primero está del lado del ideal y el segundo del lado de la prohibición. Otra distinción posible es sostener que en el ideal del yo se trata de la identificación con el objeto paterno («así como el padre *debes* ser»), mientras que en el superyó se trata de la identificación con su función de prohibición («así como el padre *no debes* ser»). Según esto, el superyó responde a la introyección de la función paterna, mientras que el ideal del yo responde a la incorporación del padre como objeto, distinción que nos demuestra la relevancia conceptual de distinguir entre función y objeto al interior del complejo paterno.

En la teoría lacaniana, tal como en la freudiana, el superyó mantiene una estrecha relación con la prohibición del incesto, dimensión funcional del complejo paterno. En efecto, Lacan alude al superyó como instancia que se forma con la declinación del Edipo y la identificación con la función simbólica del padre, y que encarna la función normativa de la prohibición, asociado a la castración paterna y al Nombre-del-Padre. El superyó es para Lacan la instancia represora del deseo sexual dirigido a la madre; opera como ley estructurante, pero también está expuesto a funcionar de manera extremadamente severa e insensata, en la medida en que se complica con componentes imaginarios. De todos modos, para Lacan el superyó –al igual que para Freud– se trata de la instancia represora, si bien la función de sublimación queda asignada al ideal del yo. Ambas instancias –superyó e ideal del yo– coinciden en marcar la culminación del Edipo y el ingreso al orden simbólico. Así, el superyó queda asociado a la cultura, al orden simbólico y a la ley.

⁴¹ Reseñar y discutir la amplia crítica a la carga ideológica de estos postulados excede los alcances de nuestra investigación.

Ahora bien, este superyó paterno debe distinguirse del superyó materno, que para Lacan es la instancia imaginaria que hace de agente de la castración materna y fuente de angustia de devoración. A diferencia de Freud (para quien no existe superyó preedípico) y de Winnicott (para quien el superyó preedípico opera por identificación con el padre primordial y señala la entrada pacificadora a la posición depresiva descrita por Klein), el superyó materno postulado por Lacan es preedípico, opresivo y devastador.

Winnicott, por su parte, también se referirá a un superyó preedípico o arcaico, pero lo vinculará con la identificación primaria hipotetizada por Freud. En efecto, se trata de la introyección del padre primordial, usado para controlar los impulsos primitivos y el acceso a la posición depresiva, en el sentido de la capacidad de sentir culpa por la vía de integrar amor y odio en un mismo objeto.

Respecto al superyó edípico, Winnicott aportará la distinción –ausente en las obras de Freud y de Lacan– entre un superyó personal y un superyó impersonal. El primero, sano y maduro, es la conciencia moral que se forma por la identificación con la función del padre, y responde a la introyección de la prohibición paterna que facilita la espontaneidad personal e implica la construcción de las propias ideas acerca del control y sus licencias; como apropiación creativa de la función paterna de prohibición –y no como mero acatamiento pasivo– permite el manejo y el empleo creativo y personal de los instintos. Como también lo señalan Freud y Lacan, este superyó es el heredero del complejo de Edipo, la introyección tanto de la imago del padre admirado, respetado y temido (ideal del yo que Winnicott no explicita) como de su función reguladora de los instintos (superyó).

Esta figura paterna introyectada es altamente subjetiva y está coloreada según las experiencias del niño con figuras paternas que no se reducen al padre real y que igual incorporan las pautas culturales de la familia. El superyó personal alude, asimismo, a las fuerzas de control de los impulsos instintivos que adquiere gradualmente el niño por medio de la progresiva introyección del padre respetado y temido; proceso gradual que se distingue del corte más radical postulado por Lacan y se asemeja a la paulatina inhibición sexual postulada por Freud para la barrera del incesto. Los efectos de la consolidación del superyó personal consisten en un proceso de maduración marcado por

el hecho de que la angustia de castración se convierte en la capacidad de sentir culpa, sentimiento que expresa el acuerdo sano entre el yo y el superyó. Tal como para Freud, y a diferencia de Lacan, Winnicott señalará que existen diferencias entre el superyó del niño y la niña (las mismas que Freud afirmara). Por oposición, Winnicott aludirá al *superyó impersonal* como el resultado de la internalización patológica de un padre dominante que obstruye la realización de la espontaneidad, definición que lo acerca al superyó severo postulado por Freud y a la ferocidad del superyó materno descrito por Lacan, si bien se distingue de este último por conservar la referencia al padre.

2. 3. *Represión, identificación y sublimación*

En este subcapítulo analizaremos y discutiremos las convergencias y divergencias de las nociones de Freud, Lacan y Winnicott acerca de los conceptos de represión, identificación y sublimación, así como sus estrechas vinculaciones con el complejo paterno y la función de prohibición del incesto.

2.3.1. *Complejo paterno y represión en Freud, Lacan y Winnicott*

Si nos detenemos a analizar las relaciones entre el complejo paterno y la represión en las obras de Freud, Lacan y Winnicott, encontraremos que los tres autores convergen en correlacionar la represión primaria o primordial con la función paterna de prohibición del incesto, función que marca la declinación del complejo de Edipo.

Para comprender el alcance de la afirmación precedente, partamos por recordar que Freud distingue tres tiempos al interior del proceso represivo: *represión primaria u originaria*, *represión secundaria o propiamente tal* y *retorno de lo reprimido*.

En cuanto a la represión primaria, nos orientará distinguir con Brudny (2006) tres acepciones distintas para el mismo concepto en la obra de Freud: en primer lugar, una acepción *funcional*, asociada a la función psíquica de la ligadura y significación de la cantidad de estímulo que ingresa al aparato mental, ligadura que marca el comienzo del régimen

del principio del placer y del proceso primario, y que también es referida por Freud al conceptualizar el establecimiento de la ligadura necesaria para elaborar las situaciones traumáticas; en segundo lugar, una acepción *estructural*, referida al acto psíquico de inhibir los procesos primarios transformándolos en secundarios, lo cual permite el pasaje de la realización alucinatoria de deseos a la satisfacción de necesidades mediante la acción específica; y en tercer lugar, una acepción *orgánica*, asociada a la inhibición de las satisfacciones pregenitales, represión que tiene directa relación con la barrera del incesto y la disolución del complejo de Edipo⁴². Será esta última acepción la que, a partir de los propios postulados freudianos, vincularemos con la dimensión funcional del complejo paterno.

Freud alude a la represión primaria orgánica en términos de la progresiva sofocación de mociones sexuales que promueve la declinación del complejo de Edipo y el ingreso al período de latencia. Se trata de la edificación de inhibiciones sexuales o diques psíquicos, como el asco, la vergüenza y la moral, proceso que Freud refiere como fundamentalmente orgánico o biológico, a diferencia de Lacan, para quien se tratará de un efecto cultural, y en consonancia con Winnicott, para quien se tratará de un proceso natural del desarrollo.

Ahora bien, Freud también señala que esta represión primaria está movilizada por la angustia de castración paterna, y la asocia con la barrera del incesto, cuyo efecto es la inhibición sexual de la meta más inmediata de la pulsión sexual, a saber, escoger como objetos sexuales a parientes consanguíneos, abriendo las puertas de la exogamia y la cultura. Asimismo, en la medida en que Freud vincula la represión primaria del complejo de Edipo con la acción prohibitiva del superyó («*así como el padre no debes ser*»), queda de manifiesto que no se trata solo de un proceso biológico, sino de una operación anudada al complejo paterno y la función de prohibición. Desde un ángulo afín, Freud asocia la represión primaria con la renuncia pulsional que está en la base de la vida cultural y del malestar en la cultura, renuncia que no es otra que la del incesto, precio a pagar por acceder al horizonte cultural. Aquí, Freud subraya con la represión primaria la diferencia

⁴² La represión primaria, entonces, está vinculada con la declinación o sepultamiento del complejo de Edipo, mientras que la represión secundaria está asociada a su mera sofocación, susceptible del retorno de lo reprimido en forma de neurosis.

qualitativa entre la cultura y el orden natural del incesto y la destructividad, aspecto que –como hemos insistido anteriormente– lo acerca a Lacan y lo separa de Winnicott.

La interrelación entre complejo paterno, prohibición del incesto y represión primaria será desarrollada por Lacan, quien se refiere a esta última equiparándola al significante primordial del Nombre-del-Padre, a la función fundamental de la castración simbólica que marca la disolución del Edipo y a la metáfora paterna, todas figuras de la prohibición del incesto. Esto implica que el padre es considerado por Lacan el agente de la represión primaria, en cuyo nombre se hace efectiva la renuncia pulsional.

Por su parte, Winnicott señalará que el concepto de represión primaria se trata de una expresión freudiana abierta a la discusión: por una parte, y en la acepción que Brudny llama funcional, es asociable a la represión de los acontecimientos de las primeras etapas del desarrollo vinculadas con el yo auxiliar materno y la ilusión de omnipotencia infantil, acontecimientos que pese a no ser susceptibles de recuerdo, no están perdidos; por otra parte, y en la acepción que el propio Freud denomina orgánica, es asociable a la más tardía represión de la satisfacción directa de los impulsos instintivos vinculados con el complejo de Edipo. Desde Winnicott, esta última se correlaciona con la función de prohibición paterna, el desasimiento de la fijación edípica y el desplazamiento del lazo libidinal hacia objetos sustitutos.

Si los tres autores coinciden en poner en relación la represión primaria con la función de prohibición del incesto y la dimensión funcional del complejo paterno, también convergerán en vincular la represión secundaria con la psicopatología, particularmente con el ámbito de la neurosis. Si bien la psicopatología no es objeto de nuestro estudio, analizaremos algunos de los alcances conceptuales de la represión secundaria, con el fin de clarificar –por efecto de contraste– la particularidad de la represión primaria en sus nexos con el complejo paterno.

Desde muy temprano en su obra, Freud se refirió a la doctrina de la represión como piedra angular sobre la que descansa el edificio del psicoanálisis, apuntando a que el concepto freudiano de inconsciente no es otro que el de inconsciente reprimido. En su definición más amplia, la represión es estructural al aparato psíquico y equivalente a la

noción de defensa, en tanto polo del conflicto psíquico que se opone dinámicamente a la fuerza del deseo.

Ahora bien, si consideramos específicamente la represión secundaria, nos encontramos con un mecanismo de defensa o destino de la pulsión particular, que consiste en un esfuerzo de desalojo y suplantación de las representaciones inconciliables con la conciencia, y que aparece recurrentemente en la psicopatología de las neurosis. Este proceso es llevado a cabo por el yo, bajo influjo del superyó, que censura al yo actual según las exigencias del yo ideal.

En continuidad con Freud, aunque desde un punto de vista estructural, Lacan se referirá a la represión secundaria calificándola como la operación específica de la neurosis, así como la forclusión es específica de la psicosis y la renegación particular de la perversión.

En el caso de Winnicott, no discrepará de Freud ni de Lacan, señalando frecuentemente que la represión secundaria es la responsable de la organización defensiva rígida que caracteriza a la neurosis, en contraste con el estado de salud, definido entre otros elementos por la presencia de flexibilidad en los procesos defensivos. Para Winnicott, el objeto de la represión secundaria está particularmente ceñido al conflicto de ambivalencia propio del complejo paterno, en la medida en que el padre se agrega como tercero a la previa relación dual con la madre.

Freud separa un tercer momento de la represión bajo la figura del retorno de lo reprimido, que designa la reaparición desfigurada –por formación de compromiso– de los contenidos reprimidos, que da lugar a la formación de síntoma. Lacan no separará tan claramente como Freud la represión secundaria del retorno de lo reprimido, aunque sí enfatiza en considerar el retorno de lo reprimido como un mensaje metafórico, cualidad específica del síntoma neurótico. Winnicott, por su parte, está de acuerdo con los planteamientos freudianos en este punto, por lo cual no es un problema teórico que profundice en detalle.

2.3.2. *Complejo paterno e identificación en Freud, Lacan y Winnicott*

Para analizar las relaciones entre el complejo paterno y el proceso de identificación en las obras de Freud, Winnicott y Lacan será necesario partir por reconsiderar que, en sus primeras formulaciones en la obra freudiana, se trata de un proceso intrapsíquico que está en la base de la constitución del psiquismo y que consiste en la asimilación de una parte o de la totalidad de un objeto que hace de modelo.

Freud refiere que la identificación con el objeto puede ser total, pero también parcial y basada en un rasgo único, situación esta última que es desarrollada por Lacan a propósito de su noción del rasgo unario. Asimismo, distingue tres tipos de identificación: primaria, secundaria e histórica. La identificación primaria define la forma originaria del lazo afectivo con el objeto, anterior a una relación objetal: se trata de la identificación directa e inmediata con el padre de la prehistoria personal que es tomado como modelo, y es un tipo de identificación preedípica, canibalística y ambivalente. La identificación secundaria supone el sustituto regresivo de elección de objeto abandonada y es posterior a una relación objetal. La identificación histórica opera por un elemento común entre el yo y el objeto, como puede ser el deseo de ser amado, pudiendo prescindir de la investidura libidinal del otro⁴³.

Por su parte, Lacan realiza una distinción entre una identificación imaginaria y una identificación simbólica. La primera alude al proceso de formación del yo en el estadio del espejo, por la vía de la apropiación alienante e ilusoria de la imagen especular; se trata de una identificación primaria y alienante con una imagen que está fuera del sujeto y que señala el acceso del individuo al orden imaginario del narcisismo, la agresividad y la relación dual.

Winnicott retomará la noción de identificación imaginaria de Lacan, pero la reformulará ya no como referente de la alienación patológica, sino situando como precursor el saludable papel de espejo que cumple el rostro de la madre en el desarrollo del niño, quien le devuelve al bebé su persona, construyendo así el sentimiento de ser real

⁴³ Reconsideremos, en este contexto, la crítica de Loewald (1951) a Freud por subestimar el valor de la identificación preedípica positiva con el padre, identificación que contrarrestaría la fuerza del engolfamiento simbiótico con la madre.

y estar vivo. En el mismo sentido, Winnicott –si bien en un principio también lo plantea– termina por cuestionar el concepto de una identificación primaria con la madre⁴⁴, señalando que la noción de identificación presupone un estado de diferenciación sujeto-objeto. Propone, en cambio, la idea de una *identidad primaria*, comprendida como el estado de continuidad y no diferenciación que caracteriza la etapa del objeto subjetivo, asociado al elemento femenino de la personalidad y a la creatividad primaria, base de la experiencia de ser previa al hacer asociado con el elemento masculino y los instintos. En términos más descriptivos, se trata de la primera fase de sostén, donde por la vía de los procesos naturales de maduración y de los cuidados maternos confiables, el bebé pasa gradualmente de estados no integrados a un primer estado de integración. Aquí la función paterna es la de sostener la díada, aliviando a la madre de las tareas relacionadas con la realidad material externa para que pueda dedicarse exclusivamente a la función de sostener al bebé.

En una etapa posterior a la identidad primaria, cuando ya hay diferenciación sujeto-objeto, Winnicott plantea que la relación de objeto se desenvuelve por medio de un interjuego constante de proyecciones e introyecciones, que denomina *identificaciones cruzadas*. Este concepto alude al modo de relación interpersonal en el espacio transicional; no se trata de impulsos instintivos, sino de relaciones y necesidades afectivas. Una vez que existe relación de objeto, se puede hablar de interrelación e intercomunicación por identificaciones cruzadas (aparte del impulso instintivo): supone la capacidad para utilizar los mecanismos mentales de proyección e introyección, para el interjuego entre identificación introyectiva y proyectiva. Las identificaciones cruzadas son la base del intercambio entre la realidad psíquica interior y la realidad externa y compartida, e implican el hecho de habitar una zona intermedia de la experiencia, asociada al juego y a la cultura. Para Winnicott, el conjunto de identificaciones sedimentadas en la personalidad conforman un falso self saludable, distinto del falso self patológico vinculado al acatamiento.

⁴⁴ Recordemos que en Freud la identificación primaria es con el padre, y que en Lacan tampoco hay identificación primaria con la madre, sino identificación con el falo imaginario.

Podemos analizar las relaciones entre el concepto de identificación y el complejo paterno en la teoría freudiana separando la identificación primaria de la secundaria. En cuanto a la primera, recordemos que Freud la plantea precisamente como la identificación primaria con el padre, según un modelo de incorporación oral teñido de ambivalencia, y que tiene como prototipo filogenético el asesinato del padre que –según la hipótesis freudiana– dio origen a la cultura. Es interesante que esta identificación primaria, anterior a toda relación de objeto, sea concebida por Freud en relación con el padre de la prehistoria personal y no con la madre, asunto que –como hemos visto y también retomaremos desde otro ángulo– es discutida por Lacan.

En cuanto a la vinculación entre complejo paterno e identificación secundaria, Freud señala que el niño forma su yo tomando al padre como modelo, padre que igualmente opera como objeto sexual de la madre, instalando así la barrera del incesto. Esta identificación con el padre supone posicionarlo a la vez como referente para la construcción del ideal del yo, en la medida en que el objeto paterno aparece como lo que el niño querría ser (distinto de lo que querría tener, fórmula que designa la elección de objeto). Así, la identificación con el padre es el resultado de la resolución del complejo de Edipo y del conflicto de ambivalencia que caracteriza al complejo paterno. Este proceso, que Freud también designa como *identificación-padre*, conforma la base del superyó.

En el caso de la niña, el padre aparece como objeto de identificación en la vertiente negativa del complejo de Edipo y como objeto de amor en su vertiente positiva, asunto respecto al cual Lacan difiere, al plantear que para ambos sexos es el padre simbólico el destino identificatorio. Para Freud, como para Winnicott, tanto en la niña como en el niño varón, el sepultamiento del complejo de Edipo supone el reemplazo de las investiduras parentales por identificaciones.

Lacan vincula directamente el complejo paterno con la identificación simbólica, que confronta la identificación imaginaria asociada a la relación dual con la madre e introduce tanto al niño como a la niña al orden simbólico del lenguaje y la cultura. Asimismo, reformula sus planteamientos iniciales sosteniendo que la identificación imaginaria no es con la imagen especular, sino con el falo imaginario de la madre,

mientras que la identificación simbólica es con el falo simbólico del padre.

En este sentido, Lacan distinguirá tres modalidades de identificación con el padre, ya desarrolladas previamente en nuestro análisis: a) con el padre simbólico en el primer tiempo del Edipo; b) con el padre imaginario en el segundo tiempo del Edipo; y c) con el padre real en el tercer tiempo del Edipo, modalidad que coincide con la identificación simbólica que da origen al ideal del yo.

En cuanto al concepto de identificación primaria descrita por Freud, en primera instancia, Lacan lo reformula como identificación con el rasgo unario, es decir, como introyección del significante primordial del orden simbólico que se incorpora para producir el ideal del yo. Más adelante reconsideraremos cómo, a partir de la introducción de la función del nombre propio y el giro hacia lo real, Lacan cuestionará el concepto de identificación primaria con el padre en Freud, considerándolo una premisa religiosa que reproduce la lógica del amor irrestricto al padre.

Winnicott retomará el concepto freudiano de identificación primaria con el padre, planteándolo como la introyección del padre primordial usada para el control de los impulsos primitivos y que da lugar al superyó arcaico. Asimismo, desarrolla la noción freudiana de una identificación secundaria con el padre, también en términos de identificación edípica, acentuando que se trata de la introyección de la función paterna de prohibición que da lugar al superyó –como igualmente lo plantea Lacan– y que facilita la espontaneidad personal. Correlativamente a su descripción del superyó, Winnicott sugiere una distinción entre una identificación personal, asociada a la apropiación de la imagen paterna por sus cualidades positivas y por la vitalidad de su personalidad, así como a un padre suficientemente bueno y disponible para el niño, y una identificación impersonal, que tiene como objeto identificatorio a un padre dominante que obstruye el desarrollo emocional al imponer su personalidad, identificación que cristaliza en la formación de un *superyó impersonal y patológico*, que inhibe el gesto espontáneo.

2.3.3. *Complejo paterno y sublimación en Freud, Lacan y Winnicott*

Freud, Lacan y Winnicott convergen en plantear que la sublimación –en tanto derivación de la sexualidad hacia una meta y un objeto socialmente valorados– tiene como precondition la operación de la represión primaria asociada a la prohibición del incesto, puesto que solo es posible redireccionar aquellas mociones sexuales que ya se han enfrentado a la barrera del incesto. De esta manera, los tres anudan el proceso de la sublimación a la dimensión funcional del complejo paterno.

Analicemos con mayor detalle las convergencias y divergencias entre los tres autores a propósito de las vinculaciones entre el complejo paterno y la sublimación. Para este propósito, partamos por considerar que Freud introduce el concepto de sublimación para referirlo a la derivación de las pulsiones sexuales parciales (y también de las pulsiones agresivas) hacia una meta y un objeto socialmente valorados y distintos de la descarga directa asociada al principio de placer. La sublimación, por tanto, supone la puesta en marcha de los procesos secundarios de pensamiento, para canalizar los montos pulsionales hacia actividades aparentemente no sexuales ni agresivas, como el arte, la ciencia y la cultura en un sentido amplio.

Si para Freud la sublimación responde a un destino pulsional, para Lacan será la función primordial del ideal del yo, función correlativa al principio de realidad –como en Freud– y al acceso al orden simbólico. Solo hacia el final de su obra, Lacan se inspirará en la idea freudiana de sublimación para introducir la noción de *sinthome*, asociado al saber hacer con el goce pulsional y lo real del síntoma.

Freud considera que la sublimación también participa de la transformación de las pulsiones sexuales en juego infantil, de las cuales aquel toma prestada su energía. Winnicott diverge de Freud al respecto, señalando que la sublimación puede ser el mecanismo en la base de la excitación sexual compulsiva del juego infantil patológico, pero que no explica el juego infantil feliz y saludable, que se da en una tercera zona, la del espacio potencial, y no como canalización de los impulsos de la realidad psíquica interna. Critica a Freud por no haber reservado, en su topografía de la mente, un lugar para la experiencia cultural,

junto con el lugar para la realidad psíquica interna, reduciendo no solo al juego, sino asimismo a la cultura a una mera sublimación de los impulsos del ello, pero sin referir una tópica de la experiencia cultural. Para Winnicott, dicho lugar es referido como espacio potencial, zona intermedia de la experiencia, área tercera que Winnicott sin embargo no asocia a la función paterna, como es recurrente observar en Lacan al momento de aludir a la cultura y a la terceridad en general.

Si retomamos las vinculaciones entre sublimación y complejo paterno, diremos que la sublimación, en tanto destino de pulsión, es una alternativa saludable a la represión secundaria, y supone como precondition la operación de la represión primaria, vinculada –como hemos visto– con la barrera del incesto y la función paterna. Esto queda de manifiesto al considerar que las mociones edípicas también son objeto de sublimación, una vez sepultado el complejo de Edipo. En otras palabras, el complejo de Edipo sucumbe a la función paterna de la prohibición del incesto, tras lo cual la sublimación participa en el saludable redireccionamiento de la energía libidinal, cuyo prototipo lo constituyen los intereses intelectuales, deportivos, artísticos y sociales propios del período de latencia.

Estos planteamientos de base freudiana serán concordantes con los de Lacan, quien señala que la sublimación supone la intervención de un plano cultural y socializante sobre la sexualidad, plano que permite recortar y canalizar el goce sexual preedípico. Según esto, entendemos que el agente de la sublimación es el padre simbólico, cuya función es objeto de identificación en la declinación del Edipo. Así, para Lacan la sublimación es inseparable de la función de corte y el acceso al orden simbólico vinculados con el complejo paterno.

Winnicott agregará que la sublimación no solo afecta a los impulsos, sino igualmente a aspectos del self⁴⁵, y coincidirá con Lacan y Freud al sugerir que la reorientación de los impulsos del ello adviene con posterioridad a la acción de la prohibición del incesto, con lo cual también expresa el anudamiento entre sublimación y complejo paterno.

⁴⁵ Planteará como ejemplo que el oficio de actuación puede resultar de la sublimación del falso self.

3. EL GIRO TEÓRICO: MÁS ALLÁ DE LA FUNCIÓN PATERNA

En el apartado anterior analizamos extensamente cómo Freud, Lacan y Winnicott convergen en plantear el complejo paterno en términos funcionales, asociándolo a la función de prohibición del incesto, planteamiento que se expresa en sus desarrollos teóricos en torno a la red conceptual que comprende las nociones de complejo de Edipo, complejo de castración, ideal del yo, superyó, represión, identificación y sublimación.

Nuestro objetivo en este capítulo es demostrar que, en sus últimos desarrollos teóricos, Freud, Lacan y Winnicott convergen ahora en señalar un descentramiento y una pluralización del complejo paterno, más allá de la dimensión funcional de la prohibición del incesto. De manera más específica, analizaremos cómo Freud y Lacan coinciden en plantear una deconstrucción radical del complejo paterno que llega al punto de denunciar su carácter ilusorio, mientras que Winnicott –sin llegar a articular explícitamente una deconstrucción del complejo paterno– desarrolla funciones paternas alternativas a la prohibición del incesto, consistentes con los efectos de pluralización y descentramiento operados por Freud y Lacan. Nuestro análisis tendrá como eje principal –aunque no exclusivo– el concepto de *desvalimiento originario* en Freud, la noción de *nombres del padre* en Lacan y el problema teórico del *espacio transicional* en Winnicott. Pero antes, será necesario reconsiderar la dimensión funcional del complejo paterno, esta vez en sus conexiones con el principio de realidad.

3. 1. *Complejo paterno y principio de realidad*

Aportaremos el presente esquema para facilitar el seguimiento de nuestro análisis:

	PRINCIPIO DE PLACER	PRINCIPIO DE REALIDAD
1ª TEORÍA FREUDIANA	Cumplimiento de deseo (Incesto)	Complejo paterno (Prohibición)
1ª TEORÍA LACANIANA	Cumplimiento de deseo (Incesto)	Complejo paterno (Simbólico)
2ª TEORÍA FREUDIANA	Complejo paterno (Ilusión)	Desvalimiento (Desamparo paterno)
2ª TEORÍA LACANIANA	Complejo paterno (Nombre-del-padre)	Real (Nombres del padre)

Recordemos que el principio de realidad es concebido por Freud como uno de los dos principios del acaecer psíquico o funcionamiento mental, cuyo fin es regular y postergar según los requerimientos de la realidad externa la descarga y la satisfacción directa buscada por el principio de placer. Para las pulsiones sexuales, el acceso al principio de realidad –más tardío que el de las pulsiones yoicas– es correlativo con la prohibición del incesto y la declinación del complejo de Edipo. En otras palabras, y en la medida en que el complejo paterno está anudado a la prohibición del incesto, en Freud es posible describir como términos interconectados el principio de realidad, la función de prohibición del incesto y el complejo paterno⁴⁶. Esta congruencia conceptual será prolongada por Lacan, quien –como ya observamos– parte por cuestionar toda noción de realidad que implique su reducción a una entidad objetiva susceptible de percepción directa, insistiendo en que la realidad humana es un hecho de lenguaje, es decir, una realidad cultural y simbólica. No obstante esto, el individuo participará de la realidad natural mientras esté gobernado por el ámbito del instinto materno, relación dual que Lacan análoga al principio de placer y al narcisismo especular. Corresponde al complejo paterno realizar el corte del principio de placer al principio de realidad, de la relación dual con la madre al orden simbólico.

⁴⁶ Recordemos que Loewald (1951) también señalaba que la función del padre en la obra freudiana es inseparable del principio de realidad.

No es difícil advertir, siguiendo el análisis precedente, que tanto Freud como Lacan conciben el principio de placer en relación al deseo incestuoso y el principio de realidad en relación a la prohibición del incesto y a la dimensión funcional del complejo paterno. En síntesis, en lo que podemos denominar sus primeras teorías del complejo paterno (previas al giro posterior que ahora describimos), Freud y Lacan correlacionan complejo paterno y principio de realidad.

En el caso de Winnicott, recordemos que el paso al principio de realidad es un logro del desarrollo asociado con la capacidad para el uso de objeto, capacidad que depende de la existencia de un ambiente facilitador, particularmente de la sobrevivencia del objeto al ataque destructivo del sujeto, de tal modo que dicho objeto pasa de objeto subjetivo (al interior de la zona de control omnipotente) a objeto objetivo (fuera de la zona de control omnipotente). Como ya hemos visto, una de las principales funciones del complejo paterno para Winnicott es operar precisamente como ambiente indestructible que sobrevive a la agresión, por lo cual también encontramos una asociación estrecha entre la función de sobrevivencia del padre y el acceso al principio de realidad, asociación que se vuelve especialmente relevante en el contexto del complejo de Edipo y la fantasía de asesinato del padre: el padre que prohíbe el incesto es igualmente el padre que sobrevive a la fantasía parricida.

Como hallazgo, descubrimos que Freud, Lacan y Winnicott coinciden en plantear una correlación entre complejo paterno y principio de realidad, correlación desarrollada particularmente respecto a la dimensión funcional del complejo paterno. Este anudamiento entre complejo paterno y principio de realidad cambiará de modo notable con el giro teórico de los últimos desarrollos metapsicológicos de los tres autores, donde nos encontraremos con la sorpresa de que el complejo paterno pasará a estar ahora del lado del principio de placer.

Para dar cuenta de este giro, analizaremos a continuación las relaciones del complejo paterno con las nociones de desamparo y dependencia.

3. 2. *Padre, desamparo y dependencia*

Señalemos que en la obra de Freud, el concepto de estado de desamparo admite dos acepciones distintas, que denominaremos respectivamente como desamparo materno y desamparo paterno. El primero, tiene por objeto a la madre y está concebido desde un punto de vista evolutivo o del desarrollo: se trata del estado de dependencia absoluta que presenta el bebé para efectos de la satisfacción de sus necesidades vitales, dada su inmadurez e incapacidad para realizar la acción específica requerida para ello. Esta dependencia absoluta está determinada por el carácter biológicamente prematuro e incompleto de la criatura humana y está relacionada con el funcionamiento psíquico a nivel de proceso primario y la función del cumplimiento alucinatorio de deseo. No obstante su descripción teórica, no será Freud sino Winnicott quien desarrolle una clínica en torno al desvalimiento materno, acentuando el valor curativo de la regresión a la dependencia, respecto a la cual el analista provee el sostén y el cuidado facilitador asociado a la confiabilidad del encuadre.

Por su parte, el desamparo paterno, que también es denominado por Freud como *desvalimiento originario*, tiene por objeto al padre y es conceptualizado desde un punto de vista que bien podemos denominar existencial u ontológico: se trata del estado de desvalimiento fundamental de la realidad humana asociado al carácter ilusorio de la protección paterna y frente al cual el complejo paterno aparece como una ilusión defensiva; Freud lo refiere como el prototipo de la situación traumática generadora de angustia. A nivel clínico, es posible encontrar conexiones entre la liquidación de la transferencia o el desasimiento de la investidura paterna proyectada al analista y el fin de análisis concebido como la aceptación del desvalimiento paterno, proceso vinculado con la disipación de la ilusión de la existencia de un padre protector y dirección de la cura que Lacan explícitamente asocia con su formulación de la caída del sujeto supuesto saber, también afín al desgaste progresivo del objeto transicional sugerido por Winnicott.

Lacan retoma la idea del desamparo materno y el postulado freudiano de la premaduración biológica, señalando su incidencia en lo real del cuerpo fragmentado y en la consecuente eficacia del estadio del

espejo como promesa de síntesis; asimismo, se refiere a la dependencia absoluta planteada por Winnicott en términos de *dependencia simbólica* de la madre, puesto que ella tiene la facultad –la omnipotencia, dirá incluso– de significar retroactivamente las señales del niño según su propio deseo e interpretación.

Respecto al desamparo paterno, tal como recién señalamos, Lacan lo asocia a la caída del sujeto supuesto saber, experiencia de soledad radical que –tal como lo esbozara implícitamente Freud– ya no se sitúa a nivel evolutivo, sino en una dimensión ontológica o existencial, dimensión que Winnicott también aborda con la introducción de su noción de *ser primario* (anterior al hacer), asociada al objeto subjetivo y a la dependencia absoluta.

Precisamente, Winnicott abordará el problema freudiano del estado de desamparo materno acudiendo de manera recurrente al concepto de dependencia, considerado como hecho fundamental de la naturaleza humana. Consabidamente, Winnicott subraya que no existe el bebé aislado, fuera de la relación con su ambiente facilitador, planteamiento vinculado con el carácter cultural de la «naturaleza humana» planteado por Lacan y a la formulación de la psicología individual como psicología social en Freud. Recordemos que sobre la dependencia materna, Winnicott distingue tres fases: *dependencia absoluta*, *dependencia relativa* e *interdependencia*.

La primera es planteada como una etapa de no diferenciación entre el bebé y el ambiente, coincidente con el estatuto del objeto subjetivo, la ilusión de omnipotencia y la paradoja de crear lo creado, asociada a la creatividad primaria; en esta etapa de continuidad experiencial, la falla ambiental es correlacionada por Winnicott con la psicosis⁴⁷.

La segunda etapa es planteada como un primer estadio de diferenciación entre el bebé y el ambiente, coincidente con el estatuto del objeto transicional, la progresiva desilusión de la omnipotencia y el despliegue de la relación por medio de impulsos instintivos; en esta

⁴⁷ Con posterioridad a los aportes de Winnicott, el supuesto de una etapa de no diferenciación entre el niño y sus primeras figuras significativas que duraría hasta los primeros 5 o 6 meses de vida, ha sido cuestionado por la investigación empírica de la relación madre-bebé y por las teorías intersubjetivas del desarrollo, que han propuesto como hallazgo que existen patrones de relación interpersonal (y por tanto diferenciación entre el sí mismo y el otro) desde el principio de la vida (Stern, 1985).

etapa, la falla ambiental es correlacionada por Winnicott con los trastornos limítrofes y con la tendencia antisocial.

La tercera etapa es planteada como una fase de interdependencia o de proceso hacia la independencia, puesto que para Winnicott no existe independencia absoluta. La diferenciación entre el infante y el ambiente se ha consolidado, logro coincidente con el estatuto del objeto objetivo, el uso de objeto y la integración del yo; en esta etapa del desarrollo, y si no ha habido falla ambiental previa, la organización defensiva rígida frente a los conflictos internos inherentes a la maduración emocional son planteados por Winnicott en términos de psiconeurosis.

Como referíamos previamente, Winnicott desarrolla una clínica particular para aquellas patologías de la dependencia absoluta y relativa, clínica que tiene como fundamento el valor curativo de la regresión a la dependencia en contexto de un encuadre sostenedor. En este contexto, interesa notar que Winnicott asocia la dependencia con la madre y el progreso hacia la independencia y la diferenciación con el padre, situando a este último como pauta de integración del yo; queda por explicar y profundizar en la teoría winnicottiana (laguna compartida por vastos sectores de la literatura psicoanalítica, incluidos Freud y Lacan) las conexiones en el desarrollo temprano entre dependencia y complejo paterno.

Ahora bien, en cuanto al problema del desamparo paterno, no encontramos en Winnicott formulaciones explícitas al respecto. De todos modos, y como sugeríamos previamente, una vía de abordarlo sería a partir de las conexiones entre complejo paterno y objeto transicional (enlazados por su función separadora), donde el desamparo paterno estaría figurado por el desgaste progresivo y la posterior pérdida del objeto transicional. Otra vía, como veremos, consiste en vincular el complejo paterno con la noción de espacio potencial.

3.3. Descentramiento y pluralización del complejo paterno

Las últimas formulaciones acerca del complejo paterno tanto en Freud como en Lacan giran en torno al problema del desamparo paterno, donde el complejo paterno aparece como una ilusión defensiva ante la

angustia de desvalimiento.⁴⁸ El desvalimiento es considerado por Freud como condición universal de la existencia humana, fuente de terror traumático y de la necesidad de protección, según lo cual podemos señalar que la angustia de desvalimiento aparece como más fundamental que la angustia de castración.

Si nos detenemos a analizar comparativamente este giro teórico en Freud y Lacan, podemos partir por indicar que ambos convergen en sugerir un descentramiento y una pluralización del complejo paterno. Recordemos que tanto Freud como Lacan (y también Winnicott) habían convergido en subrayar anteriormente la prohibición del incesto como función central del complejo paterno, asociando este último al principio de realidad y al acceso a la cultura y el principio de placer al cumplimiento de deseo incestuoso. Una manera de comprender el giro teórico de Freud y Lacan consiste en observar que ambos dejan de asociar el complejo paterno al principio de realidad, posicionándolo ahora del lado del principio de placer, en la medida en que el fundamento último de lo real está asociado al desamparo paterno o desvalimiento originario, es decir, al carácter ilusorio del complejo paterno⁴⁹.

Ahora bien, ¿qué figura asume el descentramiento y la deconstrucción del complejo paterno en la teoría freudiana? Será precisamente la noción de desamparo paterno o *desvalimiento originario* la que descentre el complejo paterno de la función central de prohibición del incesto. En otras palabras, si en *Tótem y tabú* encontramos una teoría sostenida en el supuesto de la autoridad de un padre fuerte y prohibidor (por paradójal que en este punto resultara la figura del padre muerto), en *El porvenir de una ilusión* aparece una teoría freudiana radicalmente escéptica de la realidad del padre y su función: la figura paterna pasa de función de prohibición del incesto a función encubridora del desvalimiento originario, por la vía de la ilusión.

⁴⁸ Reconsideremos, de antemano, que ese énfasis no es lineal y que ambos autores retomarán en algunos puntos posteriores sus planteamientos previos, lo cual no quita valor a este importante giro teórico, sino que llama a subrayar que no es sin ambivalencias conceptuales.

⁴⁹ Aludimos a «principio de placer», en este contexto, en referencia al funcionamiento psíquico que tiene por finalidad deshacerse del dolor mental. En oposición al principio de realidad, el principio de placer está asociado al cumplimiento de deseo y, en última instancia, a la ilusión.

Así, tanto el último Freud como el último Lacan coinciden en considerar que lo real es el desvalimiento, mientras que la función simbólica opera como semblante ilusorio. Esto implica –como ya anticipáramos– que la dimensión existencial del complejo paterno, asociada a la defensa ante la angustia de desvalimiento, es más radical que la dimensión funcional vinculada con la prohibición del incesto.⁵⁰ A nivel clínico, la meta del análisis ya no es la resolución exogámica del Edipo, sino el reconocimiento de la realidad del desvalimiento humano asociada a la liquidación del complejo paterno, comprendido ahora como ilusión y no como prohibición.

Insistamos, en este punto, que el concepto de ilusión, más allá de su carácter descriptivo, posee una importante connotación metapsicológica: en Freud, está asociado al cumplimiento de deseo y al principio de placer, e incluso –al momento de rechazar que el psicoanálisis sea una cosmovisión– aquel llega a plantear que el fundamento último del trabajo analítico consiste en deshacer ilusiones y trabajar hacia el reconocimiento de la verdad, por más dolorosa que esta fuere; en Lacan, está asociado al registro imaginario y posteriormente a la función de semblante; y en Winnicott, en contraste con las connotaciones negativas de Freud y Lacan, la ilusión es concebida como una función de la salud, vinculada con la creatividad primaria y el sentimiento de estar vivo.

Desde la dimensión existencial del complejo paterno, el principio de placer no responde al cumplimiento de deseo incestuoso, ni tampoco al alivio inmediato del exceso de energía experimentado como displacer por el aparato psíquico, sino –más radicalmente que las dos formulaciones anteriores– a la huida de la realidad del desvalimiento. El complejo paterno en Freud ya no está asociado a la prohibición del incesto, sino a la añoranza del padre protector como defensa frente a la angustia de desvalimiento, cuya aceptación y tramitación es significada ahora como el paso al principio de realidad.

En términos evolutivos, tal como antes había sugerido que la prohibición del incesto se reactiva en la adolescencia, Freud plantea

⁵⁰ Este planteamiento tiene intersecciones con la reconducción –sugerida por Green (1990 [1992])– de la amenaza de castración al miedo a la muerte, más allá de la prohibición del incesto y del parricidio.

que también la dolorosa tarea de desasirse de la idealización de la autoridad paterna (la desilusión respecto al poder protector paterno) es particularmente intensa en la adolescencia. Winnicott agregará que el padre debe sobrevivir a la desilusión no para perpetuar un poder ya revelado como ilusorio, sino para contener y facilitar que el propio adolescente despliegue dicho proceso según los ritmos de su propio y personal proceso madurativo.

En términos clínicos, y tal como adelantábamos, la cura analítica es formulada como desasimiento o liquidación de la transferencia paterna, esto es, como un ir más allá del complejo paterno, nuevamente en el sentido del reconocimiento de la realidad del desvalimiento humano, desatadura de ilusiones que constituye una experiencia liberadora.

Comprendemos ahora que la dimensión existencial del complejo paterno encarna el descentramiento y la pluralización de la función paterna, más allá de la dimensión funcional asociada a la prohibición del incesto. De todos modos, recordemos que las dimensiones funcional, objetal, agencial y existencial del complejo paterno coexisten en los últimos desarrollos teóricos freudianos. Considerando de manera especial la primera y la última, confirmamos que el complejo paterno aparece en la obra de Freud, finalmente, como una tensión entre el desvalimiento y la prohibición del incesto.

Por su parte, en la teoría lacaniana, el concepto de los nombres del padre es la figura teórica que encarna la pluralización del complejo paterno, descentrando la anterior insistencia en la función de la castración simbólica. Recordemos que ya con su teoría de la angustia y la noción de objeto *a*, Lacan ya había transitado desde su teoría de lo simbólico a una teoría de lo real. En este contexto, hemos podido distinguir una *teoría simbólica* del complejo paterno de una *teoría real* del complejo paterno, consistente con el giro freudiano del padre edípico al padre ilusorio: la primera, una teoría estructuralista y moderna centrada en el sentido central del Nombre-del-Padre como agente de la ley de prohibición del incesto; la segunda, una teoría posestructuralista y posmoderna descentrada en la diseminación del sinsentido de las múltiples versiones y nombres del padre, donde el padre simbólico aparece como ilusión o semblante de la ausencia fundamental de padre en lo real.

Este análisis comparativo nos demuestra la correlación estrecha entre la primera teoría freudiana del complejo paterno (barrera del incesto) y la primera teoría lacaniana del complejo paterno (Nombre-del-Padre), así como el anudamiento conceptual entre la segunda teoría freudiana del complejo paterno (padre como ilusión defensiva ante la angustia de desvalimiento) y la segunda teoría lacaniana del complejo paterno (nombres del padre).

En este punto, nos vemos obligados a explicitar una serie de discusiones y desacuerdos teóricos. En primer lugar, al momento de fundamentar su teoría real del complejo paterno, Lacan señala que con ello va más allá de Freud, en la medida en que la obra íntegra de Freud estaría enmarcada en una teoría del padre simbólico. A partir de nuestro análisis precedente, no podemos sino discrepar de esta afirmación, puesto que la noción freudiana del padre como ilusión defensiva frente al desvalimiento excede los alcances de la dimensión funcional del complejo paterno. En segundo lugar, si bien la diferenciación entre una teoría simbólica y una teoría real del complejo paterno puede parecer similar a la sugerida por Miller y Laurent (1997 [2005]), entre *una época freudiana* y *una época lacaniana* del psicoanálisis, discrepamos también de esta distinción en la medida en que el giro hacia lo real ya estaba anticipado –como recién señalamos– en Freud. Al mismo tiempo, y en tercer lugar, estamos en profundo desacuerdo con la referencia que hacen Miller y Laurent de Lacan como un «profeta» que anunció una «nueva época», por su descarnada implicancia religiosa y mesiánica, acaso una prolongación de la «espiritualidad» presente según Allouch (2007) en la obra de Lacan. En cuarto lugar, y en la misma línea, discrepamos también de la aseveración de Miller y Laurent respecto a que en Lacan no habría nostalgia del padre: a partir de nuestro análisis, queda en evidencia que la teoría simbólica está construida sobre la añoranza del padre, y que recién –acaso– con el giro a lo real se desprende de dicha carga ideológica. Según esto, finalmente, tampoco estamos de acuerdo con Zafiropoulos (2001 [2002]) cuando plantea que la nostalgia del padre en la teoría lacaniana acaba en 1953 con su referencia a Lévi-Strauss en lugar de Durkheim.

Ciertamente, Lacan se preocupó de criticar la primera teoría freudiana, señalando que en *Tótem y tabú* Freud reafirmaba el supuesto

–religioso en última instancia– de la existencia de un padre primordial no castrado⁵¹, pero no consideró el giro freudiano presente en *El porvenir de una ilusión*. Incluso, tal como Freud no se desentendió completamente de su teoría del padre edípico, y aunque Lacan pretendió explícitamente ir más allá del Edipo en su reformulación del Nombre-del-Padre como «semblante por excelencia» (Lacan, 1974 [2012]), igual registra retornos a su teoría del padre simbólico, incluso en su análisis de Joyce (en uno de los seminarios capitales del giro hacia lo real), donde en definitiva remite el origen de la función del *sinthome* a la carencia del padre simbólico, planteando que se puede prescindir del padre *con la condición de «servirse» de él*, expresión que remite aquí tanto a la incorporación oral asociada a la teoría simbólica del padre como a la dimensión del uso propia de la teoría real del padre.

En términos clínicos, tal como desde el último Freud podemos concebir la meta del trabajo analítico ya no como la resolución del complejo de Edipo por la vía de la prohibición del incesto, sino como la liquidación de la transferencia paterna mediante la aceptación del desvalimiento originario, para el último Lacan la dirección de la cura ya no consiste en reforzar la operación simbólica del Nombre-del-Padre, sino por el contrario, en trascender la dimensión funcional del complejo paterno –caída del sujeto supuesto saber mediante– en términos de un saber hacer con el goce allí donde no hay padre castrador. Para ambos, la cura analítica supone entonces el pasaje del padre simbólico a lo real del padre, real que –paradojalmente– se devela como ilusorio, en la línea de lo que Rabinovich (1998) señalaba como el pasaje de la fe transferencial al ateísmo estructural del fin de análisis.

En cuanto a los últimos desarrollos metapsicológicos de la teoría winnicottiana, hemos planteado que Winnicott coincide con Freud y Lacan en apuntar hacia un descentramiento del complejo paterno, más allá de la dimensión funcional de la prohibición del incesto. Pese a que no llega, como aquellos, a desarrollar de manera explícita una deconstrucción radical del complejo paterno, sí contribuye a pluralizarlo, formulando funciones paternas alternativas a la prohibición

⁵¹ Esta crítica será retomada, como vimos anteriormente, por Tort (2005 [2008]), quien asocia la identificación primordial con el padre con una apología pseudo-metapsicológica (ideológica en el fondo) del padre patriarcal.

del incesto, proyecto teórico coherente con los últimos postulados de Freud y Lacan. Al mismo tiempo, también identificamos en Winnicott ambivalencias teóricas en este punto, puesto que en su proceso de pluralización del complejo paterno, retoma conceptos que en última instancia igualmente pueden ser reconducidos a su función central, como la función de sobrevivencia asociada al uso de objeto, que remite a un padre fuerte e incluso «indestructible», o el elemento masculino de la personalidad, que reproduce el prejuicio tradicional de asociar la sexualidad y la agresividad a la masculinidad, dejando para la feminidad una descripción idealizada, asexuada y desprovista de impulso agresivo.

Teniendo presente las puntualizaciones previas, señalaremos que en Winnicott una primera teoría del complejo paterno gira –como en Freud y en Lacan– en torno a la prohibición del incesto, mientras que una segunda teoría del complejo paterno (menos explícita que la anterior) es construida alrededor de la noción de espacio transicional o espacio potencial, tercera zona de la experiencia, distinta de la realidad interna y la externa, y que es precisamente el lugar donde vivimos. En Winnicott, entonces, el espacio transicional es la figura teórica que encarna la apertura y pluralización del complejo paterno.

A partir de lo anterior, es posible distinguir en Winnicott una primera *teoría edípica* del complejo paterno de una segunda *teoría potencial* del complejo paterno. En este contexto, el término «potencial» asume dos sentidos: por un lado, la referencia metapsicológica al concepto de espacio potencial; por otro, la referencia descriptiva al hecho de que la conexión entre espacio potencial y complejo paterno es solo probable, puesto que Winnicott nunca termina por desarrollarla de forma explícita.

Recordemos, en el presente escenario, que primero Phillips (1988 [1997]) y luego Bogaert (1992) pusieron atención en la falta de conexión entre las nociones de espacio potencial y complejo paterno, aunque no fueron más allá de señalar dicha omisión, sin proponer vías conectivas entre ambos conceptos. Asimismo, Green (2005 [2007]), retomando a Lacan, critica la consideración por parte de Winnicott de una relación dual madre-hijo sin que el padre exista desde el principio, pero tampoco desarrolla conexiones conceptuales entre espacio

potencial y función paterna, fuera de su referencia de que ambas son configuraciones de la terceridad; por el contrario, el propio Green (2009), lejos de pluralizar la dimensión funcional del complejo paterno, terminará por reafirmarla como función central.

En nuestra propuesta, y en términos más específicos, lo que denominamos teoría potencial del complejo paterno en Winnicott alude a que en los últimos desarrollos metapsicológicos winnicottianos, el padre no aparece como función sustancial, como Ley con mayúscula, sino que es sugerido implícitamente como terceridad, esto es, como función que permite la construcción de un espacio que no es tanto de mediación simbólica como de juego y creatividad. En otras palabras, consideramos que es factible dar el paso teórico que Winnicott omitió, a saber, conectar espacio potencial y función paterna, anudamiento que permite reformular el complejo paterno ya no solo del lado de las cualidades duras y de la ley de prohibición del incesto, sino que asimismo en relación a la experiencia de jugar compartido y a la creatividad. Si realizamos dicha conexión teórica (que en la obra de Winnicott quedó en estado potencial) no solo encontramos una correlación estrecha entre la primera teoría freudiana del complejo paterno (barrera del incesto), la primera teoría lacaniana del complejo paterno (Nombre-del-Padre) y la primera teoría winnicottiana del complejo paterno (padre castrador). También entre la segunda teoría freudiana del complejo paterno (padre como ilusión defensiva ante la angustia de desvalimiento), la segunda teoría lacaniana del complejo paterno (nombres del padre) y la segunda teoría winnicottiana del complejo paterno (padre como función de terceridad asociada al espacio potencial).

Winnicott se preocupó de criticar la teoría freudiana del juego, señalando que no es reducible a la sublimación de los impulsos, cuestionó igualmente en Lacan el estadio del espejo como etapa meramente alienante, pero no interrogó en su propia obra la desconexión entre su teoría de la transicionalidad y el complejo paterno. Aquí observamos una ambivalencia teórica en su obra: por un lado, Winnicott desarrolla ampliamente una teoría de la terceridad, pero por otro, excluye incluir allí el lugar del padre, lo cual hace que dicha teoría de la terceridad pierda riqueza y aparezca simplemente como una sofisticación de la relación dual con la madre. Si –como sugerimos– realizamos la cone-

xión teórica entre complejo paterno, espacio potencial y terceridad, tendremos que el complejo paterno se abrirá, en términos clínicos, a ser formulada no solo como defensa ilusoria ante el desvalimiento (como en el último Freud y el último Lacan), sino también como un ámbito de creatividad y una zona de juego compartido⁵². Si combinamos el aporte de los tres autores, podríamos sostener que la caída del sujeto supuesto saber y el contacto con el desvalimiento, en lugar de llevar a un desamparo melancólico, facilitan una experiencia de juego creativo y liberador. De lo que se trataría, en este contexto, sería de la capacidad de jugar con el desvalimiento y de habitar el espacio potencial de los nombres del padre. En suma, un saber hacer del desvalimiento una experiencia creativa.

⁵² En última instancia, la terceridad no solo alude al concepto de una tercera zona intermedia de la experiencia, sino a un metaconcepto que integra de manera dialéctica dimensiones opuestas de la experiencia. Esto se acerca a la noción filosófica de dialéctica y a la noción winnicottiana de paradoja, y difiere del concepto de terceridad utilizado por Green (2002), quien si bien también lo ocupa en términos de un metaconcepto, lo refiere para aludir a configuraciones triádicas. Asimismo, Green (2009) alude al espacio potencial como terceridad, pero únicamente en términos de separación, y no de creatividad y juego.

CONCLUSIONES

Nuestro análisis ha partido de la consideración del complejo paterno como un problema teórico altamente relevante y de implicaciones múltiples al interior del campo psicoanalítico, implicancias que involucran no solo el horizonte de la metapsicología, sino también las dimensiones prácticas de la técnica y la psicopatología, además de sus profundos alcances respecto al estudio de la cultura, la sociedad y la religión.

Asimismo, hemos pretendido contribuir a llenar un vacío teórico, dada la ausencia de otros estudios que investiguen en profundidad las convergencias y divergencias entre las contribuciones metapsicológicas de Freud, Lacan y Winnicott sobre el complejo paterno, autores escogidos en base a su relevancia, peso teórico, influencia y vigencia en el psicoanálisis contemporáneo.

Al iniciar nuestra exploración, nos planteamos como objetivo responder a la pregunta acerca de las contribuciones metapsicológicas, las divergencias y las convergencias entre Freud, Lacan y Winnicott en torno a la problemática del complejo paterno. Al concluir nuestra investigación, podemos responder lo siguiente:

- Es posible identificar en las obras de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott contribuciones metapsicológicas a la problemática del complejo paterno, continuidades y discontinuidades internas en las obras de cada autor en relación con este problema, así como divergencias y convergencias entre dichas contribuciones.
- En cuanto a las divergencias, cabe destacar sus diferentes modelos de aproximación conceptual: Freud conceptualiza el complejo paterno como complejo intrapsíquico dinámico, Lacan como función simbólica estructural y Winnicott como rol facilitador evolutivo.

- Respecto a las convergencias entre los tres autores en relación a la problemática del complejo paterno, es posible destacar cuatro elementos fundamentales:
 1. La consideración del complejo paterno como un núcleo fundante tanto del psiquismo individual como de la organización cultural.
 2. La formulación del complejo paterno principalmente en términos funcionales, esto es, enfatizando la función de prohibición del incesto, énfasis verificable en una amplia red conceptual que incluye las nociones metapsicológicas de complejo de Edipo, complejo de castración, ideal del yo, superyó, represión, identificación y sublimación.
 3. La proposición de un giro teórico, en sus últimos desarrollos metapsicológicos, tendiente a una deconstrucción, un descentramiento y una pluralización del complejo paterno, más allá de la dimensión funcional de la prohibición del incesto, giro teórico no lineal ni exento de ambivalencias conceptuales.
 4. En términos más específicos, la correlación estrecha entre las figuras de la prohibición del incesto en Freud, el Nombre-del-Padre en Lacan y el padre castrador en Winnicott (que configuran lo que hemos denominado una *primera teoría del complejo paterno*), así como la convergencia teórica entre la noción del padre como ilusión defensiva ante la angustia de desvalimiento en Freud, los nombres del padre como pluralización del padre simbólico en Lacan y el padre como función de terceridad, creatividad y juego asociada al espacio potencial en Winnicott (que conforman lo que hemos denominado una *segunda teoría del complejo paterno*).

Estos hallazgos o resultados implican que nuestras hipótesis iniciales se han visto confirmadas.

Ahora bien, en cuanto a algunas de las limitaciones de nuestra investigación, cabe señalar las siguientes:

CONCLUSIONES

1. Por privilegiar el estudio en profundidad de un conjunto reducido de autores, el presente trabajo se ve limitado en cuanto a su posibilidad de extender las conclusiones en torno a los postulados sobre el complejo paterno al campo general del psicoanálisis, puesto que la muestra de autores estudiados –pese a ser cualitativamente relevante– es cuantitativamente insuficiente.
2. Dado el foco metapsicológico de la presente investigación, no ha sido suficientemente considerada la influencia sociocultural, histórica y política en las construcciones teóricas de los autores, aspecto que privilegia una posición epistemológica construccionista social como la que hemos señalado que adherimos.
3. Un estudio más integral del complejo paterno en Freud, Winnicott y Lacan incluiría las implicancias psicopatológicas y técnicas de los postulados metapsicológicos estudiados, asunto que –dada su extensión– ha quedado excluido de la presente investigación.
4. Pese a que los tres autores escogidos son relevantes y representativos de amplios sectores del psicoanálisis, ninguno de ellos es suficientemente contemporáneo a nuestros días como para dar cuenta de una discusión acorde al estado del arte de la disciplina (si bien esta limitación se ve matizada por la inclusión de estudios recientes sobre la materia).
5. La perspectiva exclusivamente teórica del estudio, sin inclusión de material clínico de su autor o de otros autores, reduce la posibilidad de observar en la práctica la relevancia clínica del análisis y la discusión aportadas por la investigación.

En coherencia con estas limitaciones, proponemos las siguientes líneas de investigación, como proyección de nuestro problema de estudio y de nuestras conclusiones:

1. Un estudio del problema del complejo paterno en psicoanálisis que incluya una muestra amplia de autores, aunque para ello deba sacrificar la profundidad del análisis de cada uno de ellos.
2. Una investigación de la influencia sociocultural, histórica y política en las construcciones teóricas de los autores no solo en torno al

complejo paterno, sino también a la temática de la masculinidad y el género, investigación que tome en cuenta el problema del poder.

3. Un estudio de las contribuciones clínicas de Freud, Lacan y Winnicott en torno al complejo paterno, que complemente nuestro análisis teórico.
4. Una investigación del complejo paterno en el psicoanálisis contemporáneo, que no incluya únicamente autores «consagrados», sino asimismo desarrollos emergentes y novedosos.
5. Un estudio de caso clínico que tenga relación con la temática del complejo paterno en psicoanálisis y que permita analizar, desde la casuística, la relevancia teórica y práctica de dicha problemática.
6. Una investigación que, a partir del descentramiento y la pluralización del complejo paterno más allá de la función central de la prohibición del incesto aportados por Freud, Lacan y Winnicott, se proponga estudiar nuevas funciones del padre, en coherencia con los tiempos actuales y las nuevas configuraciones familiares.

Pese a sus limitaciones y considerando las proyecciones de este estudio, consideramos haber contribuido en grado suficiente a ampliar —ciertamente en una medida acotada a nuestras posibilidades— el desarrollo del conocimiento en nuestra temática abordada, a saber, las dimensiones teóricas del problema del complejo paterno en las obras de Freud, Winnicott y Lacan, analizando y discutiendo sus convergencias, divergencias e implicancias.

REFERENCIAS

- Aceituno, R. (2007). Prólogo. En Tort, M. *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Santiago: Palinodia.
- Allouch, J. (2007). *El psicoanálisis, ¿es un ejercicio espiritual? Respuesta a Michel Foucault*. Buenos Aires: EPEL.
- Armellini, M. (2001). The father as function, environment and object. En Bertolini, M., Giannakoulas, A., Hernández, M. (2001). *Squiggles & spaces. Revisiting the work of D. W. Winnicott*, vol. 2. Londres: Whurr Publishers.
- Benjamin, J. (1995 [1997]). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Berger, P., Luckmann, T. (2003 [1968]). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bion, W. (2002). *Seminarios romanos*. Valencia: Promolibro.
- Breglia, A. (2006). *Los nombres del padre o ¿cómo prescindir a condición de servirse?* En: <http://virtualia.eol.org.ar/015/default.asp?miscelanea/breglia.html>
- Breuer, J. *Freud, S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. En Obras completas* (1996), vol. II. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Brudny, G. (1980). La represión primaria en la obra de S. Freud. En *Revista de Psicoanálisis, APdeBA*, Vol. II, N° 1. Buenos Aires: APdeBA.
- Brudny, G. (1991). Represión primaria. Sus acepciones en la obra de Freud. En Casaula, E., Coloma, J., Jordán, J. F. (Eds.). (1991). *Cuarenta años de Psicoanálisis en Chile*. Santiago: Ananké.
- Brudny, G. (2001). Complejo de Edipo y represión primaria. En *Revista Gradiva*, N° 2, 2011. Santiago: ICHPA.
- Brudny, G. (2006). Complejo de Edipo y su disolución o represión primaria en la obra de S. Freud. En: *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, vol. XXVIII, N° 1. Buenos Aires: APdeBA.
- Carmona, F. (2006). *El papel del padre en la estructuración psíquica del niño desde Winnicott*. En: www.funlam.edu.co/poiesis/Edicion012/poiesis12.fcarmona.html
- Corominas, J. (1998). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Editorial Gredos.
- Dor, J. (1989 [2004]). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Duparc, F. (2004 [2005]). El padre en Winnicott (¿Es «suficientemente bueno»?). En Bouhsira, J. & Duriex, M. C. (Dir.), *Winnicott insólito* (2004 [2005]). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Durkheim, E. (1993). *Escritos selectos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Etchegoyen, A. (2002). Psychoanalytic ideas about fathers. En Trowell, J., Etchegoyen, A. (2002). *The importance of fathers. A psychoanalytic re-evaluation*. Hove: Brunner-Routledge.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fendrik, S. (1989 [2005]). Entrevista al Dr. Masud Khan. En *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia*, vol. 2: *Winnicott y la sociedad británica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Flesler, A. (2006). *El padre: saber y creencia*. Artículo disponible en: www.efba.org/texto-detalle.asp?IdArticulo=1236
- Foucault, M. (1970 [1994]). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Freud, S. (1883). Carta a Martha Bernays (15-11-1883). En *Epistolario. 1873-1939* (1965). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1887-1904 [1985]). *Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1892-1899 [1950]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En *Obras completas* (1996), (vol. I). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1896). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras completas* (1996), (vol. III). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1899 [1900]). La interpretación de los sueños. En *Obras completas* (1996), (vols. IV y V). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1901 [1905]). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras completas* (1996), (vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (1996), (vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1908 [1909]). La novela familiar de los neuróticos. En *Obras completas* (1996), (vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1909a). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras completas* (1996), (vol. X). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1909b). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El «Hombre de las ratas»). En *Obras completas* (1996), (vol. X). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras completas* (1996), (vol. XI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1910 [1911]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente (Schreber). En *Obras completas* (1996), (vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1912-1913 [1913]). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En *Obras completas* (1996), (vol. XIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas* (1996), (vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914 [1918]). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras completas* (1996), (vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En *Obras completas* (1996), (vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915 [1917]). Duelo y melancolía. En *Obras completas* (1996), (vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915-1917 [1916-1917]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En *Obras completas* (1996), (vols. XV y XVI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (1996), (vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Obras completas* (1996), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923b). La organización genital infantil. (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En *Obras completas* (1996), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras completas* (1996), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. En *Obras completas* (1996), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925 [1926]). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas* (1996), (vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En *Obras completas* (1996), (vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927 [1928]). *Dostoievski y el parricidio*. En «Obras Completas» (1996), volumen XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1929 [1930]). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (1996), (vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1932 [1933]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras completas* (1996), (vol. XXII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1934-1938 [1939]). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras completas* (1996), (vol. XXIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1938 [1940]). Esquema del psicoanálisis. En *Obras completas* (1996), (vol. XXIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1996). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Goethe, J. W. V. (2009). *Fausto*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Green, A. (1980 [1983]). La madre muerta. En *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte* (1983 [1999]). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (1990 [1992]). *El complejo de castración*. Buenos Aires: Paidós.
- Green, A. (1992 [1981]). Freud, Edipo y nosotros. En *La déliaison* (1992). París: Belles Lettres.
- Green, A. (1993). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (1997 [2005]). La terceridad. En *Jugar con Winnicott* (2005 [2007]). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2000 [2005]). Winnicott en transición, entre Freud y Melanie Klein. En *Jugar con Winnicott* (2005 [2007]). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2002). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (2005 [2007]). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2009). The construction of the lost father. En Kalinich, L., Taylor, S. W. (Eds.). *A psychoanalytic inquiry*. Hove: Routledge.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., Baptista Lucio, M. P. (2010). *Metodología de la investigación*. (5ª ed.). Madrid: Editorial Mc Graw-Hill.
- Hoffman, I. (2001). *Sixteen principles of dialectical constructivism*. Texto disponible en: www.dspp.com/papers/hoffman2.htm
- Kohut, H. (1982 [2002]). Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental. En *Los dos análisis del Sr. Z* (2002). Barcelona: Herder.
- Lacan, J. (1932 [1975]). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. (6ª ed. en español de 1998). México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1933 [1975]). Presentación general de nuestros trabajos científicos. En *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. (6ª ed. en español de 1998). México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1936 [1949]). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1936 [1966]). Más allá del 'principio de realidad'. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1938 [1997]). *La familia [Los complejos familiares en la formación del individuo. Ensayo de análisis de una función en psicología]*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Lacan, J. (1946 [1966]). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Lacan, J. (1948 [1966]). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1950 [1966]). Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1951 [1966]). Intervención sobre la transferencia. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1951 [2004]). Some reflections on the ego. En *Journal for Lacanian Studies*, 2 (2): 306-317 (2004).
- Lacan, J. (1952 [2005]). *El hombre de los lobos. Notas de seminario*. Buenos Aires: EFBA.
- Lacan, J. (1953 [1966]). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos*, tomo 1 (1966). Edición en español de 2008. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1953 [1999]). El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos 1* (1999). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1953 [2005]). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *De los nombres del padre* (2005). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1953-1954 [1975]). *El Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*. (Edición en español de 1998). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1954-1955 [1978]). *El Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. (Edición en español de 1997). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955-1956 [1981]). *El Seminario 3: Las psicosis*. (Edición en español de 1998). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957 [1994]). *El Seminario 4: La relación de objeto*. (Edición en español de 1998). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958 [1966]). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos*, tomo 2 (1966). (Edición en español de 1997). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1957-1958 [1998]). *El Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. (Edición en español de 1999). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958 [1966]). La significación del falo. En *Escritos*, tomo 2 (1966). (Edición en español de 1997). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1957-1958 [1998]). *El Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. (Edición en español de 1999). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959 [2003]). *El Seminario 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: EFBA Ediciones.
- Lacan, J. (1959-1960 [1964]). *El Seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Edición en español de 1997). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960 [1966]). Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina. En *Escritos*, tomo 2 (1966). (Edición en español de 1997). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Lacan, J. (1960-1961 [1991]). *El Seminario 8: La transferencia*. (Edición en español de 2003). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1961-1962 [2007]). *El Seminario 9: La identificación*. Buenos Aires: EFBA.
- Lacan, J. (1962-1963 [2004]). *El Seminario 10: La angustia*. (Edición en español de 2006). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1963 [2005]). Introducción a los nombres del padre. En *De los nombres del padre* (2005). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1967-1968 [2004]). *El Seminario 15: El acto psicoanalítico*. Buenos Aires: EFBA Ediciones.
- Lacan, J. (1969 [1983]). Dos notas sobre el niño. En *Intervenciones y textos 2* (2001). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1969-1970 [1991]). *El Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. (Edición en español de 1992). Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1971-19672 [2007]). *El Seminario 19: ...Ou pire*. Buenos Aires: EFBA Ediciones.
- Lacan, J. (1972-1973 [1975]). *El Seminario 20: Aun*. (Edición en español de 1995). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1974 [1988]). El despertar de la primavera. En *Intervenciones y textos 2* (2001). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1974 [2012]). Prefacio a «El despertar de la primavera». En *Otros escritos* (2012 [2001]). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1974-1975 [2003]). *El Seminario 22: R. S. I*. Buenos Aires: EFBA Ediciones.
- Lacan, J. (1975). Joyce el síntoma. En *El Seminario 23: El sinthome* (1976-1977 [2005]). (Edición en español de 2006). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1976-1977 [2005]). *El Seminario 23: El sinthome*. Edición en español de 2006. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1980). *El Seminario 27: Disolución*. Disponible en: www.psicocanalisis.org
- Lacan, J. (1982). Desire and the interpretation of desire in *Hamlet*. En S. Felman (Ed.), *Literature and psychoanalysis* (pp. 11-52). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Lacan, J. (2012 [2001]). *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, S. (1994 [1998]). *Un padre (puzzle)*. Barcelona: Lumen.
- Lacruz, J. (2011a). *La evolución creadora de la naturaleza humana: la influencia de H. Bergson en D. Winnicott*. Texto disponible en: <http://elgestoespontaneo.com/html/articulos/LaEvolucionCreadora.html>
- Lacruz, J. (2011b). *Donald Winnicott: vocabulario esencial*. Zaragoza: Mira Editores.
- Laplanche, J., Pontalis, J-B. (1996 [1967]). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Laurent, E. (2009). A new love for the father. En Kalinich, L., Taylor, S. W. (Eds.). *The dead father. A psychoanalytic inquiry*. Hove: Routledge.

- León, S. (2007). *Psicoanálisis infanto-juvenil. Historial clínico y problemas actuales*. Santiago de Chile: Ediciones UCINF.
- Lévi-Strauss, C. (1949 [1991]). *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós.
- Loewald, H. (1951). Ego and reality. En *Papers on psychoanalysis*. New Haven: Yale University Press.
- Miller, J.-A.; Laurent, E. (1997 [2005]). *El otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós. www.isabelmonzon.com.ar
- Mosquera, L. (2003). Hablando de chicos. Transferencia y final de tratamiento en psicoanálisis con niños. *Revista Fort-Da*, N° 6, junio 2003. Disponible en: www.fort-da.org/fort-da6/mosquera.htm
- Olavarría, J. (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres*. Santiago: Flacso-Chile.
- Outeiral, J. (1999). Sobre la concepción del padre en la obra de D. W. Winnicott. En Outeiral, J., Abadi, S. (1999). *Donald Winnicott en América Latina. Teoría y clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Lumen.
- Perelberg, R. J. (2009). Murdered father; dead father; Revisiting the Oedipus complex. *Int. J. Psycho-Anal.* 90: 713-732.
- Phillips, A. (1988 [1997]). *Winnicott*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Polatinsky, S., Hook, D. (2008). On the Ghostly Father: Lacan on Hamlet. *Psychoanal. Rev.*, 95: 359-385.
- Polo, L. (2005). *El lugar del padre*. En: www.descartes.org.ar/etexts-polo.htm
- Propato, N. (2008). *Constitución del padre como objeto y lugar del padre en la obra de Winnicott*. Disponible en: www.winnicott.net/espanol/html/p_clinica.asp
- Rabinovich, N. (1998). *El nombre del padre. Articulación entre la letra, la ley y el goce*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Rebolledo González, L. (2008). *Del padre ausente al padre próximo. Emergencia de nuevas formas de paternidad en el Chile actual*. Quito: Flacso-Ecuador.
- Rodulfo, R. (2012). *Padre e hijos: en tiempos de la retirada de las oposiciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E. (1993 [2000]). *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Buenos Aires: FCE.
- Roudinesco, E., Plon, M. (1997 [1998]). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Schatzman, M. (1973 [1979]). *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Stern, D. (1985). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.
- Tort, M. (2005 [2008]). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Valls, J. L. (1995). *Diccionario freudiano*. Madrid: Julián Yébenes.

- Urribarri, F. (2009). Fatherhood revisited. The dead father, fraternal pact and analytic filiation in the work of André Green. En Kalinich, L., Taylor, S. W. (Eds.). *The dead father. A psychoanalytic inquiry*. Hove: Routledge.
- Winnicott, D. (1919 [1987]). Carta a Violet Winnicott. En *El gesto espontáneo* (1987 [1990]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1931 [1958]). Nota sobre la normalidad y la angustia. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1958 [1999]). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1934 [1993]). La urticaria papulosa y la dinámica de la sensación de la piel. En *Conversando con los padres. Aciertos y errores en la crianza de los hijos* (1993). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1935 [1958]). La defensa maniaca. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1958 [1999]). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1936 [1996]). Higiene mental preescolar. En *Acerca de los niños* (1996 [1998]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1939-1967 [1984]). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1940 [1984]). Evacuación de niños pequeños. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1943 [1984]). Correspondencia con un magistrado. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1945 [1957]). ¿Y el padre? En *Conozca a su niño* (1999). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1945 [1984]). El retorno del niño evacuado. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1946a [1984]). Albergues para niños en tiempos de guerra y de paz. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1946b [1984]). Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1947 [1958]). El odio en la contratransferencia. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1958 [1999]). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1950 [1984]). El niño privado y cómo compensarlo por la pérdida de una vida familiar. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Winnicott, D. (1950 [1986]). Algunas reflexiones sobre el significado de la palabra ‘democracia’. En *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista* (1986 [1996]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1950 [1996]). «Sí, pero... ¿cómo sabemos que es cierto?». En *Acerca de los niños* (1996). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1951 [1953]). Transitional objects and transitional phenomena. *International Journal of Psychoanalysis*, 34: 89.
- Winnicott, D. (1954 [1957]). Peligros de la adopción. En *El niño y el mundo externo* (1957 [1993]). Buenos Aires: Lumen.

REFERENCIAS

- Winnicott, D. (1954 [1986]). *Sostén e interpretación. Fragmento de un análisis*. (Reimpresión en español de 1996). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1954 [1988]). *La naturaleza humana*. (Reimpresión en español de 2001). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1955 [1984]). Las influencias grupales y el niño inadaptado: el aspecto escolar. En *Deprivación y delincuencia* (1984 [1991]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1957 [1986]). La contribución de la madre a la sociedad. En *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista* (1986 [1996]). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Winnicott, D. (1958a [1965]). El psicoanálisis y el sentimiento de culpa. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (1965 [1999]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1958b [1965]). La capacidad para estar solo. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (1965 [1999]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1960 [1965]). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (1965 [1999]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1960 [1993]). Decir 'No'. En *Conversando con los padres. Aciertos y errores en la crianza de los hijos* (1993). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1964 [1977]). *Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)*. (Segunda reimpresión en español de 1998). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1964 [1989]). Deducciones extraídas de una entrevista psicoterapéutica con una adolescente. En *Exploraciones psicoanalíticas II*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1965 [1999]). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1965a [1989]). El valor de la consulta terapéutica. En *Exploraciones psicoanalíticas II*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1965b [1989]). Un caso en psiquiatría infantil que ilustra la reacción tardía ante la pérdida. En *Exploraciones psicoanalíticas II*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1965 [1995]). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Lumen-Hormé.
- Winnicott, D. (1966 [1971]). La creatividad y sus orígenes. En *Realidad y juego* (1971[1997]). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1967a [1971]). Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del individuo. En *Realidad y juego* (1971 [1997]). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1967b [1971]). La ubicación de la experiencia cultural. En *Realidad y juego* (1971 [1997]). Barcelona: Gedisa.

- Winnicott, D. (1967 [1986]). La delincuencia juvenil como signo de esperanza. En *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista* (1986 [1996]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1969 [1971]). Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior. En *Realidad y juego* (1971 [1997]). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1969a [1989]). El uso de un objeto en el contexto de «Moisés y la religión monoteísta». En *Exploraciones psicoanalíticas*, vol. I (1989 [2000]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1969b [1989]). Desarrollo del tema del inconsciente de la madre, tal como se lo descubre en la práctica psicoanalítica. En *Exploraciones psicoanalíticas*, vol. I (1989 [2000]). Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1971 [1951]). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego* (1971 [1997]). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1971 [1997]). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1987 [1990]). *El gesto espontáneo*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1993). *Clínica psicoanalítica infantil*. Buenos Aires: Lumen-Hormé.
- Zafiropoulos, M. (2001 [2002]). *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres digitales de

RIL® editores

Teléfono: 2223-8100 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, septiembre de 2013

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.

Sebastián León

EL LUGAR DEL PADRE EN PSICOANÁLISIS

El lugar del padre, mucho más que una estructura universal, ahistórica e inamovible, es una construcción cultural, histórica y susceptible de permanentes variaciones. En efecto, las actuales transformaciones socioculturales en torno al lugar, la función y el rol del padre en la familia y en la sociedad muestran una creciente declinación de la hegemonía del modelo patriarcal tradicional y una apertura hacia nuevas y múltiples construcciones de la paternidad tanto a nivel mundial como nacional.

A su vez, el complejo paterno es un problema fundamental y de vastas implicancias al interior del campo psicoanalítico. Esta temática atraviesa las áreas de la metapsicología, la psicopatología, la práctica clínica y también los análisis en torno a la cultura y la religión.

En este nuevo libro, resultado de la tesis doctoral con la que el autor recibió el título de Doctor en Psicología por la Universidad de Chile, Sebastián León analiza en profundidad las contribuciones, convergencias y divergencias entre Sigmund Freud, Jacques Lacan y Donald Winnicott –acaso las tres figuras más relevantes en la historia del psicoanálisis– en torno a la problemática del lugar del padre, a la luz del concepto de complejo paterno y en el marco de las actuales transformaciones socioculturales de la paternidad.

En relación con el complejo paterno, el autor destaca tres convergencias fundamentales entre Freud, Lacan y Winnicott: 1) la consideración del complejo paterno como un núcleo fundante tanto del psiquismo individual como de la organización cultural; 2) la formulación del complejo paterno principalmente en términos funcionales, esto es, enfatizando la función de prohibición del incesto; y 3) la proposición de un giro teórico en sus últimos desarrollos conceptuales, tendiente a una deconstrucción, un descentramiento y una pluralización del complejo paterno, más allá de la dimensión funcional de la prohibición del incesto.

Este libro demuestra que las concepciones del lugar del padre en las obras de Freud, Lacan y Winnicott contemplan variaciones consistentes e incluso anticipadoras de los profundos cambios socioculturales en el ejercicio de la paternidad en las últimas décadas.



RiL editores

ISBN 978-956-01-0007-8



9 789560 100078